



REBECCA WINTERS

NUEVAS VIDAS



NUEVAS VIDAS

REBECCA WINTERS



¡Enamorándose de su enemigo!

Las familias Valfort y Holden llevaban años enemistadas. Pero cuando murió la abuela de Laura Holden Tate, justo antes de la Navidad, el millonario francés Nic Valfort fue el portador de la noticia.

Al acudir a Niza para recibir la herencia que Irene le había dejado, Laura tuvo que alojarse en casa de Nic y, a pesar de que era el enemigo, Laura temió no ser capaz de controlar los sentimientos que despertaba en ella. Y cuando averiguó que la disputa entre las dos familias no tenía el origen que siempre había creído, fue consciente de que aquella Navidad podía transformar sus vidas para siempre.

Indice

Capítulo Uno

El distrito financiero de San Francisco era conocido como el Wall Street del oeste. Nic bajó de la limusina y entró en el rascacielos que albergaba las oficinas centrales de Holden Hotels.

Aunque no nevara en la bahía, a los americanos les encantaban los árboles de Navidad. El que había en el vestíbulo estaba decorado con bolas, ángeles y luces rosas. La cadena hotelera creada por Richard Holden se había convertido en una de las más exclusivas de California.

Nic se había registrado en uno de sus establecimientos, próximo al aeropuerto, tras llegar medía hora antes, a las tres de la tarde. También allí había un árbol de Navidad con un enorme Papá Noel en lo alto. Era imposible no admirar el ambiente navideño que creaban los americanos y que hacía las delicias de los niños de todas las nacionalidades. En otro tiempo, también a él le habría gustado, pero en el presente, las Navidades solo le causaban dolor.

Un guarda de seguridad le preguntó:

–¿Puedo ayudarlo, señor?

–Vengo a ver a la señorita Laura Holden Tate, la directora del departamento de marketing.

–¿Tiene cita?

–No, se trata de un asunto de negocios urgente y necesito hablar con ella lo antes posible.

–¿Su nombre?

–Señor Valfort. Ella lo reconocerá.

–Un momento, por favor. Voy a llamar a su secretaria.

Nic tuvo que esperar unos minutos a recibir una respuesta.

–Tome asiento –dijo el guarda mirándolo con curiosidad–. La señorita Holden bajará enseguida.

Nic se alegró de que estuviera en el despacho y de no tener que ir en su busca.

El apellido Valfort probablemente le habría dado un ataque al corazón. No había dicho su nombre a propósito, para que se preguntara de cuál de ellos se trataba. Pero a Nic no le extrañaba que estuviera dispuesta a dejarlo todo para averiguar el motivo de aquella intrusión lejos de los oídos de su personal. Por su parte, tenía que admitir que sentía curiosidad por la mujer que no había manifestado en todos aquellos años ni interés ni amor, ni tan siquiera curiosidad, por el bienestar de su abuela. Demostraba una frialdad que le costaba concebir.

–Por favor, sírvase un café mientras espera.

–Gracias –pero Nic no quería ni café ni sentarse. Ya había hecho las dos cosas en el vuelo desde Niza.

Quería dar por concluida lo antes posible la misión a la que lo había enviado su abuelo, Maurice. Estaba seguro de que iban a saltar chispas, pero confiaba en que la señorita Tate lo escuchara. Si era tan severa y rencorosa como su madre, estaba a punto de enfrentarse a un reto.

Miró hacia los ascensores preparándose para la batalla. Cada vez que oía un timbre, se fijaba en el grupo de gente bien vestida que salía del ascensor correspondiente. Aunque no tenía una fotografía de la señorita Tate, sabía que era una ejecutiva de rango medio, de veintisiete años, y que era rubia, eso era todo.

Justo cuando empezaba a pensar que algo la había retenido, observó a una mujer de cabello sedoso y rubio-ceniza que caminaba hacia él con un elegante traje de chaqueta azul y unas piernas espectaculares.

Nic sintió una súbita atracción física hacia ella; una reacción que no había sentido con aquellas fuerza desde hacía años hacia ninguna mujer.

¿Aquella era la mujer por la que había cruzado el Atlántico?

Quizá acudía el encuentro de otra persona, aunque Nic miró y vio que estaba solo. Más de cerca, pensó que tenía el aspecto y la figura que debía haber tenido su abuela Irene a su misma edad. Irene había sido una mujer excepcionalmente hermosa.

Nic se quedó atónito ante el asombroso parecido. Eso explicaba que le hubiera resultado tan atractiva. Tenía la elegancia de su abuela y llevaba un collar de perlas, tal y como Irene solía hacer, cuyo brillo se reflejaba en su cabello.

La similitud entre ambas mujeres era inquietante. Aunque la nieta tenía los labios más voluptuosos, y sus ojos eran de un azul más claro.

Además, en lugar de la expresión afectuosa que caracterizaba a Irene, Nic percibió animosidad y desdén en la mirada de su nieta.

–Soy Laura Tate. ¿Qué Valfort es usted?

Nada como ir al grano.

–Nicholas. Mi abuelo Maurice se casó con su abuela Irene.

Nic le oyó contener el aliento. Muy a su pesar, el gesto llamó su atención hacia una figura cuyas curvas no podía disimular ni el más sofisticado traje. Definitivamente, era digna nieta de Irene.

–Paul ha dicho que estaba aquí por un asunto urgente. Debe tratarse de algo de vida o muerte para que haya hecho un viaje tan largo hasta territorio enemigo.

Nic cambió de opinión. Aquella mujer no se parecía en nada a su encantadora abuela, lo que hizo que se irritara aún más consigo mismo por la inesperada reacción física que le había provocado su

presencia.

–Preferiría hablar en la limusina donde nadie podrá escucharnos –al notar que ella vacilaba, añadió–: No voy a secuestrarla. No es el estilo Valfort, por mucho que en su familia se rumoree lo contrario.

Al percibir que se tensaba, decidió anunciarle el motivo de su viaje.

–He venido a notificarle que su abuela falleció anteayer en Niza.

En cuanto oyó la noticia, la fachada de Laura se derrumbó por un instante, como una flor que hubiera perdido los pétalos. Nic era consciente de que la información había sacudido su mundo, y aunque no pudiera explicárselo, sintió pena por ella. Las lágrimas asomaron a aquellos cristalinos ojos y con ellas brotó en él un inesperado deseo de protegerla a pesar del rechazo que le causaba la cruel indiferencia que había demostrado hacia su abuela.

–Mi abuelo ha querido que usted y su madre recibieran la noticia en persona. Consciente de que no sería bienvenido, me ha enviado a mí. Si sale conmigo a la limusina, se lo explicaré todo.

Irene Holden había sido la razón de ser de su abuelo. También Nic estaba todavía en proceso de asimilar su pérdida. Había adorado a Irene y su muerte dejaba un enorme vacío que su insensible nieta no podría entender.

¿Era posible que la abuela a la que apenas había conocido estuviera muerta?

De haber sido su estilo, Laura se habría desmayado. Aquel alto y atractivo hombre francés era portador de una noticia que sacudía los cimientos de su vida.

Debía tener treinta años y llevaba alianza de casado. Además, hablaba con un sensual acento francés, probablemente el mismo con el que el canalla de su abuelo había seducido a su abuela. Un hombre así no tenía derecho a ser tan… fascinante.

¿Habría pensado lo mismo Irene de Maurice? La situación era tan surrealista que Laura apenas podía respirar.

Sin necesidad de que Nic repitiera su oferta, lo siguió al exterior. Una vez la ayudó a entrar en la limusina, se sentó frente a ella.

Aparte de un lustroso cabello negro y de sus facciones marcadas, Laura solo podía concentrarse en sus ojos grises, que la observaban como si fuera un difícil acertijo que ni quería ni podía resolver.

–He traído conmigo estas fotografías de Irene. Puede quedárselas. Corresponden al último año, antes de que enfermara de neumonía.

Nic abrió un sobre y le entregó media docena de fotos. En cinco, su abuela aparecía sola. La última la mostraba en un jardín, con el que debía ser su segundo marido, Maurice.

Era evidente que el atractivo hombre sentado frente a ella había heredado su figura atlética y su altura. Pero al contrario que este, el hombre de la imagen tenía el cabello plateado.

Laura observó las fotos detenidamente y la emoción le atenazó la garganta.

–He traído su cuerpo en el avión privado de la empresa. Maurice ha contactado con la funeraria de Sunset, aquí en San Francisco, para que lo recogieran. Esta es su tarjeta de visita.

Laura fue consciente del roce de sus dedos cuando tomó la tarjeta y se dijo que no debía estar bien de la cabeza si en medio de una situación tan desconcertante aquel hombre la impactaba de aquella manera.

–Esperan instrucciones de su familia. Cuando su madre rompió todo lazo con Irene, le dijo que ni ella ni mi abuelo serían jamás bienvenidos.

Un profundo dolor atravesó a Laura. No podía creer que su madre hubiera dicho aquellas palabras. Él debía tener su propia versión del escándalo. En cualquier caso, la situación era tan dramática que no supo qué decir.

–Mi abuelo quiere cumplir sus deseos. Esa es la razón de mi presencia aquí.

Eso tampoco podía ser verdad. Si su abuelo no estaba allí se debía a que era un cobarde.

–Maurice piensa que su abuela deber ser enterrada junto a su primer marido, Richard, y rodeada de su familia.

¿Así que llegaba el momento de acordarse de Richard? Laura se enfureció.

–¡Qué considerado! –dijo, sarcástica.

Él replicó con calma:

–Si tiene alguna pregunta, puede localizarme en el hotel Holden del aeropuerto hasta mañana a las siete de la mañana. Por otro lado, su abuela redactó un testamento hace años en el que le dejaba algo. Desafortunadamente, eso significa que tendrá que volar a Niza para ver al abogado en el plazo de una semana. Después, se ausentará dos meses. Irene confiaba en que los sentimientos de su madre no le impidieran aceptarlo. Ella siempre creyó que la reconciliación era posible.

Laura no pudo contener un gemido. Él siguió:

–Si decide venir, llámeme y organizaré su viaje en nuestro avión privado. La recogeré en el aeropuerto y la llevaré al despacho del abogado. Esta es mi tarjeta –se la dio–. Puede localizarme en Valfort Technologies.

A Laura le sorprendió que no trabajara en el exitoso negocio familiar de hostelería, y más aún que se alojara en uno de los hoteles

de su familia.

–¿Tiene alguna pregunta, señorita Tate?

Laura estaba sumida en un torbellino de emociones.

–Solo dos –dijo con la voz quebrada–. ¿La conoció bien?

–Muy bien –contestó él.

La tristeza con la que contestó abrió una herida sangrante en Laura. Entornando los ojos, dijo:

–¿Fue feliz con su abuelo?

–Con él, desde luego.

¿Qué quería decir con esas palabras?

–Eso es lo que usted cree.

Nic no respondió. Su sangre fría indignó a Laura tanto como la ausencia de toda explicación sobre los detalles de un matrimonio que había causado tanto dolor a su madre y a ella misma.

Laura miró al exterior. Necesitaba estar sola para asimilar la devastadora noticia de la muerte de su abuela.

No la veía desde los seis años. Año tras año había ansiado visitarla y conocerla. Pero la lealtad a su madre, Jessica, le había impedido establecer contacto con ella. La muerte acababa de robarle esa posibilidad.

Otro gemido escapó de sus labios. Recorrió con un dedo el rostro de su abuela. El dolor de la pérdida le resultaba insoportable, y la lealtad del pasado le parecía de pronto absurda, equivocada. Aun así, tendría que reprimir su enfado y encontrar la forma de decirle a su inflexible madre que Irene había muerto. Miró a Nic con los ojos nublados.

–Estoy segura de que habría preferido evitar este encuentro. Su lealtad a su abuelo merece una medalla. Supongo que lo mínimo que puedo hacer es darle las gracias por traer a mi abuela.

–De nada.

La cortante respuesta de Nic la dejó desconcertada. Por otro lado, y aunque estaba claro que la misión lo repugnaba, no podía negarse que era un verdadero caballero.

Él bajo para abrirle la puerta. Cuando sus cuerpos se rozaron levemente, Laura sintió que la atracción que había despertado en ella se intensificaba perturbadoramente. El hecho de que se tratara de un hombre casado convertía su reacción en inaceptable. Asió el sobre con fuerza y prácticamente corrió al edificio sin volver la cabeza.

–Teléfono, Nic. Línea dos –dijo Robert desde la puerta del despacho.

–*Merci*, Robert –dijo Nic, que estaba rematando un dibujo en el ordenador.

Después de tres años, todavía se le encogía el corazón cada vez que tenía una llamada. El primer año tras la desaparición de su esposa, siempre había esperado que se tratara del detective Thibault para decirle que la había encontrado.

–Son las cinco. Me voy a casa. Nos vemos después de las Navidades.

Claro, era 23 de diciembre. Robert iba a casa para estar con su mujer y sus dos hijos. A él no lo esperaba nadie. Tres años atrás las había celebrado con la familia de Dorine en Grenoble. Apenas llevaban cinco meses casados cuando desapareció, en enero.

Robert añadió antes de irse.

–Gracias por los regalos para Pierre y Nicole.

–De nada.

–Todos te deseamos lo mejor.

–Muchas gracias, Robert. Felices fiestas.

Una vez Robert cerró la puerta, Nic conectó la llamada y la puso en altavoz para seguir trabajando.

–Aquí Valfort.

–¿Señor Valfort? Soy Laura Tate.

Nic alzó la cabeza. Su acento californiano le recordó a instante al de Irene. Era asombroso que no hubiera conseguido borrar de su mente a aquella mujer cuando, hasta su viaje a San Francisco, el único pensamiento que lo absorbía era la desaparición de Dorine.

En más de una ocasión, mientras hablaban en la limusina, había percibido que contenía el llanto. No había conseguido reconciliar la imagen de la fría señorita Tate inicial y la de la mujer con sentimientos. Se trataba de un enigma en el que no quería pensar. Desde entonces, no había sabido nada de ella.

Las dos preguntas que le había dirigido habían dejado una marca en él. Una vez le contestó que había conocido bien a Irene, le desconcertó que lo que le preocupara fuera saber si había sido feliz con Maurice. Y seguía sin saber si lo habría hecho por hacerle creer que le importaba verdaderamente.

El plazo de siete días que le había indicado ya había pasado, así que no comprendía el motivo de su llamada.

–¿Es mal momento, señor Valfort?

En realidad Nic vivía un «mal momento» perpetuo, o mejor, vivía en un estado de continuo desasosiego desde que su mujer había desaparecido. Le costaba creer que hubiera huido con otro hombre, pero su psiquiatra le había convencido de que era una posibilidad.

Cualquier otra explicación llevaba torturándolo tanto tiempo, que había llegado un momento en el que cualquier noticia, por muy espantosa que fuera, sería mejor que aquel estado de incertidumbre.

Decidió contestar con una pregunta.

–¿Qué puedo hacer por usted, señorita Tate?

–¿Llego a tiempo de ver a su abogado?

Nic hizo una mueca. Así que no había ido a ver a su abuela, pero quería saber qué le había dejado esta en herencia. ¡Qué predecible!

–Se fue de vacaciones hace dos días.

–Lo temía. Me temo que entre su funeral y otros asuntos personales no he podido venir antes.

–¿Cómo que «venir»? ¿Es que…?

–Estoy en el aeropuerto de Niza.

Nic sintió una descarga de adrenalina. Se puso en pie de un salto.

–¿Cómo ha venido? ¿En el avión privado de la empresa?

–No ocupo un puesto tan alto.

–Querrá decir: por ahora.

–Así que asume que soy una mujer ambiciosa que confía en trepar a lo alto del escalafón. Se ve que no ha aprendido que el mundo sigue perteneciendo a los hombres. Su abuelo fue muy generoso al organizar la entrega del cuerpo de mi abuela con la funeraria; no he querido abusar de su amabilidad pidiéndole que me mandara su avión privado.

Nic frunció el ceño.

–Lamento que haya venido en vano. Llámeme en dos meses. Mi abogado habrá vuelto y usted podrá hacer los arreglos pertinentes para recoger su herencia.

–En contra de lo que piensa, no tengo ningún interés en eso –tras una pausa, Laura añadió–. Debía haber llamado antes, pero ya que estoy aquí, ¿cree que su abuelo se pondría al teléfono si lo llamo, o tiene una opinión de mí tan mala como la suya?

Nic se dijo que si lo que pretendía era sonsacarle a Maurice qué le había dejado su abuela, la esperaba una desilusión.

–¿Hola? ¿Señor Valfort, sigue ahí? –preguntó Laura al no recibir respuesta.

–Sí –Nic temía que su abuelo se emocionara demasiado al conocer a la nieta de Irene. No podía correr el riesgo de que le afligiera descubrir que no había heredado la dulzura de su abuela; estaba demasiado vulnerable.

–Ahora mismo mi abuelo no está disponible –añadió–. Deme un cuarto de hora y la recogeré en el aeropuerto.

–No es necesario. Lo llamaré desde mi hotel y volveré a casa por la mañana.

–Sí es necesario si de verdad quiere que los ponga en contacto –dijo Nic enfáticamente.

–Quiere decir que primero tengo que pasar su examen.

–Mi abuelo está devastado, señorita Tate, y quiero protegerlo. Por eso usted y yo debemos hablar. En persona.

Ella pareció sorprenderse.

–Bueno, si no le supone una molestia…

Estaba claro de que no tenía ni idea de hasta qué punto él estaba decidido a saber qué se traía entre manos.

–Mi abuelo no me perdonaría que no me ocupara de usted.

–Pero no quiero importunarlo.

¿A qué venía tanta amabilidad? ¿Era parte del papel que interpretaba? Si era así, era una actriz consumada.

–Al contrario. Puesto que quiere hablar con él, mi abuelo no me perdonaría que la dejara marchar.

Nic no estaba dispuesto a admitir que sentía curiosidad por volver a verla. Quizá para comprobar que no le causaba tanto impacto como el que había sentido al conocerla.

–Sé que esta es otra de esas misiones que preferiría no tener que cumplir.

Nic suspiró.

–Se equivoca. Este es un regalo de Navidad con el que mi abuelo no había contado –si era sincera, su visita podía salvar a Maurice de una depresión. Por eso necesitaba averiguar si era o no la avaricia lo que la había llevado hasta allí–. Espéreme en la puerta de la terminal. Iré en un Mercedes negro.

–Allí estaré.

Nic decidió instintivamente alojarla en su casa para que su familia no se enterara de nada. Siempre habían censurado a Maurice por haberse casado con una extranjera.

Con la llegada de su preciosa nieta… Las cosas podían complicarse. El parecido físico de Laura con Irene les recordaría a la mujer que había robado el corazón de Maurice; y según cómo fueran las cosas, el conflicto familiar podía estallar con renovada fuerza. La situación debía ser manejada con discreción. Su abuelo y él siempre se habían llevado bien. Su lealtad hacia Maurice era inquebrantable.

Tomó la salida del parque tecnológico hacia el aeropuerto. Justo el día anterior había tenido la seguridad de que Laura Tate no iba a ponerse en contacto con ellos, pero no había tenido el valor de decírselo a Maurice. Ya no tendría que hacerlo.

Aunque el sol ya se había puesto, la vio al instante. Igual que Irene, vestía con un gusto exquisito. Llamaba la atención con un traje de chaqueta con falda tubo de tono gris perla, y una blusa con cuello de encaje. De hecho, el impacto que le causó fue aún más intenso que la primera vez.

Nic detuvo el coche y bajó. Laura solo llevaba una pequeña maleta.

–Viaja ligera –dijo tras ayudarla a subir al coche y sentarse tras el volante.

–No esperaba quedarme más que un par de días. Gracias por venir

a recogerme, señor Valfort –dijo ella con aparente sinceridad.

–Nic –dijo él, que se había cansado de tanta formalidad.

–Muy bien, pero solo si me llamas Laura. Tengo una reserva en el Boscolo Excedra, ¿puedes llevarme?

–A mi abuelo no le parecería bien. Cuando fui a California me pidió que cuidara de ti. Por ahora, te alojarás en mi casa. Cuando lleguemos, llamaremos al abuelo.

Nic percibió que ella lo miraba.

–¿Has avisado a tu esposa? A ninguna mujer le gusta que llegue un invitado por sorpresa.

Evidentemente, se había fijado en la alianza. Nic se incorporó al tráfico.

–Mi mujer está fuera –no mentía. Otra cosa era que no supiera dónde–. Mi personal se ocupará de ti. Si Dorine estuviera aquí, querría conocerte.

A su mujer le caía bien Irene. Nic se dio cuenta de que llevaba tiempo pensando en Dorine en pasado. Habían explorado todas las vías posibles para encontrarla, pero no había rastro de ella. El primer año había tenido la esperanza de volver a verla; pero los dos últimos, algo le decía que no sería así.

A poca distancia tomó una carretera que discurría entre árboles y conducía a su casa, desde la que se divisaba el mar. Dorine se había enamorado de ella al instante, pero hacía tiempo que parecía una tumba, habitada solo por su marido y el personal doméstico.

¡La quinta esencia de La Provenza!

La casa de tejas rojas era idéntica a una de las fabulosas villas provenzales que se anunciaban en las revistas más exclusivas del mundo. Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas al pensar cuántas veces habría contemplado Irene los cipreses y las vistas del Mediterráneo.

Laura había viajado a Francia a menudo, pero había evitado el sur por temor a caer en la tentación de ir a ver a su abuela.

¡Qué gran error había cometido al respetar los deseos de su madre! Haciéndolo, se había negado la oportunidad de conocer a la mujer que su abuelo, Richard, había amado y con la que se había casado.

–¿Sabe tu madre que has venido? –la voz grave de Nic la sacó de sus pensamientos.

–Sí –Laura se mordió el labio–. No ha podido impedirlo. Nos hemos peleado.

–¿Lo ha intentado?

–Sí, pero no he querido escucharla. Le he dicho que sería inhumano enfadarse conmigo ahora que Irene ha muerto.

Tampoco la situación con Adam había sido sencilla. El hombre con el que llevaba saliendo varios meses había mostrado su rechazo a que viajara sola. Estaba poniéndose demasiado serio, y Laura se dijo que aquel inesperado viaje le serviría a tomar una cierta distancia y reflexionar.

Su actitud agresiva le había hecho sentirse incómoda. Quizá su madre tenía razón cuando insinuaba que Adam era muy ambicioso y quería de ella algo más que amor. Al ver su reacción, Laura había sospechado que había algo de eso, dado que su apellido iba acompañado de una fortuna. Por culpa de la dolorosa historia que había dividido a la familia Holden, Laura tendía a ser desconfiada. De hecho, no estaba segura de querer seguir saliendo con Adam.

–Ser leal a la familia tiene su precio –murmuró Nic–. No sabes cuantas veces he tenido que reprimir el impulso de llamarte para que vinieras a ver a tu abuela. Ella te adoraba, pero a mi abuelo no le hubiera parecido bien que me entrometiera. Él siempre confió en que vendrías por ti misma.

Laura sintió que se le encogía el corazón.

–Por mucho que quiera a mi madre, debería haber seguido mi instinto. Ahora es demasiado tarde –dijo, quejumbrosa.

Tenía la impresión de que Nic no sabía si creer en su sinceridad. Era lo que pasaba cuando una tragedia enemistaba a dos familias. Tampoco ella sabía si podía creer en lo que Nic decía, pero eso no le había impedido ir. Quería respuestas sobre la abuela a la que siempre había amado en el fondo de su corazón.

Laura bajó del coche antes de que Nic la ayudara. Debía evitar que la tocara porque, por muy mala que fuera la opinión que él tuviera de ella, Laura se sentía fuertemente atraída hacia él. Y se avergonzaba de ello. ¡Nic estaba casado!

Él tomó la maleta y fue a la puerta. En cuanto la abrió, Laura vio un gran Belén sobre un aparador. Cuando entró tuvo la impresión de adentrarse en un cuadro de Matisse, su pintor impresionista favorito.

Contra un fondo de suelo y vigas de madera destacaban varios ramos de flores, cuadros en tonos acules y blancos, y preciosas piezas de cerámica. A través de la cristalera se veía el mar salpicado por veleros.

–¡Qué preciosidad de casa! –exclamó Laura.

–Gracias –Nic dejó la maleta en el suelo–. Si quieres refrescarte, hay un cuarto de baño en la habitación de invitados, al fondo del pasillo.

–Gracias.

–¿Quieres comer o beber algo?

–¿Puede ser un café?

–Le diré al ama de llaves que lo prepare y lleve tu maleta.

Laura agradeció que fuera un excelente anfitrión e intuyera que necesitaba unos minutos a solas para recomponerse.

Al volver al salón, se entretuvo mirando las fotografías que colgaban en el pasillo. Una de ellas mostraba a una mujer de cabello castaño, bonita y menuda, que debía ser la mujer de Nic. En la imagen los dos reían a carcajadas.

A Laura le costaba imaginar que se pudiera ser tan feliz. Ella nunca había tenido una relación duradera. Y cuanto más pensaba en ello, más consciente era de que tenía que romper con Adam. No sacaban lo mejor el uno del otro… y lo que ella sentía a su lado no se parecía ni por asomo a lo que aquella fotografía reflejaba.

Turbada por aquel pensamiento, entró en el salón, donde la esperaba una bandeja con café y galletas. Nic hablaba en francés por teléfono. Laura fue hacia las puertas de salida a la terraza y contempló el jardín, que en la luz del atardecer parecía refulgir.

–Cuando tu abuela venía a verme solía mirar el jardín con la misma expresión que tienes tú ahora. Le encantaba la jardinería. ¿A ti se te da bien?

–No lo sé –dijo ella en tono melancólico.

Laura llevaba años preparándose para el negocio hotelero familiar. Era un mundo masculino en el que había que esforzarse al máximo para destacar. Allí había conocido a Adam, que aspiraba a llegar a lo más alto. Eso era lo que tenían en común.

Al surgir la posibilidad de viajar a Francia y saber más cosas de su abuela, Laura no lo había dudado.

Se volvió hacia Nic, ansiando empezar sus preguntas. Podía percibir su desconfianza, que no era muy distinta a la que ella sentía hacia él. Caminaban por un campo de minas, pero teniendo en cuenta como lo había recibido en San Francisco, sabía que no tenía derecho a exigirle nada.

–¿Hablabas con tu abuelo?

Nic asintió con la cabeza.

–Maurice está de camino.

Capítulo Dos

Laura tragó saliva. Estaba a punto de conocer al hombre al que le habían enseñado a odiar. ¿Cuál era la verdadera historia del affaire entre su abuela y él? La realidad nunca era blanca o negra. Se le formó un nudo en el estómago.

–El castillo está a diez minutos de aquí. Tómate un café mientras esperamos.

Laura se sentó frente a Nic.

–¿Es como un castillo del Loira? –preguntó al tiempo que servía una taza.

Nic la miró con una expresión divertida.

–¿Me creerías si te dijera que la primera vez que Irene lo vio pensó que era el castillo de Cenicienta?

Era la primera vez que Nic se dirigía a ella sin su habitual tono de sospecha y Laura no pudo evitar sonreír.

–Te lo has inventado.

Nic se inclinó para tomar una galleta.

–Pregúntaselo a mi abuelo –dijo, alzando una ceja.

Luego se levantó y salió al vestíbulo. Al volver le dio una fotografía enmarcada.

–Esta es la propiedad. Espero que satisfaga tu curiosidad.

Era una forma de tenderle una rama de olivo y Laura decidió aceptarla. Después de todo, Nic la había llevado a su casa, algo que Laura no habría imaginado ni en sueños cuando se habían visto por primera vez.

–Maurice decía que Irene soñaba con que llegara el día en el que pudiera enseñártelo porque tú adorabas los castillos y las princesas.

–Es verdad. ¡No puedo creer que lo recordara!

Él la observó en silencio.

–Tengo entendido que sufrías por Cenicienta y que te aterrorizaba que sus hermanastras la encerraran en un cuarto con ratas.

–¿Te contó eso? Tengo fobia las ratas. Ni siquiera he podido ver *Ratatouille*.

Nic le dedicó por primera vez una sonrisa genuina, y Laura confirmó que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida Su esposa debía ser la mujer más afortunada del mundo.

Desvío la mirada hacia la fotografía.

–¡Es como un castillo de cuento de hadas! –exclamó.

–Mi bisabuelo Clement restauró el edificio del siglo XVII. Necesitaba mucho espacio para entretener a sus socios. Contiene una

chimenea original, una escalera de piedra en espiral y una excelente bodega. El tejado cónico contribuye a darle ese aire de fantasía.

–Es espectacular –dijo Laura. Y pensar que su abuela había vivido allí veintidós años…–. ¿A ti también te gustaba?

–*Bien sûr*. Mis padres vivían muy cerca y celebrábamos allí todas las reuniones del clan.

–Debías pasarlo maravillosamente.

La sonrisa de Nic se desvaneció poco a poco y Laura dedujo que también su familia había pasado por un infierno. Nic la miró con expresión solemne, como si quisiera ver en su interior. No tenía ni idea de hasta qué punto la invadía un sentimiento de culpa. Temía estar disfrutando en exceso de la compañía de Nic en ausencia de su esposa. No podía permitirlo.

Durante años, Laura había oído con pavor la historia del affaire de su abuela con el abuelo de Nic cuando ella estaba todavía casada. No concebía que una mujer tuviera una relación con un hombre casado. ¿Cómo podía alguien cegarse de tal manera?

Y, sin embargo, se sentía atraída por un hombre que había crecido despreciando a su familia tanto como ella a la de él. ¿Habría sido algo así lo que le pasó a su abuela? ¿Se habría tratado de una atracción tan intensa que finalmente los dos habían estado dispuestos a renunciar a sus familias para permanecer juntos?

Laura solo sabía una cosa: que no debía permanecer sola en casa de Nic más que lo imprescindible. Mecánicamente se llevó la fotografía al pecho, como si necesitara recordarse que la única razón de su presencia allí era Irene, y no el nieto de Maurice, que se estaba convirtiendo en una perturbadora distracción.

–Mi abuela vivió aquí todos esos años y yo no vine a verla nunca –musitó con pesadumbre.

Nic permaneció de pie con las manos en las caderas, en una actitud muy masculina.

–Yo oí muchas versiones del episodio Holden–Valfort hasta que fui lo bastante mayor como para que mi abuelo me contara la verdad.

Laura lo miró con expresión atormentada.

–¿Aceptaste su versión sin cuestionártela?

–Yo amo a mi abuelo sin fisuras. Pero me gustaría conocer tu versión si quieres compartirla conmigo. Así podremos cotejarlas.

Laura dejó la fotografía en la mesa y se puso en pie.

–Mi abuela desapareció de mi vida cuando yo tenía seis años. Casi todo lo que sé de ella me lo han contado mi madre o mi tía Susan, la hermana mayor de mi madre, que nunca se ha casado. Según ella mi abuela tuvo un affaire con tu abuelo aún antes de que se quedara viudo.

–Eso es imposible.

–Me limito a repetir lo que me han dicho. Se supone que eso sucedió a la vez que mi abuelo padecía un cáncer. El abuelo Richard murió joven. Poco después murió la mujer de Maurice; entonces se casó con mi abuela y se mudaron a Francia. Ni mi madre ni Susan han podido perdonar a Irene que tuviera un affaire mientras su padre estaba enfermo.

El rostro de Nic se había ido ensombreciendo hasta tal punto que Laura temía continuar, pero lo hizo:

–Dicen que tu abuelo era un hombre perverso, que fue capaz de seducir a Irene aun antes de que su mujer muriera. Cuando me hice mayor y comprendí lo que significaba el adulterio, entendí por qué mi madre y Susan habían sufrido tanto. Cuando me lo contaron, pude ver el lado más amargo de mi madre. No vivíamos en una casa muy feliz.

Hizo una breve pausa y continuó:

–Pero con los años he aprendido que nadie es perfecto y que todos cometemos errores. Albergar tanto odio hacia mi abuela, al margen de lo que hubiera hecho, no tenía justificación. Le dije que quería venir a ver a Irene, pero me lo prohibió. Entonces le sugerí que buscara ayuda profesional y me acusó de volverme contra ella. Cada vez que mencionaba el tema, me decía que no la quería. Las cosas fueron aún peor cuando intenté hablar con mi tía Susan. Me dijo que si me ponía en contacto con mi abuela, mi madre era capaz de cometer una locura.

La mirada enfurecida de Nic la alarmó. Él se acercó y dijo:

–¡Esa historia está tan tergiversada que si mi abuelo la oye lo destrozará! –para sorpresa de Laura, la tomó por los antebrazos y la atrajo hacia él. La intensidad de su reacción solo podía ser sincera–. Maurice está en las nubes porque has venido. Prométeme que no le dirás lo que acabas de contarme –tenía una vena hinchada en el cuello–. Al menos por ahora.

–No-no diré nada –balbuceó ella.

La energía de Nic la clavó en el suelo. Estaba lo bastante cerca como para que notara su aliento en los labios. Cuando alzó la mirada vio que sus ojos grises eran dos pozos de dolor.

–¿Qué te ha hecho venir? –preguntó Nic con aspereza–. ¿Te ha tentado averiguar qué cantidad de dinero te ha dejado tu abuela? Dime la verdad –sacudió a Laura con suavidad–. Yo puedo soportarla, pero mi abuelo, no.

Su reacción dejó a Laura abatida.

–Supongo que no debe extrañarme que me acuses de algo así. Debido al odio que hay en ambos bandos, pareces haber olvidado un detalle muy importante.

–¿Cuál? –exigió saber Nic.

–Mi abuelo Richard me dejó varios millones en herencia. Tengo

todo el dinero que necesito. Lo único que no he tenido ha sido la alegría de crecer cerca de mi abuela. Y aunque me produzca aprensión conocer al hombre que nos la arrebató, estoy decidida a ver qué tipo de hombre es –Laura fue consciente de que había ido elevando el tono de voz. Concluyó–: Espero haber contestado tu pregunta.

Nic dejó escapar un gruñido quejumbroso.

–*Mon Dieu* –musitó, sonando avergonzado.

Dejó caer las manos lentamente. Cuando la soltó, Laura temió que le fallaran las piernas y se asió al respaldo de la butaca.

En ese momento oyó voces procedentes del vestíbulo. Una mujer y un hombre hablaban en francés.

Sobresaltada, se volvió a tiempo de ver entrar al ama de llaves de Nic con el hombre de cabello plateado que acompañaba a Irene en la fotografía. Llevaba un jersey azul y pantalones color crudo. En persona parecía joven para tratarse de un hombre de ochenta y un años cuyo rostro mostraba señales de sufrimiento. Era extremadamente guapo y había transmitido sus genes a su nieto. Veintiún años atrás, la abuela de Laura debía haberlo encontrado irresistible.

Él cruzó la habitación, mirando a Laura con incredulidad antes de volverse a Nic y decir.

–Debiste saberlo al instante –su acento era más pronunciado que el de Nic.

–*Oui, Grand-père*. Laura es indudablemente la nieta de Irene.

Los ojos marrones de Maurice se inundaron de lágrimas cuando miró de nuevo a Laura.

–¡Lo que ella habría dado por entrar en esta habitación y verte! Eres tan hermosa como ella.

Desde el primer instante, Laura sintió el amor y el afecto que irradiaba. Por más daño que él e Irene hubieran causado a su familia, era imposible que aquel hombre fuera el que su madre y su tía habían demonizado. Laura carraspeó. Estaba todavía afectada por el dolor que había percibido en Nic.

–Por fin nos conocemos.

Laura intuyó que habría querido abrazarla, pero en lugar de hacerlo, Maurice retrocedió y se echó a llorar. Sacó un pañuelo del bolsillo.

–Es un milagro. Cuando Irene murió pensé que ya nada me haría feliz, pero no es verdad. Has venido. Por favor, sentémonos.

Él se sentó junto a Nic y ella ocupó un sofá frente a ellos.

–¿Cuándo has llegado?

–La he recogido en el aeropuerto hace una hora –explicó Nic–. Había hecho una reserva en un hotel pero la he cancelado.

Maurice sonrió.

–*Naturellement*. Esta noche vendrás al castillo. Estoy solo, arrastrándome de un lado a otro.

Laura sonrió. El marido de Irene parecía disfrutar de una salud excelente y era difícil imaginarlo «arrastrándose». Era un hombre vigoroso y atlético. Laura no sabía con qué se iba a encontrar, pero desde luego que no esperaba a alguien como Maurice.

–Es muy amable por tu parte, pero no quiero que te molestes y menos cuando no me esperabas –por más que a primera vista le hubiera agradado, Laura no se sentía cómoda aceptando su hospitalidad. Tampoco la de Nic, aunque por distintos motivos, pero no tenía otra alternativa.

Nic debió percibir su inquietud, porque dijo:

–Laura se va a quedar aquí, *Grand-père*. Ya hemos preparado su dormitorio. Mañana tendréis la oportunidad de conoceros mejor. Ahora mismo, sospecho que está agotada. El vuelo es muy largo.

Laura cruzó una mirada con él, preguntándose si su amabilidad se debía a que temía lo que pudiera decirle a su abuelo; y aunque su suspicacia le doliera, podía comprenderla. Los dos habían crecido aprendiendo a desconfiar de sus respectivas familias.

Maurice asintió.

–Por supuesto. Veo que Nic te ha dado las fotografías.

–Sí, me encantan.

–Me alegro. Las saqué en nuestros numerosos paseos. A lo largo de nuestro matrimonio debimos recorrer miles de kilómetros. A Irene le encantaba caminar.

También a Laura.

Los recuerdos que Maurice estaba evocando la ahogaban de emoción.

–Nic me ha dicho que fuisteis muy felices.

–Éramos almas gemelas. Yo la adoraba –las lágrimas corrieron por el rostro del anciano–. Hasta el día que enfermó de neumonía, disfrutamos del exterior. Ningún hombre ha tenido una mujer tan maravillosa. Sin ella estoy perdido.

Sacudida por la sinceridad del amor que describía, Laura se removió en el asiento.

–¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

–Dos meses. Un catarro se complicó y derivó en neumonía. Tras dos semanas en el hospital con antibióticos, el médico nos dijo que todo iba bien. Pero de la noche a la mañana, empeoró… y murió sin poder cumplir su último deseo: que tú y tu familia supierais cuánto os amaba.

Sin poder contener las lágrimas por más tiempo, Laura se levantó y fue hacia el balcón. Las palabras de Nic resonaban en sus oídos: «¡Esa historia está tan tergiversada que si mi abuelo la oye lo destrozará!».

Tras escuchar a Maurice hablar con tanto amor de Irene, entendía que Nic hubiera querido evitar que lo hiriera. Ni Maurice ni Nic fingían. Y ella no pensaba volver a repetir aquellas palabras. Ya habían sufrido todos bastante. La amargura que reinaba en su casa la había marcado. No estaba dispuesta a seguir viviendo con ella.

–Nos vemos mañana, *Grand-père*.

Al oír la voz de Nic, Laura se volvió.

–Gracias por todo, señor Valfort.

–Llámame Maurice.

–Muy bien, Maurice –Laura tenía la visión borrosa–. Gracias por enviar a Nic con el cuerpo de mi abuela y arreglarlo con la funeraria. Dada la terrible historia de nuestras dos familias, fue un gesto noble y generoso. Me siento en deuda con los dos –se le quebró la voz.

–Tengo que admitir que me costó dejarla ir –dijo con pesadumbre–. Pero siempre puedo contar con el apoyo de mi nieto.

La emoción atenazó la garganta de Laura hasta casi ahogarla.

–Nic fue muy amable –de hecho, dado como lo había tratado ella, había sido un santo–. Hace dos días celebramos su funeral. Ha sido enterrada en el panteón familiar.

–Tal y como tenía que ser –las lágrimas contenidas que distorsionaban la voz de Maurice rompieron el corazón de Laura–. Pero a cambio, tú estás aquí, y le doy gracias a Dios. ¡Cuánto rezó Irene porque llegara este día!

–Y yo quería conocerte –dijo Laura. Lo que no había esperado era tener tan claro que su abuela y él habían sido víctimas y no verdugos–. Irene debió amarte más que nada en el mundo.

–Más que nada, no –la contradijo Maurice–. No pasaba un día sin que te mencionara. Ansiaba reunirse con su pequeña nieta.

Laura no podía soportar tanta emoción. Maurice obviamente, tampoco. Nic le pasó un brazo por los hombros.

–Te acompaño a la puerta.

Laura los vio salir, pero Nic no tardó en volver junto con su ama de llaves.

–Sé que el vuelo es agotador porque lo padecí hace una semana. Arlette te llevará algo para cenar. Duerme cuanto quieras. Hablaremos por la mañana.

–Gracias, pero no creo que pueda quedarme dormida. Necesito relajarme. Si no te importa, pídeme un taxi para ir a Niza. Me gustaría ir al paseo marítimo y empaparme del ambiente. Me ayudará a imaginar cómo vivió Irene todos estos años.

Nic pareció alterado.

–Tu abuela y Maurice solían pasear por la Promenade das Anglais por la noche. Iban a escuchar música de los sesenta a un restaurante donde suelen actuar cantantes que cantan los éxitos de Brel y

Aznavour –Nic se frotó la nuca con gesto distraído–. Yo también estoy despejado. Te llevaré con mucho gusto.

–No, no, ya te has molestado bastante. Me bastará con media hora.

Nic la miró entornando los ojos.

–¿Me rechazas porque no me perdonas que haya insinuado algo que es obviamente mentira?

No. Lo rechazaba porque era un hombre casado, pero Laura no estaba dispuesta a admitirlo.

–¿Si acepto me acusarás de querer salir para obligarte a llevarme?

Nic esbozó una sonrisa.

–Puede que sea yo quien te está utilizando para distraerme un rato antes de acostarme.

Su mujer debía tener una razón de peso para estar fuera. De ser su esposa, Laura… ahuyentó ese pensamiento al instante.

–Si es así, no pienso rechazar tu caballerosidad.

Nic enarcó las cejas.

–Jamás hubiera esperado que vinieras a alguna parte conmigo por propia voluntad.

Su risa siguió a Laura hasta su dormitorio, donde recogió un jersey. Nic la esperó en el vestíbulo y caminaron hasta el coche.

Llegaron al paseo marítimo en un cómodo silencio. A Laura le encantó ver los edificios de estilo italiano que conocía por las fotografías de Niza y que le daban un aire mágico.

Nic aparcó en una calle lateral y caminaron hasta el Oiseau Jaune, desde cuyo interior llegaba el sonido de música en directo. Nic encontró una mesa en el exterior y pidió té de menta a un camarero.

Laura se acomodó en su asiento decidida a empaparse de la atmósfera francesa.

–Cuando estuve en Wyoming el año pasado fui a un restaurante francés en el que había un cantante que sonaba como Charles Aznavour. Aunque no entendía nada, me encantó. No puedo creerme que esté aquí. No hay sitio mejor en el mundo.

–Mi abuelo tampoco puede creerlo. Dudo que pueda pegar ojo.

Laura reprimió el llanto.

–Y pensar que me lo he perdido durante todos estos años…

–Has sido víctima de las circunstancias. Todos lo hemos sido.

Laura respiró profundamente.

–No sabes cuánto te agradezco que me hayas traído aquí. Hay algo en este tipo de música que resulta extremadamente romántico, aunque me encantaría saber francés para entender la letra.

–Eres igual que Irene. Ella también era una romántica y adoraba este local. Yo te traduciré.

–Gracias.

Nic tenía la mirada velada.

–«Bailemos como antaño, mi amor. Quiero tenerte en mis brazos, piel contra piel. Deja que sienta tu corazón, que no haya espacio entre nosotros. Ven donde perteneces. Escuchemos nuestra canción secreta y bailemos como antaño. ¿No quieres permanecer en mis brazos? Si cerramos los ojos y bailamos, descubriremos un éxtasis que no conocíamos. Así te amo más».

Temblorosa, Laura miró en la distancia, conmovida por la letra de la canción, por la voz de Nic, por su belleza masculina. No recordaba haber pasado un momento como aquel. Nunca.

Después de veinte minutos, el cantante hizo un descanso. Laura sonrió a Nic.

–Ha sido maravilloso –dijo con la voz quebrada–. Ahora que ya siento que estoy en Francia, creo que podré dormirme. ¿Tú?

–Me has hecho ver mi país con ojos nuevos. Si no estás demasiado cansada, me gustaría llevarte dando un paseo a la colina del castillo. No hace falta que subamos hasta arriba para tener una maravillosa vista del puerto Lympia.

–Háblame de ese lugar –musitó Laura. Quería oír su voz grave con aquel encantador acento francés.

–La colina es una elevación como la Acrópolis de Atenas, solo que mucho más verde. Recibió su nombre de una fortificación que reconstruyó el rey Carlos Feliz de Saboya en 1830. Añadió un jardín geométrico y una cascada artificial.

A medida que ascendían sobre Niza, Laura tuvo la convicción de haber sido transportada a otro universo. La música había permeado su sangre, y se quedaría allí para siempre. Pasear por un paraje tan espectacular con aquel hombre era su idea de la gloria.

Miró el mar y recordó que Maurice le había dicho que su abuela y él solían caminar largas distancias. También ella anhelaba conocer los bellos rincones de aquel país. Y contemplarlos con Nic la dejaba sin aliento.

Finalmente volvieron al coche, pero en su interior, no quería que la noche concluyera.

Envuelta en la hermosura de la noche, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla del coche. Apenas se reconocía en la mujer que había volado a Niza tan solo unas horas antes.

Se había producido en ella un cambio radical. Nada era como había pensado hasta entonces. Las líneas ya no eran nítidas, sino difusas. Y en parte le aterrorizaba lo que le estaba sucediendo.

A la mañana siguiente, Nic estaba desayunando con el periódico

delante sin conseguir leer ni una línea. No comprendía qué le había movido a llevar a Laura a dar un paseo la noche anterior. Su familia no lo comprendería. Si alguien lo hubiera visto con otra mujer mientras esperaba noticias de su esposa habría sido motivo de escándalo. Pero que encima se tratara del enemigo… ¿Qué demonios le estaba pasando?

Oyó pasos y alzó la cabeza. Cada vez que veía a la nieta de Irene, la encontraba espectacular. Aquella mañana llevaba pantalones de lino marrón y una camisa del mismo color con el cuello naranja; se había recogido el cabello en una coleta.

–*Bonjour*, Laura –saludó, poniéndose en pie.

–*Bonjour* –dijo ella. Alzando la mano, añadió–: No te rías. Sé que tengo un acento espantoso.

Nic rio y le acercó una silla a la mesa

–Siéntate a desayunar.

–Gracias. ¡Qué buena pinta! Siento haber dormido hasta tan tarde.

–No tienes que disculparte. Es un viaje muy largo –Nic vio signos de que había estado llorando.

Laura se sentó y se sirvió ensalada de fruta y un trozo de quiche.

–¿Qué tal acento tenía mi abuela?

–Al principio, igual que el tuyo, pero en dos años, sonaba francesa.

–Así que es posible.

–Por supuesto.

–De por supuesto nada. Conozco a gente que lleva años en Estados Unidos y sigue teniendo un acento espantoso.

–Porque hay que esforzarse. Además, tu abuela tenía muy buen oído.

–Estar casada con Maurice debió ser una gran motivación –dijo Laura–. Es evidente que es un hombre excepcional. Anoche fue encantador conmigo. Espero no haber herido sus sentimientos al rechazar la oferta de hospedarme con él.

–Fui yo quien intervino para rechazarla. Pensé que necesitabas más tiempo.

–Lo sé y te estoy agradecida. Quiero disculparme por cómo te traté en San Francisco. Igual que tú anoche, yo debía haberte llevado a mi restaurante favorito y enseñarte la vista desde Twin Peaks. Perdona que fuera tan grosera cuando tú te limitabas a cumplir los deseos de tu abuelo.

–En la misma medida que tú actuabas cómo creías que debías hacerlo.

Al conocer mejor a Laura, Nic había tenido que cambiar su opinión inicial sobre ella. Aquella mujer tenía la sensibilidad y la intuición de su abuela. Solo alguien con una personalidad así podía atraer a su abuelo. Y a él.

No podía creer que en tan poco tiempo Laura hubiera conseguido, sin proponérselo, remover en su interior sentimientos que llevaban tanto tiempo adormecidos. ¿Cómo era posible que se encontrara en aquella posición cuando sus familias se habían odiado durante décadas? Puesto que estaba y siempre estaría enamorado de Dorine, nadie de su familia comprendería que deseara estar con otra mujer, y mucho menos que esa mujer fuera Laura.

El espanto que les causaría saber que era su invitada lo llenaba de aprensión. No quería decepcionar ni a su familia ni a la de Dorine, pero Laura estaba bajo su techo por Maurice. Desafortunadamente, por más puras que fueran sus intenciones, estaba seguro de que su comportamiento recibiría la desaprobación más absoluta.

–En cualquier caso, me avergüenzo de haber actuado como lo hice.

–Yo también he cometido errores. ¿Estás lista para el siguiente paso?

Laura miró a Nic con curiosidad.

–¿Has hablado con Maurice?

–Sí. Está deseando venir. ¿Qué te parece?

–Perfecto. ¿Lo traerá alguien?

–No. Sigue conduciendo y se niega a usar chófer.

–Debe ser muy duro quedarse solo después de vivir tantos años con alguien.

–Sí, está pasándolo muy mal. Y creo que le inquieta saber cuáles son tus verdaderos sentimientos.

Laura se mordió el labio.

–Sea cual sea el problema existente entre nuestras familias, yo no he sido participe. Solo he sufrido las consecuencias. No sabes hasta qué punto estoy deseando hablar con Maurice.

Maurice estaría encantado.

–*Bon* –Nic sacó el móvil del bolsillo y llamó a su abuelo, que sonó entusiasmado.

–¿Nic? ¿Sabe tu familia que estoy aquí? –preguntó Laura cuando colgó.

–Todavía no. Por ahora solo nosotros tres.

Los preciosos ojos azules de Laura lo miraron con ansiedad.

–¿El odio en tu familia es tan intenso como en la mía?

Había llegado el momento de la verdad.

–Ni sus hermanos ni sus hijos llegaron a aceptar el segundo matrimonio de Maurice. Como no podían hacer desaparecer a Irene, le hicieron el vacío. Ella siempre se sintió como una extraña. Excepto con Maurice, claro.

–Y contigo.

Nic asintió con la cabeza.

–¡Qué tragedia! –musitó Laura.

–Tragedia es la palabra adecuada. Pensaban que mi abuela Fleurette era perfecta. Yo también. Murió de una enfermedad degenerativa que la mantuvo en cama durante tiempo. Mi abuelo la cuidó con devoción y lloró tanto su muerte que pensamos que nunca se recuperaría. Nadie pudo asimilar que, dos años después, anunciara que se volvía a casar.

–¿Dos años después? Pero yo creía…

–Se ve que te falta información –dijo Nic, apesadumbrado–. Nos ha faltado a todos. El caso es que mi familia habría aceptado que se volviera a enamorar, pero que se casara y trajera a su nueva mujer al hogar familiar les resultó inaceptable. Su nueva mujer resultó ser la viuda de Richard Holden, el dueño de una de las cadenas de hoteles más importantes de California –Nic se inclinó hacia adelante–. ¿Sabías que nuestros abuelos coincidieron en varias conferencias internacionales dedicadas al negocio de hostelería?

–¿Cómo? –preguntó Laura, atónita.

–Por lo visto lo cuatros se hicieron buenos amigos y llegaron a hacer algún viaje juntos.

–¡No tenía ni idea! –exclamó Laura.

–Lo suponía. Maurice lamentó mucho la muerte de Richard. De hecho, fue a visitarlo varias veces mientras estuvo enfermo.

–¿Tu abuela seguía viva?

–*Mais oui*. Ella lo acompañó.

–Así que la idea de que fue una relación adúltera…

–Es absurda –concluyó Nic por Laura–. Pasaron dos años más antes de que Fleurette enfermara. Tras su muerte, mi abuelo se dedicó a su trabajo en cuerpo y alma. Un año más tarde, acudió a una conferencia en Nueva York. Allí encontró a Irene, que acudió a recibir un premio póstumo en honor de Richard.

–¡Así fue como volvieron a coincidir!

Nic asintió.

–Supongo que puedes imaginar el resto: dos personas fuertes que habían sido amigos y tenían una gran capacidad de amar, descubrieron que querían estar juntas y se enamoraron.

–¡Qué romántico! –exclamó Laura.

–Sí. Mi abuelo voló a menudo para ver a Irene. Intentó conocer a tu madre y tu tía, pero no pudo ser. Cuando le propuso matrimonio, Irene aceptó y se casaron.

–¿Dónde?

–En California, en un juzgado de paz. Maurice pensaba instalarse allí para que tu abuela no tuviera que abandonar a su familia. Pensaba viajar a Francia a menudo, ceder el control del negocio a su hermano Auguste y asesorarle desde la distancia, pero no fue posible. Entonces decidieron venir a Francia. Él te contará el resto.

–No es justo que su matrimonio creara tal abismo entre las dos familias –dijo Laura en un gemido.

Nic sacudió la cabeza.

–Yo tenía entonces doce años. Por lo que me habían contado, estaba seguro de que tu abuela no me gustaría, pero eso cambió en cuanto la conocí. Era una mujer encantadora y amable. Se convirtió en mi profesora de inglés.

–¿De verdad? –preguntó Laura con ojos chispeantes.

–Y yo la ayudaba con el francés –añadió Nic sonriendo–. Ya de mayor oí que se referían a ella como «oportunista», pero era absurdo. Mi abuelo me dijo que era rica.

Laura se puso en pie.

–No comprendo nada, y menos aún el rencor de mi madre y de mi tía.

–Yo tampoco. Nos falta información. Puede que mi abuelo nos ayude a completar el puzle. ¿Quieres bajar al jardín mientras le esperamos?

–Me encantaría. Voy por un jersey.

Laura volvió en un par de minutos. Nic abrió las puertas del jardín y bajaron los escalones de piedra que llevaban al jardín.

–Parece mentira que sea invierno. ¡Qué flores más preciosas! –exclamó Laura.

–Tu abuela podría haberte dicho el nombre de cada una de ellas. Sé que adoraba el parterre de blancos narcisos que rodean la urna etrusca.

–Parecen copos de nieve en contraste con la vegetación.

Nic se aproximó a Laura, atraído hacia ella como un imán.

–¿Me creerías si te dijera que Irene dijo una vez eso mismo? Es increíble lo que os parecéis.

Vio que Laura se estremecía a pesar de que no hacía frío.

–La verdad es que me resulta un poco inquietante –comentó.

–¿Por qué te inquieta?

Laura evitó mirar a Nic.

–Nunca me han dicho que me pareciera a mi madre. Es evidente que he heredado los genes de mi abuela y, sin embargo, apenas pasé tiempo con ella.

–Pero también sois diferentes. Irene siempre decía que los negocios no eran lo suyo. En cambio tú eres la directora de marketing de Holden, así que has debido heredar la genialidad empresarial de Richard. Maurice lo admiraba mucho.

Laura lo miró con los ojos empañados de lágrimas.

–Estoy descubriendo muchas cosas que no sabía –ladeó la cabeza y continuó–. Por ejemplo: ¿por qué no diriges Valfort Hotels?

–La empresa está en manos de mi padre y de mis tíos.

–¿Y tú cómo te ganas la vida?

Nic había esperado esa pregunta. Pronto le haría también alguna respecto a su mujer y él tendría que darle explicaciones. Pero prefería no hablarle de Dorine por el momento. Ya habría tiempo para contarle aquel espantoso episodio de su vida.

–Tengo mi propia empresa de investigación y desarrollo en un parque tecnológico próximo. Estoy especializado en medio ambiente, y en establecer sinergias entre el mundo académico y el empresarial.

–¡No sé muy bien de lo que hablas, pero no parece tener nada que ver con la hostelería! –dijo Laura, riendo.

Su risa despertó en Nic emociones que llevaban tiempo aletargadas. No quería despertar, y menos que la causa fuera aquella mujer. Su familia jamás había aceptado a Irene. De pronto aparecía su nieta y la historia parecía repetirse. Tenía que hacer lo posible por ignorar la química que había entre ellos

–Siempre me gustó la ciencia. Estudié en París mientras mi hermano y mi cuñado se incorporaban a la empresa.

–Y, sin embargo, tu abuelo se apoya en ti en los momentos más importantes de su vida.

–¿A qué te refieres?

–Anoche dijo que siempre puede contar contigo. Además, está claro que tenéis mucho en común. Los dos sois fuertes. Si no, no te habría enviado a cumplir una misión que cualquier otro habría rechazado

El comentario de Laura era tan acertado que tomó a Nic por sorpresa.

–¿Nicholas?

Capítulo Tres

Los dos se volvieron al unísono. Maurice estaba bajando las escaleras y los miraba alternativamente.

Dado lo que se parecía a su abuelo, Nic se preguntó si Maurice se veía a sí mismo y a Irene unos cincuenta años atrás, y se le puso la carne de gallina al darse cuenta de la de las circunstancias en las que estaban inmersos.

Maurice besó a Laura en ambas mejillas.

–Supongo que Nic te ha dicho que tu abuela te ha dejado algo en herencia. Si no, dudo que hubieras venido.

–¡Eso no es verdad! –protestó Laura–. Estoy aquí porque no quería que la división entre nuestras familias se prolongara. Quería conocer al hombre del que mi abuela se enamoró hace tantos años. Ni siquiera mi familia ha podido detenerme. Espero que me creas.

Maurice le tomó una mano.

–Acabas de responder a mis plegarias. Solo me queda cumplir los deseos de mi esposa. He hablado con mi abogado y me ha dado permiso para leerte el testamento. Sin embargo, prefiero enseñarte lo que te ha dejado. ¿Por qué no venís al castillo a las cinco?

–Muy bien –dijo Laura.

–Os estaré esperando. Ahora tengo cosas que hacer –dijo una palmada en el brazo de Nic–. Hasta luego.

–Permite que te acompañe al coche, *Grand-père*.

–No, no, quédate con Laura.

Nic sintió una nueva punzada de culpabilidad, pero decidió ignorarla. Cuando Maurice desapareció, se volvió hacia Laura.

–¿Qué te gustaría hacer?

Ella miró a su alrededor.

–No creo que haya nada comparable al paseo de ayer por la noche, pero querría hacer alguna compra.

Nic tampoco creía que fuera a olvidar la noche anterior.

–¿Te refieres a mirar escaparates o piensas en algo específico?

–Muy específico –Laura miró a su alrededor–. Ya que Maurice no ha podido enterrar a mi abuela aquí, me gustaría hacer algo en homenaje a su amor. Has dicho que le encantaban las flores.

Nic asintió.

–A mi abuelo también.

–Si es así, me encantaría llevarle flores.

–¿Alguna variedad en especial?

–La verdad es que no.

–Entonces vas a tener problemas para decidirte cuando te lleve al *Marché aux Fleurs* de Cours Saleya.

Laura sonrió.

–¿Qué es eso?

–Uno de los mercados de flores más famosos de Francia. Ve por tus cosas. Iremos en coche.

Veinte minutos más tarde, Nic aparcaba cerca de un área con preciosos toldos de rayas bajo los que había miles de flores.

–Nic…

Sus miradas se encontraron.

–Lo sé. ¿A que parece que te están llamando?

Laura rio.

–¡Exactamente!

Pasearon cerca de media hora. Laura no quería perderse nada.

–No sé qué elegir. El olor es delicioso. ¡Mira esos geranios!

Había todas las variedades imaginables: dalias, anémonas, alegrías. Pero Nic se dio cuenta de que Laura dirigía su mirada a las fucsias de color malva. Efectivamente, se detuvo ante un gran cubo de ellas y dijo:

–Creo que me llevaré estas.

El vendedor dijo algo y Nic tradujo:

–Pregunta que cuántas quieres.

–Me gustaría llevármelas todas, pero supongo que es imposible.

–No tiene por qué serlo.

Nic dijo algo y le dio al hombre, que sonrió de oreja a oreja, varios billetes. Luego llamó a varios de sus asistentes y estos cargaron el cubo en el coche de Nic.

Cuando se fueron, Laura miró a Nic.

–No sé qué decir –susurró. Sin pensárselo, le dio un beso en la mejilla–. Gracias por otro recuerdo inolvidable.

El roce de sus labios sacudió a Nic hasta la médula. Para contrarrestar el efecto, dijo:

–Vamos a Fenoccio's. Es una heladería con sabores exóticos.

–¿Cómo cuál? –preguntó Laura mientras caminaban.

–¿Has probado alguna vez helado de violeta?

–¡Bromeas!

Por supuesto, Nic decía la verdad. Unos minutos más tarde, compartían un delicioso helado de violeta.

–A la vuelta de la esquina hay otro capricho que debes probar.

Fueron a Lova's, donde Nic le dio a probar *socca*, una gran crepe cortada en tiras y cubierta de pimenta negra que se comía con los dedos. Cuando le dio a la boca un trozo, sus dedos rozaron los labios de Laura e hicieron que la recorriera una deliciosa sensación.

–¡Qué bueno! Vamos a tener que dejar de comer si queremos tener

apetito para la cena con Maurice. Quiero hacer otro recado y sé dónde. Lo he visto al pasar.

Nic miró la hora.

–Se está haciendo tarde. Voy por el coche. Cuando estés lista, llámame y te recojo.

–Gracias –cuando Nic ya se alejaba, Laura dijo–: Nunca lo había pasado tan bien.

Nic había olvidado lo que significa pasarlo bien. Pero de la noche a la mañana, Laura había iluminado la oscuridad en la que había vivido.

«Dorine… perdóname».

Laura sabía que aquella era la única tarde que pasaba con Nic. La culpabilidad la torturaba demasiado.

Estaba allí para conocer a Maurice, y por la curiosidad de saber qué le había dejado su abuela. Sin embargo esas razones se entremezclaban con una creciente y cada vez más perturbadora atracción hacia el hombre casado que acababa de irse.

Ella había trabajado a menudo con hombres casados atractivos, pero ninguno había despertado en ella una reacción similar.

¿Se habría sentido así su abuela cuando conoció a Maurice, sin aliento y turbada por una energía varonil que invadía su cuerpo? La profunda voz de Nic la permeaba de tal manera que incluso cuando no lo miraba, su sistema nervioso respondía con fuerza.

Al día siguiente arreglaría su vuelo a San Francisco y olvidaría a Nic. Había ido a Francia buscando respuestas respecto a su abuela. No podía permanecer más tiempo bajo el techo de Nic. Su sentimiento de culpabilidad había alcanzado un punto álgido.

Adam le había mandado un mensaje aquella mañana. Ella había respondido que lo llamaría más tarde, pero lo cierto era que no le apetecía hablar con él, tuviera o no, como decía su madre, una agenda secreta.

La noche anterior había sucedido algo con Nic… Aquel mismo día también, incluso con mayor intensidad. El nieto de Maurice había representado tal asalto a sus sentidos y a su vida que la cabeza le daba vueltas. Sentir una atracción así por un hombre casado, era la prueba de que no podía comprometerse con nadie. No había encontrado todavía al hombre apropiado.

La parte antigua de Niza era como muchos de los pueblos medievales que había visitado en Europa. Las calles estrechas que serpenteaban entre los viejos edificios de tejas rojas le resultaban encantadoras. Estaban repletas de tiendas y de compradores. Laura casi había olvidado que aquella noche era Nochebuena, lo que explicaba la compra que quería hacer.

Entró en una vinoteca que había visto con anterioridad y compró un *Riesling* y un *Pinot Gris* para sus anfitriones. Pidió que las envolvieran para regalo y mientras esperaba, sacó el teléfono, pero este sonó antes de que pudiera llamar a Nic.

El corazón se le aceleró al ver que era él quien llamaba.

–¿Hola?

–*Bon après-midi*, Laura. ¿Puedo recogerte ya?

Laura contuvo el aliento.

–Has llamado en el momento exacto.

–¿Dónde estás?

–En *Chappuyis et Fils*. Disculpa la pronunciación.

La risa de Nic reverberó en su cuerpo.

–Te he entendido perfectamente. Llegaré en cinco minutos. No te muevas.

Laura sonrió.

–Es evidente que estás casado –dijo a propósito, aunque solo fuera para recordárselo a sí misma–. Seguro que has tenido que ir buscando a tu mujer más de una vez. Prometo no moverme.

Aunque no sabía qué respuesta esperaba, le desconcertó el largo silencio que siguió a sus palabras.

–¿Nic? ¿Sigues ahí?

–*Oui*.

Y Laura oyó que colgaba. Frunció el ceño. ¿Habría dicho algo inoportuno? ¿Estaría separado de su mujer? Quizá por eso no la nombraba. Laura no supo qué pensar.

El dependiente le dio una bolsa con sus dos paquetes y ella salió de la tienda, pero la animación que había sentido al oír la voz de Nic se había evaporado.

Pronto vio su coche aproximarse. Se apresuró a entrar y cerró la puerta; luego dejó la bolsa en el suelo de la parte trasera. Nic condujo en silencio hacia una calle más ancha. Cuando llegaron a la carretera, tomó la dirección de *La Colle-sur-Loup*.

El aspecto sombrío y la tensión que irradiaba inquietaron a Laura, que no podía dejar de preguntarse qué le pasaba.

–¿Estás bien? ¿Está bien tu abuelo? –preguntó.

–Tu venida le ha recargado de energía. No sabes lo feliz que lo has hecho.

Por más que le agradara aquella respuesta, no respondía la pregunta sobre Nic. Trascurrieron otros cinco minutos antes de que este tomara una pista de grava que trascurría entre árboles. En cierto momento, detuvo el coche en el arcén y paró el motor. El corazón de Laura se aceleró. Nic se volvió hacia ella y dijo:

–Mi mujer desapareció hace tres años.

Laura sofocó una exclamación de espanto.

–Temo que Dorine esté muerta. Nunca sabré si se trató de un crimen; quizá de una venganza contra mí o mi familia. Si sufrió una agresión y sigue viva, la probabilidad de que tenga amnesia es muy improbable. Si la raptaron, nunca pidieron rescate por ella. Si me dejó por otro hombre, ya lo he asimilado y sé que no va a volver. Si ha enfermado, o se suicidó, su cuerpo no ha…

–No digas más –suplicó Laura. Instintivamente, había posado una mano sobre el brazo de Nic.

Él bajó la mirada.

–Siento haber sido grosero contigo por teléfono, pero es que estoy enfadado conmigo mismo –suspiró–. Debía habértelo contado cuando me preguntaste si mi mujer sabía que te llevaba a casa; pero ya tenías bastante con la pérdida de tu abuela y no quise que te sintieras incómoda.

–No habría…

–Además, eres de las pocas personas con las que he estado en todo este tiempo que no sospecha que esté implicado en la desaparición de Dorine.

Laura cerró los ojos con fuerza antes de decir:

–Supongo que entre esas pocas personas estaban Irene y Maurice. Sé lo que vas a decirme: que el esposo es siempre sospechoso. Es así en todos los países.

–Sí –dijo él con amargura–. En algunos círculos sigo despertando mucho interés. La policía puso mi casa y mi despacho patas arriba; los periódicos explotaron al máximo el apellido Valfort. Jack el Destripador es menos famoso que yo.

–¡Qué espanto! –exclamó Laura con voz temblorosa–. No hace falta que me cuentes más –apretó la muñeca de Nic antes de soltarla–. No sé cómo has podido soportarlo.

La situación era tan horrorosa que era difícil de concebir.

–En los peores momentos, era Irene quien ayudaba a mantener la esperanza. Insistía en que algún día la justicia prevalecería. Me he aferrado a sus palabras. Su muerte me ha dejado sin uno de mis mayores apoyos.

–Oh, Nic –a Laura se le inundaron los ojos de lágrimas–. Siento tanto no haberla conocido… Debía ser una santa.

–Desde luego que sí.

Laura se secó los ojos.

–¿Qué es lo último que hizo Dorine?

–Trabajaba en una compañía del parque tecnológico. El día que desapareció, dijo a la secretaria que se iba a comer. Sabemos que condujo hasta Niza y que aparcó cerca de uno de sus restaurantes favoritos. Pero el dueño dice que no comió allí. Al final del día recibí una llamada de su secretaria para saber si estaba conmigo porque no

daba con ella. Así empezó la pesadilla.

Laura se retorció las manos con gesto angustiado.

–Y no ha terminado…

–Ha sido una tortura. Al principio no podía ni dormir pensando que Dorine podía estar en cualquier parte, quizá cerca. Estos dos últimos años me he convencido de que ha muerto, pero…

–Pero no podrás descansar hasta que sepas la verdad, y entre tanto has sido juzgado injustamente. No sabes cuánto lo siento. No sé qué decir.

–Casi lo prefiero –dijo él con aspereza–. Perdona, ha sonado fatal, ¿verdad?

–No. Solo brutalmente honesto.

–Eres muy comprensiva.

–No creas. Me limito a ponerme en tu lugar. Estoy segura de que has removido cielo y tierra para encontrarla.

Nic asintió.

–Tanto mi familia como la de ella se han dedicado a tratar de descubrir qué le pasó. También el detective Thibault, que cree en mí y quiere resolver el caso. Y aun así, no hemos conseguido averiguar si está viva o muerta.

Desaparecida sin dejar rastro… Tenía que haber una respuesta en alguna parte, pero Nic no quería oírle decir eso.

–En medio de tu dolor has estado apoyando a tu abuelo –Laura tragó saliva–. ¡Cuánto me arrepiento de haber sido tan desagradable contigo en San Francisco! Haría lo que fuera por ayudarte.

Su sensibilidad era otra de las cualidades que la hacía excepcional.

–Que hayas venido es un enorme consuelo para él. Y con ello me has ayudado a mí.

–Si es así, me alegro de estar aquí –Laura no podía controlar el temblor de su voz.

–Maurice quiere que cenemos pronto. Espero que puedas fingir que tienes hambre. Seguro que le ha pedido la cocinera que prepare el plato favorito de tu abuela.

Laura pudo contener la emoción a duras penas.

–¡Le diré que estoy hambrienta!

–Eres maravillosa –Nic le dio un beso en la mejilla.

Laura manutuvo la cabeza agachada.

–No sabes cuánto siento por lo que estás pasando. ¿Cómo puedes ser tan fuerte?

Él posó su mano sobre la de ella.

–Porque vivo día a día. Han pasado ya tres años y he tenido que sobrevivir.

Laura asintió.

–¿En qué trabajaba?

–En investigación química. Nuestras dos empresas colaboraban ocasionalmente.

–¿Fue así como os conocisteis?

–En cierta manera, sí.

–¿Era muy inteligente?

–Extremadamente. Compartíamos el interés por la ciencia.

–La vida no es justa –Laura apenas podía respirar.

Conmovido Nic le apretó la mano antes de soltársela.

–Será mejor que nos vayamos antes de que Maurice se inquiete.

Laura se secó de nuevo los ojos.

–Pues eso no podemos permitirlo.

Retomaron la marcha y tras un par de curvas, el castillo de la fotografía apareció antes sus ojos.

–Oh, Nic… –exclamó Laura.

Era una versión pequeña de los castillos de Loira. La mejor palabra para describir la delicada fachada de un pálido amarillo era «encantadora»; la combinación de cubierta en mansarda y torreones con tejados cónicos completaba el efecto. A través de las ventanas divididas en pequeños paneles de vidrio se veía luz. La imagen era de una belleza exquisita.

Nic detuvo el coche ante la puerta y bajó a ayudar a Laura. Esta estaba tan absorta en la contemplación del castillo que se sobresaltó al abrirle Nic la puerta. Cuando le tomó la mano, su calor le llegó hasta los huesos.

Con un tembloroso suspiro, dijo:

–¿Te importa sacar la bolsa que he dejado detrás? Tiene algo para tu abuelo –también para él, pero se enteraría más tarde.

Nic esbozó una sonrisa.

–¿No tenía Omar Khayyam un poema que decía algo sobre el vino y el amor? La copa de mi abuelo va a rebosar.

Laura sonrió. Además de la congoja que sentía por Nic, estaba tan fascinada por él que temía que lo viera en sus ojos. Fueron juntos hasta la enorme puerta. Nic la abrió y gritó:

–*¿Grand-père?*

–Adelante, *mon fils*. Estoy en el *petit salon*.

Laura se sintió como si hubiera viajado en el tiempo y en cualquier momento pudiera aparecer D'Artagnan.

Siguió a Nic por el inmenso vestíbulo hasta un pequeño salón en el que había una mesa preparada para tres, con un mantel de encaje y candelabros de plata. Maurice, vestido con un elegante traje y corbata, fue hasta Laura y le tomó las manos.

–Bienvenida a mi casa, *ma chère*.

Era la segunda vez que la llamaba «querida mía».

–Me alegro mucho de estar aquí.

–Te ha traído un regalo –Nic sacó uno de los paquetes de la bolsa. Cuando vio la etiqueta del otro, miró a Laura, sorprendido–: ¿Me has comprado uno a mí también?

El corazón de Laura se aceleró.

–Si como decía Kahyyam el vino va unido al amor, mejor dos botellas que una, ¿no crees?

Se miraron por un instante y Laura tuvo la certeza de que Nic veía en sus ojos la atracción que despertaba en ella. Avergonzada y sintiéndose espantosamente culpable, tomó el *Pinot Gris* de la mano de Nic y se lo dio a Maurice.

–Feliz Navidad.

Los ojos del anciano se iluminaron.

–Lo beberemos en honor a Irene. Antes puedes refrescarte al otro lado de las puertas que ves al fondo.

–Gracias.

Laura se sentía como si estuviera accediendo a los recuerdos de Irene gracias a la generosidad de Maurice y de Nic

Para cuando volvió, Nic había llevado el cubo de fucsias y lo había dejado en una esquina. Maurice la recibió con un abrazo.

–Eres como Irene. Ella siempre quería comprar todas las flores del mercado. Gracias.

Se sentaron a la mesa y Maurice sirvió vino.

–Quiero hacer un brindis.

Nic miró a Laura y le hizo saber en silencio que sus regalos habían hecho a su abuelo muy feliz.

–Por una reunión largamente esperada, y porque haya muchas más.

–Amén –musitó Nic.

Laura no estaba segura de cómo iba a poder mantenerse serena durante la cena sabiendo que el feliz matrimonio de Nic se había quebrado de la manera más cruel posible. Por si eso no era bastante, tenía que soportar que alguna gente lo creyera culpable de la desaparición de su mujer. Todo ello hacía que la velada tuviera para ella un sabor agridulce. Entrechocaron las copas y bebieron.

Maurice sonrió.

–Tienes un gusto excelente, como tu abuela –en ese momento entró una sirvienta–. Espero que te guste el *coq aun vin*. Era el plato favorito de Irene.

A Laura se le puso la carne de gallina. También era el suyo. Nic, que la estaba observando, pareció adivinar lo que pensaba. Tenía una excepcional capacidad para ver por debajo de la superficie.

–Me encanta, Maurice. Todo es maravilloso.

–Sin embargo, veo en tu mirada una tristeza que no tenías hace unas horas. ¿A qué se debe?

Nic se adelantó a ella.
–Le he contado lo de Dorine.
–Ah, eso lo explica.
–Me temo que es culpa mía por haber sacado el tema –dijo Laura. Y le contó lo que había pasado.
Maurice asintió.
–Tenías razón. A Dorine le gustaba tanto ir de compras que a veces, para enojo de mi puntual nieto, perdía el sentido del tiempo. Pero esta noche debemos aparcar toda tristeza. Es Nochebuena y tú estás aquí. Voy a leerte el testamento y confío que te entusiasme tanto como a Irene, que dedicó años a tu legado.
Laura frunció el ceño.
–¿Años? –preguntó, desconcertada.
–Veintiuno. Me contó que te llevó a ver Superman cuando tenías seis años. Cuando vinimos a vivir aquí, os echaba tanto de menos a sus hijas y a ti que decidió hacer lo mismo que hacía *Jor-El* en la película para el hijo que enviaba a la Tierra. Lo entenderás mejor enseguida.
Invadida por la curiosidad, Laura vio sacar a Maurice un papel del bolsillo. Él carraspeó.
–Dejó dinero en herencia a tu madre y a tu tía, que ya ha sido enviado por mi abogado a las oficinas centrales de Holden. Pero esto es solo para ti.
Maurice bajó la mirada al papel.
–*Yo, Irene Holden Valfort, en pleno uso de mis facultades mentales, dejo a mi querida nieta, Laura Tate, la casa de verano situada en la propiedad de Valfort, y todo su contenido. Es suya para hacer con ella lo que desee.*
Laura sintió que la cabeza le daba vueltas.
–¿Mi abuela me ha dejado una casa?
–La casa en la que ella y yo vivimos después de casarnos. Ella se negó a vivir en el castillo porque era donde había transcurrido mi vida con Fleurette y no quería dejarme sin sus recuerdos. Así que restauré la casa de verano, que llevaba años deshabitada, y nos instalamos en ella. Fue mi regalo de boda a Irene. Cuando hizo el testamento, me dijo que se la dejaba a su nieta y que yo debía volver a vivir al castillo porque con ello haría feliz a mi familia.
–¿Quién ha vivido aquí todo este tiempo?
–Los padres de Nic, Andre y Jeanne; y mi hermano viudo, Auguste.
–¡No puedo quitarte tu casa! –exclamó Laura. Y miró a Nic en busca de apoyo.
Pero este entornó los ojos y dijo:
–Ahora es legalmente tuya.
Maurice se puso en pie.

–Vamos, Nic nos llevará para que la veas.

Nic condujo por una carretera que salía desde detrás del castillo hasta un pequeño lago. La casa estaba escondida en un pequeño bosque y parecía una réplica en miniatura del castillo. Laura se enamoró de ella al instante.

Maurice la ayudó a bajar y la guio hasta la entrada. La puerta principal se abría a un pequeño vestíbulo que accedía a un cómodo y moderno salón. Había un fuego encendido en la chimenea y de la repisa colgaba un gran calcetín de Navidad con el nombre «Laura» bordado. En una esquina había un árbol con luces. Laura supuso que Nic había ido por la mañana para ayudar a montarlo. Bajo el árbol había docenas de paquetes. Sobre uno de los sofás había una manta en tonos verdes y azules, y en un estante se veían numerosas cerámicas de aspecto peculiar.

–Alguno de esos paquetes llevan años esperando a que los abras –dijo Maurice–. Feliz Navidad.

Sobrecogida por la emoción, Laura se cubrió el rostro y estalló en sollozos. Mientras Nic se quedaba paralizado, Maurice fue hasta ella y la abrazó. Nic pensó que no olvidaría nunca la manera en que ella apoyó la cabeza en su hombro, como una verdadera nieta. Tanto para Maurice como para Laura aquel fue un momento de reconciliación.

Finalmente, ella alzó la cabeza y besó a Maurice.

–No hay palabras para agradecerte todo esto.

–No las necesito. Quiero que te sientes y veas un DVD. Nic te lo pondrá; hay varios, todos etiquetados. Yo voy volver al castillo –Maurice miró a Nic–. Avísame cuando quieras que venga a recogeros.

Nic le dio las llaves del coche y cuando Maurice se fue, se acercó a la televisión.

–Ponte cómoda. Tu abuela tejió esa manta hace varios años. Yo tampoco he visto los vídeos.

Laura se envolvió en la manta y se acurrucó en un extremo del sofá. Estaba tan bonita que Nic no podía apartar los ojos de ella, pero se recordó que estaba allí para algo. Puso uno de los DVDs y se sentó en el sofá. De pronto apareció en la pantalla Irene, poco después de haber enfermado:

Te he dejado muchas cintas, Laura, pero esta será la última. No he tenido la oportunidad de hablar sobre la otra vida contigo, pero sé que la hay, y que algún día tú y yo volveremos a encontrarnos. Pero no puedo dejar este mundo sin que sepas la alegría que significó para mí tu nacimiento. En cuanto emitiste los primeros sonidos me llamaste «nana». Eras la niña más lista y adorable del planeta. Lo pasábamos en grande. Eras como un angelito. Te encantaban los cuentos, sobre todo Los Tres Cerditos. Siempre te preocupaba que salieran al mundo sin su mamá.

Laura emitió un gemido entre la risa y el llanto.

Siempre fuiste muy sensible y tuviste una gran imaginación. Inventabas cuentos y hacías dibujos que he guardado toda la vida, Los encontrarás bajo el árbol.

Por favor, no te enfades con tu madre. Adoraba a su padre y para honrar su recuerdo pensó que debía rechazar a Maurice. Pero la vida es demasiado corta para no perdonar; así que perdónala.

Tal y como Maurice y yo descubrimos, se puede experimentar un profundo amor más de una vez en la vida. Si no, la vida no tendría sentido.

Esas palabras sacudieron a Nic. Quizá Irene tenía razón, pero él no podía concebirlo. Si ese segundo amor también acababa abruptamente, ¿cómo se superaba el dolor?

Yo he tenido la fortuna de haber conocido dos hombres maravillosos. Ya que no conociste a Richard, confío en que conozcas a Maurice. Conocerlo es quererlo.

De entre todos sus nietos, tengo que admitir mi debilidad por Nicholas. Fue el único que me aceptó sin reservas. Se parece mucho a Maurice. Lleva años padeciendo un profundo dolor. Ellos dos y tú estáis siempre en mis plegarias.

Nic se sintió conmovido hasta la médula.

Has de saber que quiero a tu madre y a Susie más que a nada en el mundo. Algún día, en la otra vida, nos fundiremos en un abrazo y todo será perdonado. Por el momento, te abrazo por medio de este vídeo y de los demás que te he dejado.

Disfruta de esta casa en vacaciones o cuando quieras descansar. Tengo entendido que vas a llegar a cotas muy altas en la empresa. Me alegro mucho por ti, mi amor. Solía decirle a Richard que detrás de un gran hombre había una gran mujer. Estoy convencida de que esa eres tú.

Laura sonrió con tristeza.

Pero hagas lo que hagas, prométeme que olvidarás el dolor del pasado. Le he pedido lo mismo a Nic. Sé feliz, mi adorada nieta. Que Dios te bendiga.

El vídeo se acabó

En el silencio que siguió, solo se oyó el crepitar del fuego y el llanto de Laura. Nic estaba igualmente emocionado. Había querido y admirado a Irene enormemente. Había en ella una indescriptible sabiduría. Y no se había olvidado de él al comunicarse con su nieta.

Fue hasta el estante y tomó una de las figuras de cerámica

–Irene compró un horno de cerámica para hacer sus propias piezas. Solía pasar horas pintándolas. La recuerdo haciendo esta cuando yo era un adolescente. Me extrañó que eligiera un cerdo. Ahora lo comprendo. Supongo que habría querido dártela cuando eras pequeña.

Laura la examinó con ojos llorosos. En el lateral había escrito su nombre.

–Esto es demasiado, Nic. No sé si voy a poder soportarlo.

–No hay prisa. Puedes ir poco a poco.

–No sé qué hacer. Mamá y Susan están pasando las fiestas juntas. Les dije a ellas y a Adam que volvería para el día de Navidad, pero no puedo irme todavía –dijo con voz quebradiza.

La noticia alegró a Nic más de lo que debería. Que mencionara a un hombre, en cambio, le desagradó.

–¿Quién es Adam?

Laura se puso en pie.

–Adam Roth trabaja en el departamento de finanzas de Holden. Llevamos saliendo un tiempo.

Nic no quiso plantearse porque esa información le perturbaba tanto.

–¿Por qué no ha venido contigo?

–Porque no se lo pedí –dijo Laura sin titubear–. Esto era algo que debía hacer sola.

Nic intuyó que no estaba enamorada de aquel hombre, o habría querido tenerlo cerca. Estaba seguro de que, de haber sido él, habría insistido en acompañarla.

Laura se volvió y dijo:

–Me gustaría volver a tu casa y hacer unas llamadas. Debo decirles que voy a quedarme más tiempo. Mañana volveré y empezaré a abrir los paquetes.

–Me parece un buen plan. Voy a llamar a Maurice para que nos recoja.

Capítulo Cuatro

Mientras Nic llamaba a su abuelo, Laura se acercó al árbol y tomó un paquete del tamaño de una postal. Al abrirlo, vio que contenía docenas de cartas dirigidas a ella, que llevaban el sello de «Devolver a Remitente».

Las fechas remitían a quince años atrás. Dejando escapar un gemido, Laura abrió los otros paquetes que tenían la misma forma. En pocos minutos, cientos de cartas, dirigidas a su madre, su tía o a ella cubrían la alfombra.

–¿Laura?

–Nic, mira todas estas cartas que la abuela nos escribió. ¡Todas fueron devueltas! –exclamó Laura al borde de la histeria–. ¿Cómo ha podido mi madre hacer algo así?

Nic le pasó el brazo por los hombros. Laura sabía que solo quería consolarla, pero se sentía tan vulnerable que se acurrucó contra él. La sensación fue tan maravillosa… Nic olía tan bien…

«¿Qué demonios estás haciendo?», la increpó su conciencia.

–Lo siento –dijo, separándose de él a su pesar–. Discúlpame –y comenzó a recoger las cartas precipitadamente, pero Nic la detuvo.

–Deja todo hasta mañana. Afortunadamente, tu abuela no las destruyó, así que podrás leerlas y saborear retazos de su vida.

Nic era maravilloso. Laura asintió.

–Tienes razón. No sé cómo voy a agradeceros a ti y a tu abuelo todo esto, pero encontraré la manera.

En ese momento sonó el teléfono de Nic.

–Maurice ha llegado.

Laura metió una de las cartas en el bolso; Nic tomó un DVD, y salieron. Maurice los esperaba sentado en la parte de atrás del coche.

De camino al castillo, Maurice dijo a Laura:

–Estas han sido unas horas muy emotivas para ti, querida. Ve a descansar. Hablaremos mañana.

–Gracias, Maurice. Nunca te lo agradeceré suficientemente.

–Me limito a cumplir los deseos de tu abuela. No te olvides de tu botella de vino, Nic. Está aquí detrás. *Bonne nuit* –dio a ambos una palmadita en el hombro y bajó.

Nic esperó a verlo entrar antes de partir.

–No se ve un alma en el castillo, Nic –comentó entonces Laura.

–No. Cuando mis padres se han enterado de que venías han ido a casa de mi hermana a pasar unos días.

Laura se sintió invadida por el dolor.

–Así que les he obligado a marcharse –dijo en tono lastimero–. ¿Conocen el testamento de Irene?

–No. Maurice se lo contará pronto.

–Nic…

–Sé lo que vas a decir, pero es mejor no hablarlo esta noche.

–Pero yo quiero decirlo ahora. ¿Cómo voy a pasar temporadas en la casa cuando tus padres están tan cerca?

–También estará Maurice.

–Precisamente: ahora que Irene no está, ha llegado el momento de que él retorne al seno de su familia.

–Ya lo ha hecho.

–¡Pero no sería lo mismo si yo estuviera cerca, y lo sabes perfectamente! Maurice debería poder pasar tiempo en la casa de verano y en el castillo sin que nadie se sienta incómodo. Sabes que tengo razón.

Vio que Nic apretaba el volante con fuerza.

–Hazme un favor y no contradigas a Maurice. Ha servido de intermediario para que descubras a tu abuela, que es lo que debes hacer. Lo demás se resolverá por sí mismo con el tiempo.

–Eso no pasará a no ser que yo dé los pasos necesarios para poner las cosas en su sitio.

–¿Qué pasos? –preguntó Nic, incorporándose a la carretera y acelerando.

–Estoy segura de que la abuela quería demostrarme cuánto me quería, pero que no pensaba que fuera a quedarme con la casa.

–¿No has oído el testamento que te ha leído Maurice?

–También sé que no quiso vivir en el castillo. Así que yo no pienso vivir en la propiedad –Laura se volvió hacia Nic–. Lo importante era el gesto, ¿no lo entiendes? Eso era todo.

–Laura…

–Cuando pase la Navidad voy a contratar a un abogado para que ponga la casa a nombre de Maurice.

–No puedes hacer eso.

–Claro que puedo. No quiero herir a tu familia. En cuanto a Maurice, será mi regalo por haberme devuelto a mi abuela. Pero le prometeré que hablaremos regularmente y que vendré a visitarlo a menudo.

Nic dejó escapar el aire con fuerza.

–Si haces eso lo destrozarás.

–No lo creo. Recuerda que está sumido en el dolor. La abuela sabía cuánto iba a sufrir; por eso me dejó a mí la casa, para que a través mío, sintiera que mantenía un vínculo con ella. Reconoce que tengo razón.

Nic guardó silencio, pero Laura supo que empezaba a ver su punto

de vista.

–Maurice e Irene se amaron apasionadamente. Ahora está en mis manos hacer algo por aliviar el dolor de Maurice, y visitarlo a menudo será una manera de mantener a Irene viva para ambos sin necesidad de que la casa se convierta en otro motivo más de enemistad entre nuestras familias.

Nic no dijo nada y Laura decidió no insistir. Para cuando llegaron a su casa, la tensión entre ellos era palpable. Al entrar, Nic dejó el DVD en la mesa y sacó la botella que Laura le había regalado. La abrió y sirvió dos copas.

–Creo que necesitamos un trago –dijo.

Laura estaba de acuerdo.

Nic le pasó una copa antes de beber y añadir:

–Muchas gracias. Hacía tiempo que no tomaba un *Riesling*.

Laura probó un sorbo.

–Está realmente bueno.

Permanecieron de pie, frente a frente.

–No creo que haga falta que te recuerde lo culpable que Maurice se siente por haberos privado de Irene todos estos años. Se tomaría como una bofetada que le devolvieras la casa.

–Por eso pienso hablar con él antes sobre su sentimiento de culpa –dijo Laura.

Nic le había dicho que quizá Maurice podría explicarle por qué su madre y su tía le habían mentido, pero esa era una conversación que quería tener con él en privado.

–No creo que sirva de nada.

–Puede que no. Pero después de oír a mi abuela en el vídeo, está claro que Maurice no tiene ningún motivo para sentirse culpable. Su único pecado fue amarse profundamente. Aquí las culpables son mi madre y mi tía; son ellas las que deben sentirse mal por habernos dividido.

Nic frunció el ceño.

–Maurice no lo ve de la misma manera.

–Lo verá cuando repasemos los hechos. Él no secuestró a la abuela. Nana vino con él porque lo amaba tanto que quiso vivir con él. Y si el amor de Maurice no hubiera sido tan profundo como lo era, no se habría casado con ella.

Nic terminó la copa y por la mirada que le dirigió, Laura supo que empezaba a convencerlo.

–Tú mismo has dicho que eran dos personas muy fuertes, Nic. Puede que inicialmente su decisión escandalizara a ambas familias, pero tuvo que pasar algo malo para que con el tiempo no terminaran por aceptarlo.

–¿A qué te refieres? –preguntó Nic, sorprendido.

–No sé. Pero tenías razón cuando decías que faltaba una pieza del puzle. Mi tía se refirió a Maurice como perverso. ¿Si era tan malvado, cómo era posible que Nana lo quisiera tanto? Ahora que tengo más información, voy a enfrentarme a mi madre y a mi tía. Quiero liberar a Maurice del infierno en el que ha estado estos años.

También habría querido liberar a Nic del suyo, pero eso no lo dijo.

Él dejó la copa y posó su mano en la mejilla de Laura. No debería hacerlo, ni ella permitirlo, pero Laura se quedó inmóvil. Nic nunca dejaría de echar de menos a su esposa… y ella ansiaba demasiado que la tocara. Si alguien era malvado, era ella.

–Era una mujer excepcional –dijo Nic con voz ronca.

–¿Porque quiero averiguar la verdad? Lo dudo –haciendo acopio de fuerza de voluntad, Laura se separó de Nic y este dejó caer la mano–. ¿No dicen que aquellos que no conocen su historia están destinados a repetirla? No quiero que nuestras familias vuelvan a pasar por algo así por pura ignorancia.

–Yo tampoco.

Laura se sentó en el sofá.

–Nic, quería preguntarte algo que no está relacionado con tu abuelo.

Él se sentó en una butaca frente a ella.

–Dime.

–No consigo dejar de pensar en la desaparición de tu mujer. ¿Puedo hacer algo mientras estoy aquí? ¿Quieres que pensemos juntos en posibilidades?

Nic apoyó los codos en las rodillas y sacudió la cabeza.

–Te lo agradezco, pero llevo tres años atascado.

–Me dijiste que dejó el coche cerca de su restaurante favorito. ¿Solía comer con amigos?

–No habitualmente. A veces con alguien de fuera de la ciudad con quien estaba colaborando en algún proyecto.

–¿Su trabajo estaba clasificado?

–A veces.

–¿Dónde vivían aquellos con los que estaba trabajando cuando desapareció?

–Tenía varios proyectos entre manos con un equipo en India, y otro en China.

–¿Viajó a alguno de esos países?

–Varias veces.

–¿Ha averiguado el detective que lleva el caso si ha habido alguna otra desaparición de alguien asociado con su compañía, antes o después de que ella desapareciera?

–Que yo sepa, no.

–Puede que fuera víctima de un caso de espionaje industrial. ¿Es

posible que alguien del equipo quisiera que saliera de su despacho; alguien que nunca despertaría sus sospechas? ¿Llevaba su portátil con ella?

Nic miró a Laura fijamente.

–Sí, siempre –Nic se puso en pie–. ¿Dónde quieres llegar?

Laura suspiró profundamente.

–Yo trabajo en una gran empresa. Cuando salgo a almorzar por trabajo suele ser con el director de una oficina regional. Jamás se me pasaría por la cabeza que ninguno de ellos quisiera hacerme daño.

Nic la miró con expresión cansada al tiempo que se frotaba la nuca. Laura se arrepintió de haber empezado aquella conversación.

–Perdona, no debía haberte hecho pensar en algo tan doloroso.

–Al contrario, te lo agradezco. Hablaré con el detective Thibault y le sugeriré que haga averiguaciones en Interpol.

–No tienes nada que perder –dijo Laura, animada.

Si Nic averiguaba qué había pasado, podría volver a vivir. Debía ser espantoso vivir sabiendo que había gente que lo creía culpable. Su corazón se encogía con solo imaginarlo.

–Tienes razón –Nic la recorrió con la mirada con un detenimiento que la hizo estremecer–. ¿Qué te parece si hacemos algo alegre y vemos otro DVD? He traído el primero del montón.

–Me has leído el pensamiento –dijo Laura.

–Vayamos a verlo en la televisión de mi estudio. Trae tu copa.

Laura tomó la manta y lo siguió al otro extremo de la casa. Se trataba de una habitación espaciosa, con mobiliario moderno y unas preciosas fotografías en blanco y negro.

Nic sirvió más vino y puso el DVD. Había un gran sofá que ocupaba una pared y la mitad de otra, con una mesa alargada delante.

Laura se descalzó y se ovilló en el sofá con la manta por encima.

Mirándola, Nic comentó:

–Recuerdo a Maurice sujetando la lana para que Irene hiciera los ovillos mientras tejía esa manta.

–Me encantaría haberlos visto juntos –musitó Laura.

–Puede que lo consigas en uno de estos vídeos.

Nic se quitó la chaqueta y la corbata y se enrolló las mangas. Luego se sentó con las piernas cruzadas a la altura del tobillo y los brazos extendidos sobre los almohadones. Su proximidad provocó en Laura un incontenible anhelo.

Él la miró y dando un sorbo al vino, dijo:

–Esto me gusta. Maurice no es el único que pasa sus días en una casa vacía.

–Nic…

Se miraron fijamente un minuto.

–Después de todo lo que has pasado, me alegro de que puedas

relajarte conmigo –dijo Laura.

Nic le dedicó una sonrisa que la derritió.

–No sabes lo contento que estoy de que hayas venido.

Laura miró a su alrededor.

–Tienes una casa preciosa.

–La decoró Dorine.

–¿Dónde vivíais antes?

–En un apartamento alquilado en Niza que a ella no le gustaba. Yo no quería los problemas asociados a tener una casa.

–Pero los aceptaste por ella.

Nic asintió.

Laura decidió dejar el tema para no entristecerlo.

–¿Vemos el DVD?

–En la carcasa dice que es de hace diecinueve años –Nic volvió a desplegar una de sus arrebatadoras sonrisas–. Tú tenías ocho y yo catorce años. Tengo que reconocer que siento una enorme curiosidad –presionó el botón.

Al instante apareció Irene, mucho más joven, contra un paisaje montañoso.

Querida Laura, Maurice me ha traído a la ciudad amurallada de Carcassonne. Es él quien está filmando. Como siempre te gustaron los castillos, estoy segura de que te encantaría este sitio. El nieto de Maurice, Nic, ha venido con nosotros. También a él le fascina la ciudad. Nic, ven para que Laura te vea.

Un desgarbado Nic, con el cabello más largo, hizo una mueca a la cámara. Ya se intuía en él al hombre de espectacular belleza en el que iba a convertirse.

Laura se puso en pie de un salto.

–¡Nic! Ponla en pausa. Es increíble. ¿Recuerdas ese día?

Él rio.

–Vagamente. ¿Sería así de patético?

–Este vídeo es genial. Ponlo en marcha otra vez.

Al poco, Irene tomaba una fotografía de Maurice, que todavía tenía el cabello negro. Luego Nic puso la cámara en un muro y grabó a Maurice besando a Irene. Se comportaban como adolescentes. Laura oyó decir a Nic:

–*Oh, là là, Grand-père…*

En ese momento Laura y Nic estallaron en carcajadas. Después de ver la cinta una segunda vez, apagaron la televisión.

–Nuestros abuelos nos han dejado algo muy valioso –dijo Laura–. Ahora entiendo lo que sintió Superman cuando vio a su padre por primera vez.

La sonrisa de Nic la dejó con piernas temblorosas.

–Si Maurice no te ha hecho una copia, te la haré yo –continuó–:

Está claro que Maurice y tú os parecéis mucho. ¿Hacías películas así con tus padres y tus hermanos?

–A veces. Pero Maurice suele decir de mi padre que es muy serio.

–Supongo que mi madre también.

Aunque Laura habría querido pasar la noche hablando con Nic, sabía que no era apropiado. El sentimiento de culpa la torturaba. Cuanto más tiempo pasaba con él, más le gustaba. No quería pensar en el día que tuvieran que despedirse.

Volvieron a la sala. Laura tomó su bolso y fue hacia el corredor.

–Buenas noches, Nic –dijo, volviéndose–. Gracias por el día más maravilloso de mi vida. Confío en que llegue un día en el que seas tan feliz como yo hoy.

Nic la siguió con la mirada. Durante un rato había disfrutado de una felicidad que no esperaba volver a sentir. Ver a Irene e identificar en Laura la misma alegría, la misma risa, le había proporcionado un entretenimiento doble.

Lo había pasado tan bien que hubiera querido que el DVD no terminara. Laura había llevado las Navidades a su vida.

Pero esos sentimientos iban a acompañados de un espantoso sentimiento de culpa. Ocultó el rostro entre las manos.

–Dorine, cariño –se echó a llorar–. Perdóname. ¿Dónde estás? Dios, ayúdame.

Cuando se recompuso, envió un mensaje al detective y volvió al estudio a ver la televisión.

La siguiente vez que fue consciente de su entorno, era de día. Por primera vez en años, se había quedado dormido antes de ir a la cama. Para su sorpresa, estaba tapado con la manta de Laura.

–*Bonjour* –dijo Laura en mejor francés que el día anterior. Nic se incorporó y la vio entrar con una bandeja con brioches, zumo y café–. Quédate donde estás. Es Navidad y mereces ser atendido.

Dejó la bandeja en una mesa y le dio una taza de café. Nic se fijó en que llevaba el cabello suelto.

–Arlette me ha dicho que te gusta con mucho azúcar y nata. *¡Joyeux Noël!* También me ha ayudado con mi pronunciación.

Nic volvió a sentirse invadido por la culpabilidad por disfrutar tanto de aquel momento con Laura.

–Tu pronunciación ha sido perfecta. Pero debería atenderte yo: tú eres la invitada.

–Como le he dicho a Arlette, somos familia. Después de ver la película de ayer, yo diría que somos primos lejanos que por fin se han reunido.

Laura se sirvió una taza.

–Resulta que he venido a primera hora para volver a ver el vídeo y me he encontrado con Papá Noel dormido en el sofá –bromeó.

Nic lanzó una carcajada que resonó en la habitación.

–No me digas que estaba roncando.

–Jamás te lo diría. Pero te aseguro que no te pareces nada a Papá Noel.

Nic se frotó la barbilla en la que asomaba una incipiente barba.

–No recuerdo la última vez que me quedé dormido en el sofá.

–Eso es bueno. Significa que estás relajado. Nos has hecho felices a tu abuelo y a mí, y ahora te toca a ti –dijo Laura con un temblor en la voz que no pudo disimular.

Todo lo que Laura hacía y decía lo conmovía. Nic no sabía qué podía hacer al respecto. Ella le dio uno de los bollos horneados por Arlette. Tomó otro para sí misma y se sentó en el otro extremo del sofá.

–Ayer traje conmigo una de las cartas de mi abuela –la sacó del bolsillo, y Nic se quedó pendiente de sus sensuales labios–. La leí cuando me fui a la cama. Tienes que oír lo que dice.

Nic sentía la magia de Laura permearlo como una neblina. Nuca había tenido sentimientos tan encontrados.

–Soy todo oídos.

–Mi querida Laura, hoy Maurice y yo cumplimos diez años casados. Estamos en Venecia. Ha ido por el periódico, pero yo sé que ha salido porque estaba disgustado y no quería que yo lo notara.

Lo único que enturbia nuestro matrimonio es no poder compartirlo con nuestros seres queridos. Hoy se ha emocionado al preguntarme si he sido feliz. Siempre le digo que no podría ser más feliz, pero no consigo convencerlo.

Anoche me preguntó si quería dejarlo y volver a vuestro lado. Cree que si rompemos, me perdonaréis.

Nic se incorporó con un gemido. ¡Cuánto había sufrido aquella pareja durante tanto tiempo! También gimió por la pérdida de Dorine y por la encrucijada en la que se encontraba desde la llegada de Laura.

–Nunca lo había visto tan angustiado. Maurice se culpa por haberme separado de vosotras. No lo comprendo. Tengo la impresión de que me oculta algo, pero no sé qué es.

Lo cierto es que ni tu madre ni Susie me perdonarán nunca por amar a otro hombre que no sea su padre. Sin que lo sepa Maurice, he ido a ver a un terapeuta.

–Debía estar sufriendo espantosamente –dijo Nic.

Laura asintió con ojos brillantes y continuó:

–Según él, la rabia de mis hijas tiene que estar enraizada en algo más profundo que el rechazo a mi matrimonio. Según él, debería enfrentarme a ellas abiertamente.

Lo he hecho, pero se niegan a verme y no contestan mis cartas. Esta noche he intentado que Maurice me dijera por qué se siente tan culpable,

pero en lugar de contestar ha buscado una excusa para salir. Estoy destrozada.

Hasta ese momento, Nic no había sido consciente de hasta qué punto Maurice se sentía culpable.

–*Perdóname por desnudarte mi alma, pero formas parte de mí. Cuando escribo, pienso que estamos cara a cara. Es un consuelo. Con todo mi amor, Nana.*

Nic se puso en pie. La animación de hacía unos minutos se había diluido. La carta que Laura le había leído había nublado el horizonte una vez más. Su abuelo y él habían perdido al amor de sus vidas. Nic no pensaba volver a pasar por algo así. Maurice lo había experimentado dos veces. Él no era tan fuerte.

Miró a Laura, que lo estudió con expresión solemne.

–¿Crees que Maurice sabe algo que no le contó nunca a Irene?

–No lo sé –musitó Nic–, pero voy a averiguarlo.

Laura saltó del sofá.

–¡Cuánto me alegro de que digas eso! Hablemos con él sobre esta carta. Tenemos que decirle que Irene fue a terapia. Se amaban tanto que se intentaban proteger del dolor el uno al otro.

Nic se frotó el pecho con la mirada abstraída.

–Tienes toda la razón. Sea cual sea el secreto que se oculta en todo esto, los privó de gran parte de felicidad.

El rostro de Laura se endureció.

–A ellos y a todo su entorno. Aun así, su amor era tan fuerte que consiguieron sobrevivir a todo. En eso consiste el amor. Nic… tú y yo tenemos el poder de cambiar las cosas.

Nic admiró el valor de Laura más de lo que habría podido expresarlo.

–Y vamos a hacerlo –Nic terminó el zumo–. En cuanto me duche, iremos a la casa de verano y abriremos los regalos del árbol. Maurice vendrá después de pasar un rato con la familia. Entonces podremos hablar con él.

–Mientras te preparas yo voy a hacer las llamadas que pensaba haber hecho ayer.

Puesto que era Navidad, llamaría a su madre y a Adam, el hombre que la deseaba. ¿Qué hombre con sangre en las venas no la desearía? Pero él no podía ser ese hombre. No quería serlo. Necesitaba encontrar a su esposa.

–Laura.

–¿Sí?

–Papá Noel te agradece el desayuno de Navidad. Hace años que no tenía una sorpresa tan agradable.

–Ha sido divertido hasta que lo he estropeado leyendo la carta.

–Me alegro de que la hayas leído.

Los ojos de Laura se humedecieron.

–Espero que seas sincero.

Desde luego que lo era. Gracias a Laura conseguirían hablar con su abuelo. Irene intuía que Maurice le ocultaba algo, y ya era hora de averiguar de qué se trataba.

Nic observó a Laura salir delante de él y fue a pedirle a Arlette que preparara una cesta con comida para los tres. Luego se duchó y afeitó.

Laura lo esperaba en la sala. No había nada en su actitud que permitiera adivinar a Nic cómo habían ido las llamadas, pero de haber sido él Adam, habría tomado el primer vuelo a Niza para exigir a Laura que le explicara por qué no lo quería a su lado. ¿No había aprendido ese hombre que el amor no podía descuidarse, que podía desaparecer en cualquier momento, y que Laura era una joya?

Cuando llegaron al coche, metió la cesta en el maletero y comentó:

–¿No hay una canción en tu país sobre un paseo por un río entre bosques?

Laura esbozó una encantadora sonrisa y empezó a improvisar una canción:

–A casa de la abuela vamos. Papá Noel sabe cómo llegar sin en la nieve resbalar.

Nic sonrió de oreja a oreja. Por más que se concentrara en dominar los sentimientos que Laura despertaba en él, de pronto ella hacía algo que volvía a desarmarlo. Tenía un fantástico sentido del humor que brotaba en los momentos más inesperados; una espontaneidad distinta a Dorine, que era una persona muy controlada y racional.

En ese instante se dio cuenta de que la mujer a la que había considerado siempre el enemigo había conseguido destruir sus defensas y estaba a punto de… «Ni lo pienses, Valfort». Aunque no quisiera, su mente terminó la frase por él. Estaba a punto de asaltar la fortaleza.

Entraron en la casa y dedujeron que Maurice había mandado a alguien del servicio para encender el fuego y la luces; pero todo lo demás estaba tal y como lo habían dejado. Las cartas seguían desperdigadas por el suelo.

–Voy a buscar unas cajas –dijo Nic, dejando la cesta sobre la mesa–. Así podremos ordenar las cartas.

–Estoy deseando leerlas todas.

–Para eso tienes meses por delante, pero estoy seguro de que estás ansiosa por abrir los paquetes.

Laura sonrió con picardía.

–Tienes razón. Soy peor que una niña.

Trabajaron juntos y pronto la cartas estaban organizadas. Nic quitó las cajas de en medio.

–Y ahora –dijo–, voy a hacer de Papá Noel y te daré un regalo por

vez.

Laura se arrodilló a su lado con los ojos chispeantes de excitación. Nic pensó que así debía ser a los seis años, tal y como Irene la había descrito. Y una vez más se le encogió el corazón al pensar que había sido privada de su abuela todos aquellos años.

Cada regalo tenía una nota explicativa. Irene le había comprado un suvenir en cada uno de los viajes que ella y Maurice habían hechos, que eran muchos.

A Laura le entusiasmó una máscara de porcelana de Florencia, pero enseguida lanzó un grito de felicidad al ver una caja de música de Viena en la que sonaba el *Vals de las Flores*. El último era una talla en madera de la Virgen María, San José y el Niño.

Cuando los regalos se acabaron, Laura sacudió la cabeza:

–Esto es demasiado.

–No es fácil asimilar veintiún Navidades en una –dijo Nic–. Pero todavía hay más.

Le dio una caja. Cuando Laura la abrió, lanzó un grito.

–¡Son mis dibujos, Nic!

Nic se colocó a su lado y los miraron juntos. Había varios de castillos.

–Como ves, es cierto que me gustaban los cuentos de hadas. ¡Mira, uno de *Los Tres Cerditos*!

–Dibujaste al lobo trepando el muro. No querías que llegara a la casa –bromeó Nic.

–Es increíble. Mira, hacía la ele al revés. Y la «a» como un caracol.

Los dos rieron.

–Pero en los de abajo ya la escribías al derecho. Estos son curiosos. ¿Ves lo que yo veo?

Laura asintió.

–Además de a mi padre y a mi madre, dibujé a Nana y al abuelo.

–Escribiste su nombre sobre su cabeza.

–Las enes están tumbadas. Parecen zetas.

–A tu abuelo le pusiste gafas y lo dibujaste más bajo que a tu padre.

–Porque mi padre era muy alto. Papá –la voz de Laura se quebró–. Lo amaba tanto… No puedo creer que Nana guardara todo esto. Ojalá pudiera darle las gracias.

–No olvides su promesa. En la otra vida os abrazaréis –le recordó Nic.

Laura se sorbió la nariz.

–Ha conseguido que esta Navidad compense todas las pasadas.

Nic le pasó el brazo por los hombros.

–Era una mujer excepcional –la estrechó contra sí y le besó la cabeza. Laura temió desmayarse–. ¡Qué gran tesoro te ha dejado! Y

estos dibujos revelan mucho de ti y de tu talento. Aun siendo tan pequeña, tenías un excelente sentido espacial.

Nic no tenía ni idea cómo la había afectado aquel beso. Laura apenas podía respirar.

–Por cierto, ¿dónde está tu tía Susan?

Revisaron el resto de los dibujos.

–No hay ningún dibujo de ella –dijo Laura–. ¡Qué raro!

–No me lo parece. No era tu familia inmediata. ¿Vivía con vosotros?

–No.

–Entonces es lógico –Nic la ayudó a guardar los dibujos en la caja y su brazo rozó el de ella–. Que Irene guardara todo esto demuestra cuánto te quería.

Laura se puso en pie para separarse de Nic por temor a hacer algo estúpido e imperdonable. Hasta entonces, la culpabilidad había contribuido a reprimir sus impulsos, pero cada vez le costaba más dominarse.

Acababa de perder a su abuela. La idea de amar a Nic cuando iba a separarse de él tan pronto, se le hacía insoportable. «No es libre, Laura; no puedes amarlo». Su familia jamás lo entendería. Era una pesadilla.

Nic se incorporó.

–Separarse de ti debió romper el corazón de Irene.

Capítulo Cinco

–Tienes razón, *mon fils*.

Nic y Laura se volvieron. Maurice había entrado en la habitación.

–Irene nunca superó la pérdida –su tono lastimero encogió el corazón de Laura.

Corrió hasta él y lo abrazó.

–Feliz Navidad, Maurice. Gracias por darme las mejores Navidades de mi vida –lo besó en ambas mejillas–. ¿Me permites que te llame *Grand-père*?

Maurice se echó a llorar.

–Ven a sentarte junto al fuego –dijo ella–. Nic ha traído comida.

Nic se acercó.

–Verás qué bueno está el *Riesling* que me ha regalado Laura. Lo empezamos anoche, pero todavía queda –sacó la botella y varias copas–. A tu salud, *Grand-père* –dijo, pasando una a cada uno.

–*Joyeux Noël* –dijo Laura, pero sabía que Maurice estaba atenazado por la emociones. De pronto parecía mucho más viejo–. ¿Quieres echarte?

–Ven –dijo Nic, que obviamente había notado también lo alterado que estaba–. Descansa en el sofá.

Maurice aceptó la sugerencia sin protestar,

–Estoy bien –dijo, suspirando al acomodarse–. Creo que echo mucho de menos a Irene.

–Claro –Laura lo besó de nuevo.

–Tus padres te esperan en algún momento del día, *mon fils*.

Nic asintió.

–Iré dentro de un rato a casa de Marie.

–Los padres de Dorine ya han llegado. Saben que tienes visita, pero confían en verte.

–No tardaré.

Sintiéndose insoportablemente culpable por estar robando tanto tiempo de Nic, Laura lo miró.

–Porque no te vas mientras Maurice y yo disfrutamos de un rato juntos. Tenemos todo lo que necesitamos.

Al ver que parecía reticente, supuso que le preocupaba el estado de Maurice.

–No me separaré de nuestro *Grand-père*. Pásalo bien con tu familia; deben echarte mucho de menos. Es un día muy importante, especialmente para los padres de Dorine. Ve y no te preocupes por nosotros.

Nic le dedicó una mirada de agradecimiento.

–No tardaré.

Una vez se marchó, Laura y Maurice charlaron hasta que él se quedó dormido. El pobre hombre estaba agotado. Laura aprovechó para recoger. Luego leyó otro par de cartas mientras probaba la deliciosa comida de Arlette.

–¿Laura?

Maurice había despertado. Laura acercó una silla y se sentó a su lado.

–¿Te ha sentado bien la siesta?

–Magníficamente. Pero creía que te habías ido.

Laura sonrió.

–No te vas a librar de mí con tanta facilidad. Me alegro de que estemos solos porque quiero leerte una carta de Irene. Se la he enseñado antes a Nic. La escribió desde Venecia, en vuestro décimo aniversario de boda.

El rostro de Maurice se ensombreció, pero asintió con la cabeza.

–Quiero preguntarte algo –Laura la leyó. Al terminar, miró a Maurice–: Algo terrible pasó cuando os casasteis; algo que dividió a las dos familias. Tengo la convicción de que tú tienes la respuesta. Sea lo que sea, puedes contármelo.

Maurice parpadeó.

–Si te lo dijera, podría causarte un daño irreparable. Por eso no podía decírselo a Irene; la habría destrozado.

–Sabía que tenía que ser algo dramático –musitó Laura–. Pero no confías lo bastante en la fortaleza de las mujeres Holden. La actitud de mi madre hacía ti y hacia mi abuela ha destrozado mi vida. Irene sabía que guardabas un secreto. Si me lo contaras, me ayudarías a superar todos estos años de tristeza. Y estoy segura de que te sentaría bien. Has llevado solo esta carga durante demasiado tiempo. Aunque apenas nos conocemos, ya te quiero con todo mi corazón.

Maurice le tomó las manos.

–Y yo a ti. ¿Estás segura de que quieres oírlo? No se lo he contado a nadie. Solo lo habría compartido con Nic, pero temía su reacción.

Laura podía imaginarlo. Ella misma había visto la violencia con la que había reaccionado cuando le contó la versión de su madre y de su tía de los hechos.

–Puedes confiar en mí. No olvides que soy tu nieta.

Maurice se incorporó levemente. Sus mejillas habían recuperado algo de color.

–Muy bien. Todo empezó cuando Fleurette y yo visitamos a tu abuelo mientras estaba enfermo. Entonces conocimos a tu madre y a tu tía.

Al volver a la casa, cuatro horas más tarde, Nic vio que el coche de Maurice seguía aparcado frente a la puerta. El sol se había puesto. Sus suegros estaban bien, pero como él, había en ellos una tristeza que solo se despejaría cuando tuvieran noticias de Dorine, fueran las que fueran.

La madre de Dorine había hablado con él a solas un momento y le había expresado su alegría por la visita de Laura y la posibilidad de conseguir una reconciliación entre las familias tras la muerte de Irene. Nic se dio cuenta de que la desaparición de Dorine había dulcificado a su madre. Incluso había aprobado la contribución de Nic al proceso.

«Hay que cuidar a aquellos a los que uno ama. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie, ¿verdad, Nicholas?».

Nic había partido hacia la casa de verano sintiéndose más culpable que nunca.

Cuando entró, Maurice y Laura estaban viendo un DVD. Los oyó reír. Maurice le indicó con la mano que entrara, y Nic sintió alivio al ver que tenía mejor aspecto. Gracias a Laura. Era la luz del sol en medio de la tormenta, tal y como Irene la había descrito cuando tenía seis años.

–¡Vamos, *mon fils*! Te estás perdiendo lo mejor.

–¡Espero que no haya terminado! –bromeó Nic, lanzando una mirada a Laura. Que no lo hubiera mirado le indicó que en su ausencia había pasado algo importante.

–Me temo que para mí sí –dijo Maurice–. Esta noche vienen a cenar unos amigos y prometí estar en el castillo –se puso en pie, dio un beso a Laura y fue hacia la puerta–. Nos vemos mañana.

Nic lo acompañó al coche.

–¿Quieres que te lleve yo?

–No, no. Estoy perfectamente. Vosotros disfrutad.

Nic percibió que algo había cambiado también en la actitud de Maurice.

En cuanto volvió al interior, preguntó a Laura, ansioso:

–¿Qué ha pasado? ¿Le has dicho que querías devolverle la casa?

–No. Le he leído la carta. Siento no haberte esperado.

Nic se sentó.

–¿Le ha entristecido?

–No, creo que le ha sentado bien romper el silencio. Nic, ya tengo la pieza que faltaba.

Nic escrutó el rostro de Laura.

–¿Qué te ha contado?

Laura se humedeció los labios con gesto nervioso.

–Que mi tía intentó algo cuando Maurice fue a ver a Irene tras quedarse viudo.

–¿Con «intentó algo» quieres decir…?

–Sí. Es tan horrible que entiendo que Maurice no quisiera hablar de ello.

–¿Qué pasó exactamente?

–Primero debo explicarte: Susan es ocho años mayor que mi madre. Desde que esta nació ha tenido celos de ella; y más aún desde que se casó con mi padre. Yo era consciente de ello. Quizá por eso nunca la pinté en mis dibujos.

–Los celos entre hermanos son muy frecuentes –comentó Nic.

–Lo sé. Pero en este caso la tragedia se produjo cuando Maurice fue a ver a Irene a California. Susan creyó que iba a verla a ella.

Nic se puso en pie de un salto.

–¿De dónde sacó esa idea?

Laura inclinó la cabeza.

–Susan había coincidido con él cuando Maurice y tu abuela Fleurette visitaron a Richard. Supongo que cuando fue a California, Susan creyó que le interesaba ella.

–¡Pero se lo había inventado!

–Exactamente. Ya sabes lo encantador que es tu abuelo. En su afán por agradar a mi madre y a mi tía para que aceptaran su boda con Irene, Susan creyó que era a ella a quien quería. A Maurice no se le pasó por la cabeza. Hasta que un día volvió al hotel y ella lo estaba esperando.

–Laura…

Laura no aguantó sentada por más tiempo.

–Para entonces Susan tenía treinta y nueve años y estaba desesperada por casarse, especialmente con un viudo atractivo y rico como Maurice. Está claro que la diferencia de veinte años no le importaba.

Nic sacudió la cabeza.

–Por supuesto, Maurice le dijo que amaba a Irene. Susan se revolvió contra él en un ataque de celos y le arañó la cara –siguió Laura.

–¡Por eso tiene una cicatriz!

–Es espantoso, ¿verdad? Susan corrió junto a mi madre con la mentira no solo de que Maurice había tratado de seducirla, sino de que había seducido a su madre mientras su padre estaba moribundo.

–Eso es imposible. Fleurette estaba con él.

–Por lo visto una tarde no se encontraba bien y Maurice fue solo. Susan le dijo a mi madre que era un hombre perverso, y esta se creyó todo. Juntas se enfrentaron a Irene y le dijeron que no querían a volver a verlos nunca, tal y como tú dijiste.

–El único pecado de Maurice fue no contárselo a Irene inmediatamente –dijo Nic–. Pero como sabía que adoraba a sus hijas,

deduzco que no quiso causarle ese dolor.

Laura asintió.

–Para serte sincera, me alegro de que Irene nunca lo supiera. Fue horroroso.

–Estoy de acuerdo contigo.

–Para ella siguieron siendo sus adoradas hijas a pesar de todo. Imagina lo que ha sufrido tu abuelo… pero aún hay más, Nic.

–¿A qué te refieres? –preguntó él, mirándola con incredulidad.

–Cuando se casaron, Susan escribió a tu tío-abuelo Auguste diciéndole que la relación entre Maurice e Irene había empezado durante la visita a Richard con Fleurette. El veneno surtió efecto. Por eso tu familia nunca aceptó a Irene; y tampoco perdonaron la supuesta infidelidad de Maurice a tu abuela.

Nic sintió náuseas.

–Es una historia espantosa.

–Y lo explica todo. Después de contármela, los dos hemos llorado un buen rato. Ha sido como una catarsis.

–Me lo imagino –Nic se acercó y puso las manos sobre sus hombros–. Le has liberado de un enorme peso, pero ahora me preocupas tú.

Laura se separó de él a su pesar.

–No tienes por qué preocuparte. Estoy tan aliviada por saber la verdad… Maurice no puede hacer nada, pero yo sí. Tengo que hacer una llamada a San Francisco. Da lo mismo que allí sea medianoche.

–¿Estás segura?

Laura apretó la mandíbula tal y como Nic le había visto hacer cuando se vieron por primera vez.

–Nunca he estado tan segura de nada en mi vida –Laura sacó el teléfono del bolso.

–¿Quieres que me vaya?

–No –Laura miró a Nic fijamente–. Voy a poner el teléfono en altavoz para que puedas escuchar. Ne-necesito tu apoyo –su voz se quebró–. No quiero ni más secretos ni más mentiras.

–No podría estar más de acuerdo contigo.

–Gracias –Laura marcó un número y pronto oyó la voz de su madre.

–¿Laura? –su madre sonó preocupada–. ¿Pasa algo, cariño?

–Tranquila, estoy bien, mamá, pero necesitaba hablar contigo.

–¿Sigues enfadada conmigo?

–No, mamá.

–Siento mucho que nos peleáramos.

–Yo también. Escucha, necesito que vengas a Niza de inmediato. Es muy importante. Te lo explicaré cuando llegues. Pero debes venir sola y no decirle nada a la tía Susan. ¿Lo entiendes? ¿Estás en su casa?

–No, pero Laura…

–Muy bien. De camino al aeropuerto puedes mandarle un mensaje diciendo que has tenido que dejar la ciudad inesperadamente. Te ruego que vengas.

Laura terminó la conversación sin esperar respuesta y miró a Nic.

–Voy a obligarle escuchar la verdad de Maurice. Nos reuniremos aquí. Él tiene la carta que Susan escribió a Auguste. Cuando se entere de todo, tú llamarás a la familia Valfort para que venga. Debemos a Maurice a Irene que todos sepan la verdad.

–¿Y qué vas a hacer con Susan?

–Me ocuparé de ella más tarde –Laura se retiró el cabello de la cara–. ¿Te importa que vayamos a tu casa y que nos llevemos las cartas de Irene? Quiero leer las que escribió a mi madre y a Susan antes de que llegue mi madre. Quiero que se sepa todo.

–Las leeremos aunque nos lleve toda la noche.

Laura miró a Nic con ojos llorosos.

–No sé qué haría sin ti.

Nic pensó exactamente lo mismo respecto a Laura mientras volvían a su casa. Arlette les preparó algo para cenar y cuando terminaron se instalaron en el estudio para leer las cartas.

Pero a las dos de la madrugada, Nic se dio cuenta de que Laura estaba exhausta.

–Necesitas ir a la cama. Mañana continuaremos en el desayuno, Laura.

Ella sonrió.

–Todas expresan amor a sus hijas. Está claro que Irene no tenía ni idea de lo que Susan había hecho, ni nunca sospechó nada.

–Era una mujer maravillosa que jamás pensaba mal de nadie –dijo Nic–. Era una de esas personas que todo el mundo ama. Gracias a las cartas y los vídeos casi la conoces mejor que si la hubieras disfrutado en persona.

Laura se secó los ojos.

–Creo que tienes razón. Pero habría querido verla y abrazarla antes de que muriera.

A Nic se le encogió el corazón, pero no pudo consolarla tal y como le hubiera gustado. Ya había estado a punto de besarla en la casa de verano. Y eso no podía pasar.

–Vamos –dijo, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse del sofá–. Es hora de acostarse.

Laura lo miró con ternura.

–Tú también eres maravilloso. Todos estos años has sido un apoyo para Maurice. Te admiro inmensamente, Nic. Gracias por estar aquí –lo besó en la mejilla y salió del estudio.

Cuando llegaron al salón, se volvió para añadir:

–Es imposible que tu mujer se haya ido con otro hombre cuando te tenía a ti.

Esas palabras consolaron a Nic, pero el roce de los labios de Laura lo había turbado de tal manera que no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer, y por primera vez en todos aquellos años, en lugar de soñar con Dorine, soñó con Laura.

Se despertó temprano y fue a la cocina. Arlette le dijo que Laura ya estaba levantada. Tras recorrer la casa, la encontró en el jardín. Al llamarla desde la terraza, ella se volvió y su cabello rubio flotó sobre sus hombros.

–Hola –lo saludó.

Nic sonrió.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Solo unos minutos.

–¿Has sabido algo de tu madre?

Laura se protegió los ojos del sol.

–Sí. Llegará a las cinco de la tarde.

Nic se alegró por su abuelo.

–Eso significa que tenemos tiempo para hacer algo. ¿Quieres que demos un paseo en yate? Hace fresco, pero podrás ver Niza desde el agua. Si quieres, puedes llevarte la manta contigo –bromeó.

La risa de Laura le produjo bienestar.

–Recuerda que vivo en San Francisco y hace más frío que aquí.

–Muy bien. Podemos irnos en cuanto desayunemos algo.

Laura volvió hacia la casa. Con cada paso que daba se le aceleraba el corazón.

–¿Has hablado con Adam?

–Le he dicho que todavía no vuelvo, pero no quiero hablar de él.

Nic sintió un alivio que sabía injustificado.

–¿Qué hay de Maurice?

–Le he dicho que nos veremos en la casa de verano y que Jessica viene con nosotros. Cenaremos a las seis.

–Perfecto. Luego le diré que le cuente a mi madre todo. Voy a llevar el último vídeo de Irene para que lo vea.

–¿No temes que sea demasiado para ella?

–Puede. Pero debe saber cuánto la quería su madre.

–Laura, mientras esté aquí, que duerma en la habitación junto a la tuya.

–Gracias. No hago más que agradecerte cosas. Mi deuda contigo aumenta a cada instante.

–Maurice te debe su felicidad. Yo sí que te estoy agradecido. Vamos a conseguir que nuestras familias dejen todo este dolor atrás.

–Eso espero –dijo Laura, animada–. También quiero que lea las cartas. Cuando volvamos a casa, estaremos preparadas para

enfrentarnos a Susan.

«Casa» significaba San Francisco, y Nic no quería pensar en ello.

En cuanto tomaron algo bajaron al puerto, donde Nic tenía su yate. Cuando subieron le dio a Laura un chaleco salvavidas. Tuvo que reprimir el impulso de ayudarla a ponérselo porque le aterraba el creciente deseo que sentía de tocarla.

–¿Navegas a menudo? –la brisa alborotó el cabello de Laura.

–Siempre que puedo salgo a pescar con Maurice, o mis amigos Yves y Luc –Nic arrancó el motor y aceleró.

–¿Qué pescáis?

–Lubinas y pez espada. A veces atún.

–Yo nunca he pescado en aguas profundas.

–A no ser que te marees, te encantaría.

–Estoy segura. ¿Solías pescar con Dorine?

–No. A ella le interesaban más los libros.

–Así que cada uno tenía sus propias adicciones –Laura sonrió.

A Nic le gustaba su actitud ante la vida.

–Podemos salir cualquier día mientras estés aquí. Como hoy no tenemos tiempo, solo te enseñaré la ciudad desde la costa.

–Perfecto.

Tras un rato en silencio, Laura comentó:

–A pesar de ser invierno, entre las palmeras y los naranjos, Niza parece tropical.

–Por eso la gente viene a pasar aquí las vacaciones de invierno.

Laura miró en torno.

–¿Qué son esas montañas?

–El extremo este los Alpes.

–Seguro que Irene y Maurice los exploraron –Laura miró a Nic–. A pesar de todo el dolor fueron muy felices, ¿verdad?

Su súbita angustia no tomó a Nic de sorpresa. Llevaba tiempo esperando que se derrumbara. Laura estaba sentada frente a él. Nic apagó el motor y dijo:

–Ven aquí.

Laura prácticamente cayó en sus brazos. Nic la sentó en su regazo y la estrechó contra sí, manteniéndola así mientras el barco los mecía.

Cuando ella finalmente alzó la cabeza, tenía las mejillas húmedas.

–Siento haber perdido el control.

–Calla –susurró él, y le besó el rostro como había hecho en sus sueños.

Cuando llegó a sus labios, su boca se cerró sobre ellos como si fuera una máscara de oxígeno sin la cual no pudiera respirar. Ella le dio acceso con un suspiro. El gemido que escapó de su garganta prendió una hoguera en Nic que calcinó todo control en él.

Aunque fuera a amar a Dorine toda su vida, Laura estaba a su lado

y solo podía pensar en besarla. Los besos se sucedieron. Cada vez más profundos, más intensos. Nic sintió que se ahogaba de placer. Volver a sentir tanta intimidad después de tanto tiempo… No podía creerlo.

Laura llenaba el vacío de sus brazos, de su corazón. ¿Cómo podría haber imaginado que la muerte de Irene llevaría a aquella maravillosa mujer a su vida?

–¿Tienes idea de cuánto te deseo? –susurró él, pegando los labios al cuello de Laura–. Nunca he sentido nada igual. Me siento tan culpable. Te juro que siempre he sido fiel al recuerdo de Dorine.

–Lo sé. Yo me siento igual –dijo Laura con voz quejumbrosa–. Esto es terrible. Debo volver a casa.

–Laura, no voy a permitir que me dejes. Te necesito. Y tú a mí.

Nic la abrazó con fuerza. Adoraba su cuerpo, pero también su dulzura, su sentido del humor, su espontaneidad.

–Dime algo, *mon amour* –dijo. Y volvió a besarla apasionadamente.

Pero Laura separó sus labios de los de él bruscamente.

–No puedo, Nic. No podemos hacer esto.

–Ya lo hemos hecho –dijo él. Y volvió a besarla con una fiereza que la consumió y a la que no pudo resistirse.

Nic nunca había deseado a otra mujer desde que había conocido a Dorine. Hasta que había conocido a la nieta de Irene…

–Esto no está bien –dijo Laura en un gemido, a la vez que tomaba aire.

Nic cerró los ojos.

–¿Es por Adam? Si lo amaras no me besarías así –la miró con expresión ardiente–. ¿A que nunca lo has besado así?

Laura ocultó el rostro en el hombro de Nic antes de contestar:

–No se trata de Adam, Nic. Eres un hombre casado. Por mucho que te desee, esto no debe pasar.

–Laura…

–No digas más –dijo ella, sonando al borde de la histeria–. Quiero que encuentres a tu mujer. Imagínate que está viva y que espera a reencontrarse con el hombre al que ama.

Nic la besó antes de contestar:

–El primer año pensé lo mismo, pero hace tiempo que presiento que ya no está con nosotros.

–Aun así, una parte de tu corazón todavía no se ha dado por vencida. Debes seguir intentándolo.

Laura se levantó y se sentó frente a él.

–Los dos estamos en medio de una tragedia familiar que estamos a punto de superar. Tenemos las emociones a flor de piel. No voy a olvidar lo que acaba de pasar, pero debemos intentar actuar como si no hubiera sucedido.

Nic se pasó la mano por el cabello. Laura tenía razón, pero nunca

había tenido sentimientos tan encontrados. Aun así, y dada la delicada situación en la que se encontraban, estaba dispuesto a hacer lo que Laura le pedía… por el momento.

–Volvamos a tierra –Nic se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo–. A esta hora puede haber mucho tráfico y no queremos llegar tarde a recoger a tu madre.

Aunque no volvieron a tocarse, Nic podía percibir que Laura estaba temblorosa.

De camino al aeropuerto, ella se peinó y retocó. Nadie, excepto él que sabía el origen del rubor de sus mejillas, habría adivinado lo que había sucedido entre ellos.

Unos minutos más tarde, Jessica Tate bajó del avión privado de la compañía Holden. En cuanto la vio, Nic se dio cuenta de que Laura había heredado el físico de su abuela. Aunque era una mujer atractiva, era más baja que su hija y tenía el cabello castaño.

Laura la abrazó y tuvo unas palabras en privado con ella. Luego la tomó por la cintura y la condujo junto a Nic.

–¿Mamá? Este es Nicholas Valfort, el nieto de Maurice. Nic, esta es mi madre, Jessica Tate, la hija de Irene y de Richard.

Capítulo Seis

–Encantado de conocerte, Jessica.

La madre de Laura tenía sus mismos ojos azules, pero estos lo miraron con frialdad.

–Hola, Nicholas –Jessica se volvió a su hija y añadió–. ¿Qué está pasando? Me habías hecho creer que se trataba de un caso de vida o muerte.

–Y así es, mamá. La vida de Maurice y la mía.

Nic percibió la tensión de Laura.

–Si me disculpáis, voy a meter la maleta en el coche.

–¿Dónde vamos? –preguntó Jessica en cuanto Laura se sentó a su lado en el asiento trasero. Nic estaba ya tras el volante y las observó por el espejo retrovisor. No podía quitarse de la cabeza que apenas unos minutos antes, Laura estaba en sus brazos y se besaban apasionadamente.

–Te dije que Irene me había dejado algo en herencia. Es la casa en la que vivieron ella y Maurice. Vamos hacia allí.

Su madre la miró alarmada.

–No puedo.

–Claro que sí. Puedes y debes.

A Nic le admiró la fortaleza de Laura.

–¿Has recibido el dinero que Nana os dejó a Susan y a ti?

Jessica miró a Laura perpleja.

–No sé de qué me estás hablando.

–Será mejor que hables con Susan. Ella sí lo sabe.

–¿A qué te refieres?

El desconcierto de la madre de Laura era tan genuino que Nic tuvo la seguridad de que ni era la culpable de la tragedia que había dividido a las dos familias, ni tenía la menor idea de lo que había hecho su hermana.

–A que Susan siempre te ha dominado, y con ello, ha destrozado nuestras vidas –explicó Laura–. Sus mentiras nos han privado de Irene, y han envenenado la relación de la familia de Maurice con él y con la abuela.

–¿Cómo puedes decir algo así? –exclamó Jessica.

–Porque es verdad. En unos minutos vas a conocer a Maurice.

Jessica sacudió la cabeza.

–No. Y no intentes obligarme.

–Mamá, nos lo debes a nosotras y a Maurice. Susan ha destrozado la vida de los Valfort y la nuestra. Te necesito para que nos

reconciliemos con la familia de Maurice antes de volver a San Francisco. Él te contará lo perturbada que estaba y está Susan. No te va a gustar, pero cuando lo oigas, entenderás que necesita ayuda psiquiátrica. Aunque de eso hablaremos más tarde. Ahora lo importante es la familia de Maurice.

Nic hizo una mueca de dolor. Por mucho que le emocionara la intención Laura de contar la verdad a los Valfort, la idea de que dejara Niza se le hacía insoportable.

En cuanto detuvieron el coche delante de la casa de verano, Maurice acudió a recibir a Jessica, que bajó del coche con Laura.

–Hace muchos años que no nos vemos. Tu madre y yo ansiábamos verte cruzar el umbral de esta puerta. Gracias por venir.

Laura se volvió hacia su madre, que parecía asustada, y dijo algo que tomó a Nic por sorpresa.

–Mamá, tú y Maurice debéis quedaros a solas. Aquí tienes un vídeo que Nana filmó para ti. Maurice te lo enseñará cuando lo crea conveniente –Laura dirigió a Nic una mirada de complicidad para que le siguiera la corriente. Luego se volvió de nuevo hacia su madre–. Cuando nos aviséis vendremos por ti. Esta noche dormirás en casa de Nic.

Maurice besó a Laura en la mejilla.

–Espero haber hecho lo correcto –dijo Laura en cuanto subió al coche tras ver a Maurice y Jessica entrar en la casa.

–No lo dudes. El beso que te ha dado Maurice ha sido su manera de darte las gracias –dijo Nic, poniendo el coche en marcha.

–Espero que funcione, Nic.

Él le apretó la mano.

–Funcionará, pero necesitan unas horas. ¿Por qué no vamos a cenar a un restaurante en el que sirven marisco de la ciudad? Seguro que te gusta. A no ser que prefieras pasta.

–No, prefiero pescado. ¿Podemos llevárnoslo con nosotros?

–Sí.

–Entonces me encantaría que fuéramos al parque tecnológico y que me enseñaras dónde trabajas.

Laura no se atrevía a ir un sitio en el que pudieran acabar bailando. No podía arriesgarse a estar de nuevo en los brazos de Nic. Seguía siendo un hombre casado. Haberlo olvidado por un instante la torturaba y se juró que no volvería a suceder. Pero al menos quería ver dónde trabajaba y así conocerlo un poco mejor.

Nic condujo a la plaza Garibaldi y fue por la comida mientras ella esperaba en el coche. Cuando volvió, tomó una de las carreteras principales hacia las afueras.

–Está a unos diez minutos de aquí –explicó.

Pronto llegaron a una zona de acceso restringido.

–¿Qué pone en la señal? –preguntó Laura.

–Es la entrada a Sophia Antipolis. Es uno de los centros más prestigioso del mundo de desarrollo económico integrado.

–No tengo ni idea qué es eso –dijo Laura, sonriendo.

Nic rio.

–Es un centro con más de mil compañías de setenta países que promueve la cooperación internacional.

–¡Increíble! Nunca había asociado la Riviera Francesa con nada que tuviera que ver con genios de la tecnología.

Nic sonrió.

–No todos somos genios. Como ves, ocupa una extensión enorme. Hay colinas, bosques, carriles para bicicletas, pistas para caminar. Incluso un campo de golf –recorrieron el parque hasta llegar a un aparcamiento delante de un edificio: Valfort Tecnhnologies.

–No hace falta que entremos, Nic. Solo quería ver el sitio.

Él apagó el motor y le pasó una caja y un tenedor.

–Ummm –Laura probó las almejas–. ¡Qué buenas!

–Me alegro de que te gusten.

–¿Tú mujer trabajaba cerca? –la curiosidad de Laura respecto a Nic era insaciable.

–A unos cinco minutos.

–¿Cómo os conocisteis?

–Chocó su coche contra el mío.

–Y en cuanto la viste no tuviste más remedio que perdonarla porque era adorable.

Nic esbozó una sonrisa.

–Exactamente.

–¿Fue tu primer amor?

–No. Antes había tenido varias relaciones.

–¿Por qué no acabaste casándote con una de ellas?

–Porque quería una relación entre almas gemelas como la de Irene y Maurice.

–Y la encontraste con Dorine.

–Nuestra relación fue más mental que espiritual.

Aquel viaje a Niza le había enseñado a Laura algo muy valioso, y había decidido terminar su relación con Adam cuando volviera a San Francisco. Con él no sentía nada de la espiritualidad a la que se refería Nic.

–Me extraña que no estés casada –comentó Nic–. Has debido rechazar a muchos hombres.

–¿Tú crees? –preguntó ella, enarcando las cejas.

–Estoy convencido.

El tono aterciopelado de Nic hizo que un escalofrío recorriera a Laura.

–Desde que acabé el colegio estaba destinada a trabajar en la empresa. Mi madre me advirtió que si quería tener éxito, debía olvidarme de los chicos. Insistió en que no debía tener prisa en casarme. Cuando vi la cantidad de relaciones que fracasaban, yo misma decidí convertir el trabajo en mi prioridad.

Los ojos de Nic brillaron en la penumbra.

–¿Desde cuándo conoces a Adam?

–Supongo que desde hace un año.

–¿Fue entonces cuando cambiaste de opinión respecto a las relaciones?

–No. No empezamos a salir hasta octubre. Cuando me llevó a conocer a su familia, pensé que sus padres tenían una relación muy estable.

–¿Pero qué sentías por él?

Laura desvió la mirada.

Nic añadió:

–No debería haberte hecho esa pregunta, pero me recuerdas a mí cuando intentaba decidir si casarme con Dorine o no. También a mí me gustaba su familia, y está claro que para que una pareja funcione es importante que haya una buena relación entre las respectivas familias.

–Es verdad.

–Así que dime: ¿qué te atrae de Adam?

Era una pregunta dolorosa porque estaba obligando a Laura a enfrentarse a la realidad de sus sentimientos hacia Adam.

–Es atractivo e inteligente. Es ambicioso, pero eso en los negocios no es malo.

–Maurice estaría de acuerdo contigo. Si quieres que una compañía progrese, debes tener empuje. Pero esa cualidad puede ser problemática en el terreno personal.

Laura asintió.

–Mi madre opina que es un poco interesado y que en parte quiere utilizarme para ascender en la compañía.

–Eres una Holden –dijo Nic–. No me extraña que quiera protegerte de los cazadores de fortunas.

Laura dejó de comer.

–Eso es precisamente lo que dice.

–Recuerda que soy un Valfort y sé de lo que estoy hablando.

–Sabías que Dorine no estaba contigo por tu dinero.

–Mi mujer tenía aún más dinero que yo.

Laura sonrió.

–Está claro que hacíais una gran pareja. ¡Qué maravilla! –exclamó con cierta melancolía–. Ni siquiera puedo imaginar cuánto has debido sufrir.

–Al principio pensé que no lo superaría, pero he mejorado. Tu venida me ha ayudado en muchos sentidos. En mi familia nadie habla de Dorine por temor a hacerme daño. Pero me sienta bien hacerlo contigo.

–Me alegro. Una de mis amigas se casó con un soldado que padeció Síndrome Postraumático tras la guerra de Iraq. El terapeuta le explicó que debían hablar de ello. Lo ayudó mucho poder compartir su dolor con ella. No hablar las cosas es lo peor que se puede hacer. Tú has pasado por una traumática experiencia y necesitas poder compartirla. ¿Qué tal están los padres de tu esposa?

–Son fuertes y se tienen el uno al otro. Lo espantoso es estar siempre esperando noticias.

–Claro. ¿Soléis hablar a diario?

–Este año menos. Están muy ocupados.

–Seguro que eres un gran apoyo para ellos. Igual que Maurice y tú siempre os habéis ayudado.

–Así es. Espero que tu madre y él lleguen a entenderse.

Laura apoyó la cabeza en la ventanilla.

–Me pregunto qué tal les estará yendo.

–Por ahora no nos han llamado.

–Lo sé. Es una buena señal, ¿no crees?

Nic miró a Laura detenidamente, dejándola sin aliento.

–¿Quieres que volvamos a casa?

Laura habría querido seguir allí charlando, pero sabía que era mejor que se marcharan. Temía volver a bajar sus defensas y repetir lo que había pasado en el yate.

–Quizá sea lo mejor.

Nic arrancó el motor. Laura podía percibir su sentimiento de culpa, y lo respetaba aún más por su lealtad hacia su mujer. Estaban en un callejón sin salida.

–Puede que de camino te llame tu madre, pero si estuviéramos ya en mi casa no tardaríamos en ir por ella.

Su casa y la de Dorine, pensó Laura. El problema era que ella también empezaba a considerarla su casa. La idea de volver a su apartamento en San Francisco le resultaba cada vez más ajena.

–El otro día hablaba en serio –dijo al cabo de un rato–. Voy a darle la casa a Maurice; estoy convencida de que será un gran consuelo permanecer en el lugar donde vivió con Irene; además de permitirle mantener su independencia. Sabes que no quiere ir a vivir con tus padres.

–Si no supiera que eres la nieta de Irene, me preguntaría cómo es posible que seas tan lista.

–¿Vendrás conmigo mañana por la mañana a hablar con el abogado?

–Puesto que está claro que no vas a cambiar de idea, no me queda otro remedio.

Laura sonrió.

–Fantástico. Así Maurice podrá seguir con su vida y supervisar la empresa durante muchos años.

–Puede que te ofrezca un puesto ejecutivo en la compañía –murmuró Nic.

«No digas eso, Nic. No podemos pensar en un futuro juntos».

–No le haría eso a tu familia. Podría dar lugar a una nueva guerra.

La mirada de Nic se ensombreció. También Laura quería creer que podía quedarse allí, vivir cerca de él, pero sabía que debía descartar esa posibilidad.

–Tendré que contentarme con seguir siendo su nieta americana –añadió en tono de broma.

En ese momento sonó el teléfono de Nic. Habló durante unos minutos durante los cuales Laura se puso en tensión temiendo que la reunión entre Maurice y su madre hubiera ido mal.

–¿Qué ha pasado? –preguntó en cuanto colgó.

–¡Un milagro! Maurice le enseñó el vídeo antes de sentarse a hablar. Tu madre se ha emocionado y le ha pedido que le contara toda la verdad. Cuando le ha enseñado la carta de Susan a Auguste, se ha echado a llorar y le ha pedido perdón. El encuentro no podía haber ido mejor.

–Gracias a Dios –dijo Laura al borde de las lágrimas.

–Tu madre le ha pedido hablar con tu familia. Han ido al castillo y se han reunido con mis padres y con Auguste.

–No puedo creerlo –dijo Laura, llorando.

–Han estado hablando y ahora tu madre quiere que vayamos por ella.

–No sé ni cómo se tiene en pie.

–Se ve que saber la verdad la ha hecho más fuerte. A mi abuelo le ha devuelto la vida. Lo he notado en su voz.

La siguiente hora fue excepcional. Laura conoció a la familia de Nic, que parecía genuinamente apesadumbrada por la manera en que había tratado a Irene.

Los padres de Nic fueron muy amables con ella; comentaron su increíble parecido con Irene. Por el contrario, Nic apenas se parecía a ellos. Definitivamente, había heredado las facciones de su abuelo.

Cuando llegó la noche, Laura se dio cuenta de que su madre estaba agotada. Nic también lo percibió y sugirió que se fueran.

Maurice los acompañó hasta el coche. Dio un cariñoso abrazo a Laura y ayudó a Jessica a entrar en el coche. Laura se sentó a su lado.

–Mañana hablamos, *Grand-père* –se despidió.

Recorrieron el camino hasta la carretera en silencio. Laura sentía el

corazón desbocado.

–¿Mama?

–Estoy bien, querida –su madre le apretó la mano–. Lo que me preocupa es cómo estás tú y si podrás perdonarme.

–Ahora que sabemos la verdad no hay nada que perdonar. Debemos dar las gracias a Maurice por no haberle contada a Nana nunca lo de Susan. Ha sido muy generoso.

–Mamá tenía razón. Es un hombre maravilloso. En el vídeo decía que un día nos encontraremos y nos fundiremos en un abrazo.

–¡Oh, mamá…! –Laura la abrazó.

–Yo he perdonado a Susan y sé que tú también. No está en su sano juicio. Siempre he sabido que tenía problemas, pero no pensaba que fueran tan profundos. Mañana volveré a San Francisco y hablaré con un psiquiatra. ¿Vas a venir conmigo?

Laura no se sentía capaz de separarse de Nic todavía.

–No puedo. Mañana voy a ver a un abogado para ceder la casa de verano a Maurice.

–Tu abuela sabía lo que hacía al dejártela a ti –dijo su madre, orgullosa.

–Supongo que esperaba que todo acabara a sí. Cuando haya guardado sus cosas y las mande a San Francisco, volveré a casa.

–¿Cuándo tienes que volver al trabajo?

–Después de Año Nuevo.

Su madre volvió a apretarle la mano.

–Siempre lamentaré haberte privado de Maurice y de tu abuela, pero todavía estoy a tiempo de que perdones lo que te he dicho de Adam. Está enamorado de ti. Lo único que importa es que tú lo ames.

Laura mantuvo su mano en la de su madre hasta llegar a la casa. Estaba demasiado emocionada para hablar. Su relación con Adam había terminado.

El único hombre al que amaba era Nic. No podía imaginar el futuro sin él, pero tendría que conseguirlo. A no ser que apareciera otro hombre en su vida que le permitiera olvidarlo, estaba destinada a pasar el resto de su vida sola.

Nic había oído la conversación entre Laura y su madre. Su único consuelo era que Laura no se iría a San Francisco al día siguiente. Con suerte, los documentos para la cesión de la casa llevarían varios días y retrasarían su partida.

Mientras Laura instalaba a su madre en la habitación de invitados, fue al estudio para ver si tenía algún mensaje. Su asistente, Robert, había llamado para pedir unos días más de vacaciones. Nic lo llamó y le dijo que se tomara todo el tiempo que necesitara. Él pensaba

aprovechar al máximo el que le quedaba con Laura.

Tenía también una llamada de Yves, un amigo de la infancia que se había divorciado hacía dos años y que estaba todavía en proceso de superarlo. Proponía ir a tomar algo durante las vacaciones y Nic pensó que se lo debía. Yves había sido un gran apoyo tras la desaparición de Dorine.

Por otro lado, sería la manera de salir a cenar con Laura sin que sintiera que se trataba de una cena íntima. Con toda seguridad, Yves llevaría una amiga.

Una vez hizo la llamada fue al salón, donde Laura lo estaba esperando.

–Quería hablar contigo antes de ir a la cama. Mamá ha quedado con el piloto para salir a las nueve de la mañana. Va a llamar un taxi y yo la acompañaré.

Nic frunció el ceño.

–¿No quiere que la lleve yo?

Laura se ruborizó.

–No es eso. Es que no quiere abusar de tu hospitalidad. Recuerda que se siente fatal por todo lo que ha pasado. Necesita tiempo.

Nic asintió.

–Está bien. Toma la llave de mi coche. En el garaje tengo otro –sacó la llave y se la dio.

Los ojos de Laura estaban más azules de lo habitual. Sus dedos se rozaron. Si sus emociones estaban tan alteradas como las suyas, Nic supuso que apenas podía mantenerlas bajo control.

–Tienes una familia muy generosa, Nic. Han sido encantadores con mi madre y conmigo. Ahora sé por qué eres un príncipe.

–Laura… –Nic empezó con voz ronca.

–Es verdad… –Laura lo miró fijamente–. Esta noche se ha producido un milagro entre nuestras dos familias, pero sigo rezando para que se produzca otro milagro y que tu mujer vuelva a casa sana y salva. Lo digo con todo mi corazón. Buenas noches.

Nic se quedó paralizado un buen rato después de que Laura se fuera. Sabía que era sincera respecto a Dorine. También estaba convencido de que ni siquiera concebiría que pudieran ser amantes. No era ese tipo de mujer. Tampoco él ese tipo de hombre.

Si Dorine no aparecía, pasarían cuatro años antes de que se la declarara legalmente fallecida. Cuatro años antes de que pudiera plantearse casarse con otra mujer, si eso era lo que deseaba.

Pero después de cuatro años ni Laura estaría disponible ni querría casarse con él.

Una relación con ella era imposible. En el fondo de su corazón era consciente de que Laura le acababa de mandar un mensaje cifrado, indicándole que se iría pronto y que se mantendría alejada de él.

Apagó las luces y se fue al dormitorio, aunque sabía que le resultaría difícil conciliar el sueño.

Después de llevar a su madre al aeropuerto, Laura volvió a casa de Nic y lo encontró hablando por teléfono en el estudio. Él le hizo una señal para que entrara, y la forma en la que la miró le aceleró el pulso.

–¿Qué tal estaba tu madre? –preguntó al colgar.

–Ansiosa por volver y pedir una cita con el médico. Hace años que necesita terapia y por fin la va a tener.

–¿Y cómo estás tú?

–Ahora que se han acabado los secretos, mejor de lo que esperaba. Eres tú quien me inquieta.

Nic sacudió la cabeza.

–No te preocupes. La situación dentro de mi familia va a mejorar considerablemente –enarcó una ceja–. Estoy seguro de que nadie lo entiende mejor que tú.

–Pero tú sigues sufriendo por otros motivos.

–Llevo así tres años. Y no olvides que puedo concentrarme en mi trabajo, que va viento en popa.

–No lo dudo –Laura suspiró–. Hablando de trabajo, cuando vuelva tendré una montaña acumulada. Tengo que supervisar los resultados de una campaña de incentivos que acababa de poner en marcha. Implica viajar mucho.

Nic la miró con expresión seria.

–Parece que tienes prisa por irte. Para no retrasarte, he concertado una cita con el abogado –le anunció–, pero no será hasta mañana. También he quedado en la casa de verano con una compañía de transportes para que empaquete las cosas de tu abuela.

–Eres el hombre que mueve montañas...

Nic se puso en pie y se acercó a ella con gesto torturado.

–Si lo fuera, habría descubierto dónde está Dorine.

Laura habría hecho cualquier cosa por ayudarlo.

–Nic, después de tantos años, qué te dice tu intuición.

Él tardó en contestar.

–A no ser que estuviera casado con una mujer desequilibrada o a la que en el fondo no conocía, yo diría que la secuestraron. El detective es de la misma opinión. He preferido no plantearme qué pasó después.

Laura se estremeció.

–¿Su bolso también desapareció?

–Sí. Junto con su móvil. Nunca lo han usado. Tampoco su tarjeta de crédito. No hay rastro de ella. Hemos ofrecido una considerable recompensa para quien pueda proporcionarnos información, pero jamás nos ha llamado nadie.

–Puede que estuviera a la hora equivocada en el lugar equivocado.

Tal vez decidiera ir a hacer unas compras después de comer.

–Todo lo que sabemos por su secretaria es que salió a la hora del almuerzo. Y que estaba trabajando en un proyecto que debía terminar.

–¿Qué tipo de proyecto? Quizá necesitaba comprar algo para terminarlo.

–De eso se ocupan los técnicos.

–O tal vez necesitaba información.

Nic sonrió con resignación.

–Estás jugando al juego del «a lo mejor». Al principio yo lo hacía todo el rato. Hasta que casi me vuelvo loco.

–Lo comprendo –Laura, que había estado moviéndose por la habitación, se paró en seco–. Imagino que la policía barrió toda la zona en la que apareció su coche.

–Centímetro a centímetro. Mi intuición es que entró en algún sitio donde la secuestraron, y del que salieron por la puerta trasera. Quizá alguien la estaba vigilando. En el coche no se encontró ninguna evidencia de que hubiera habido una pelea. Ni huellas dactilares, excepto las de Dorine.

Laura encorvó los hombros, abatida.

–O puede que la secuestraran en el parque tecnológico; que alguien que conociera sus costumbres y que la atrajera con algún pretexto.

Nic ladeó la cabeza.

–¿Piensas que era alguien que la conocía?

–Sí. Alguien del equipo que contara con un cómplice. Mientras uno la entretenía, el otro llevó su coche al centro para confundir a la policía. ¿Interrogaron a las empresas del parque?

–Sí. A todo el personal.

–¿Y rastrearon el bosque?

Nic miró a Laura con expresión sombría.

–Solo la zona próxima a su edificio.

–¿Y por qué no todo el parque?

–Son más de dos mil cuatrocientas hectáreas.

–Da lo mismo. Si el crimen tuvo lugar allí, habría que hacer un rastreo. Con perros, no tardarían tanto.

Nic la miró prolongadamente. Laura se dio cuenta de que estaba agobiándolo y que debía dejar la conversación.

–Lo siento, Nic. Perdona que saque el tema cuando tú estás intentado no pensar en ello.

Nic la tomó por los hombros y la sacudió delicadamente.

–No tengo nada que perdonarte. Estás expresando en alto todas mis dudas. No sabes cuánto te lo agradezco.

–Quiero ayudarte, igual que tú me has ayudado a mí.

Nic dejó escapar un quejido antes de soltarla con evidente reticencia. Laura pensó que había hecho bien, porque de no lo

contrario, ella lo habría besado sin tan siquiera pedirle permiso.

–Ya te dije anoche que haber podido hablar contigo de Dorine ha sido muy catártico. Voy a comentar con el detective tus últimas sugerencias.

Laura se animó.

–Harán falta muchas horas y muchos medios. Sé que puede ser muy caro, pero si consiguieras alguna prueba…

–¡El coste me da lo mismo! Gastaría lo que fuera por saber qué ha sido de ella –masculló Nic con vehemencia.

A Laura no le extrañó. Nic era un hombre que amaba profundamente, y era el ser más excepcional que había conocido en toda su vida. Temiendo venirse abajo y decirle lo que sentía, miró la hora.

–Será mejor que vayamos a la casa de verano o los hombres de la mudanza se nos van a adelantar.

–Tienes razón –dijo Nic. Pero sonó como si estuviera muy lejos.

Cuando ya estaban en el coche, Nic preguntó:

–Sí te parece bien, vamos a cenar en el Gros Marín, el mejor restaurante de la ciudad. Tiene unas vistas espectaculares.

–Me parece perfecto.

–Mi mejor amigo, Yves LeVaux, vendrá con nosotros.

Aunque le habría gustado pasar la velada a solas con Nic, Laura sabía que era más seguro tener compañía.

–¿Tú amigo está casado?

–Divorciado. Puede que venga con alguien. Yves me ayudó mucho con la búsqueda de Dorine. Estoy en deuda con él.

Laura se sintió embargada por la tristeza. Si Nic no encontraba a su mujer, padecería el resto de su vida.

Los transportistas llegaron al poco de llegar ellos. Mientras empaquetaban y cargaban el camión, Laura ayudó a Nic a desmontar el árbol de Navidad. Nic lo llevó al exterior mientras ella limpiaba y pasaba el aspirador.

–Maurice puede mudarse tan pronto como quiera –dijo cuando Nic volvió–. En cuanto veamos al abogado, vendremos con él y le diremos lo que he hecho. Si él no quiere volver, quizá la aproveche alguien de tu familia. ¿Tienes algún primo que vaya a casarse?

–Ahora mismo no, pero supongo que pronto –contestó Nic–. Ya que hemos terminado, volvamos a casa a cambiarnos para la cena.

Cuando llegaron, Laura se duchó y se puso el único vestido formal que había llevado consigo, un vestido negro de corte japonés. Se dejó el cabello suelto y se puso un poco de maquillaje. Al bajar, se encontró con una visita. Se trataba de un hombre alto y de anchos hombros que miraba el jardín desde la ventana. Cuando se volvió, Laura vio que era rubio, atractivo, y con unos bonitos ojos color avellana.

–Así que eres la nieta pródiga, Laura Tate –dijo, acercándose con la mano tendida.

–La misma.

El hombre le dedicó una mirada apreciativa.

–Tu parecido con Irene es asombroso. Soy Yves LeVaux.

Se estrecharon la mano.

–Me alegro de conocerte –dijo ella–. Nic me ha dicho que eres un gran amigo.

–También él lo es. Me ha dicho que lo esperara aquí mientras terminaba de prepararse. Eres la primera mujer a la que dedica tiempo desde la desaparición de Dorine; y la única que ha dormido en esta casa. Estoy muy contento.

Laura pensó que Yves se había hecho la idea equivocada.

–Como le he dicho a Arlette, Nic y yo somos prácticamente familia.

Yves les dedicó una peculiar sonrisa.

–Pero lo cierto es que no lo sois.

–La cuestión más importante es que está casado.

Yves se puso serio.

–También el hombre con el que mi mujer tuvo un affaire. Nic te habrá dicho que estoy divorciado.

Laura percibió su dolor.

–Lo siento mucho.

–Gracias. Pero no hablemos de mí. ¿Qué habéis hecho todo el día?

A pesar de su pesadumbre, podía ser encantador. Laura empezaba a pensar que se trataba de una característica de los hombres franceses.

–Acabamos de volver de empaquetar las cosas que me dejó mi abuela para mandarlas a casa.

–Espero que te quedes unos días. Quiero conocerte mejor. ¿Cuánto te vas?

–Esa es una buena pregunta –se oyó la voz de Nic antes de que Laura respondiera.

Con el corazón acelerado, ella se volvió y vio que llevaba un pequeño regalo de Navidad en la mano. El traje gris marengo se abrazaba a su cuerpo a la perfección. Laura sintió que se le secaba la boca.

Después de dedicarle una mirada que la dejó temblorosa, Nic se volvió a su amigo.

–Veo que os habéis presentado –le dio el regalo–. ¿No has quedado con nadie?

Con una media sonrisa Yves dijo:

–No. He decidido pasarlo bien, para variar.

Laura no pudo contener la risa.

–Esa es una respuesta sincera.

Él la miró detenidamente.

–Veo que tenemos la sinceridad en común. ¿Te ha contado Nic que no he encontrado a mi mujer ideal?

Laura decidió que Yves le caía muy bien.

–Tampoco es fácil para una mujer encontrar a su hombre. Eres joven y tienes toda la vida por delante.

–Tu abuela me dijo lo mismo la última vez que la vi.

La emoción atenazó la garganta de Laura.

–Siento celos de todos lo que pasasteis tiempo con ella. Así que estoy ansiosa por oír lo que puedas contarme.

–¿Tienes un par de meses? –bromeó Yves con ojos chispeantes.

–Ojalá... –si pudiera se quedaría toda la vida–. Pero tengo que volver al trabajo.

–Nic me ha dicho que eres la directora de marketing de Holden Hotels. Debes de ser excelente. Tu abuelo siempre estuvo en contra del nepotismo –antes de que Laura contestara, Yves intercambió una mirada con Nic–. ¿Puedo abrir el regalo?

–Claro, *mon ami*.

Yves abrió la caja.

–*¡Épatant!* –Yves alzó un señuelo dorado.

–Es el último modelo de Shimano –explicó Nic–. En otoño pesqué algunos peces espectaculares con uno igual a ese. Tráelo cuando vayamos la próxima vez.

–No lo dudes. *Merci, mon ami.*

–*De rien*. ¿Quieres venir en nuestro coche?

–No. Os sigo. Mis padres cuentan con que vaya a hacerles una visita después de cenar.

–Muy bien. Vayámonos.

Capítulo Siete

Dos horas más tarde salían del restaurante.

–Hacía mucho que no lo pasaba tan bien –dijo Yves, sonriendo a Nic.

–Ni yo. Un día de estos iremos a pescar

Yves miró entonces a Laura.

–¿Estás segura de que te vas para Año Nuevo?

–Me temo que sí. Hasta entonces, espero pasar el mayor tiempo posible con Maurice.

–¡Qué afortunado es! –Yves guiñó el ojo a Laura antes de meterse en el coche–. *À bientôt.*

Una vez se fue, Nic y Laura caminaron hasta su coche.

–Si te quedaras más tiempo, Adam tendría un serio competidor –bromeó Nic.

–Yves sigue deprimido por su divorcio. Espero que pronto alguien se dé cuenta de que es un hombre magnífico.

Después de ayudar a entrar en el coche a Laura, Nic se sentó tras el volante y añadió:

–Llevo mucho tiempo esperando que esa persona aparezca.

–Estoy segura de que más tarde o más temprano, aparecerá.

Nic metió la llave en el contacto, pero no arrancó. Ansiaba pasar el mayor tiempo posible con Laura y no quería dar la velada por concluida.

–Todavía es temprano. ¿Quieres que te lleve a un sito que nunca olvidarás?

Laura le dedicó una sonrisa arrebatadora.

–Tal y como lo preguntas es casi imposible decir que no.

–Te aseguro que no te arrepentirás. Está a apenas doce kilómetros –dijo Nic, tomando la carretera hacia el este–. Aunque sean los americanos quienes tienen las mejores películas de viajes por carretera, nosotros tenemos las mejores carreteras. ¿Recuerdas la escena de *Atrapar a un ladrón*, cuando Cary Grant y Grace Kelly van en un deportivo?

–He debido ver esa escena del acantilado una docena de veces.

–Se filmó en la Gran Cornisa, la carretera por la que vamos ahora mismo. Te quiero llevar hasta el pueblo medieval situado en lo alto, Eze. Desde allí hay una vista espectacular.

Avanzaron en un silencio que se fue haciendo cada vez más tenso. Al llegar a la cima, Laura dejó escapar una exclamación. El pueblo estaba ubicado sobre una rocosa cumbre, sobre el mar Mediterráneo.

Nic señaló unas ruinas en la distancia.

–Aquellos son los restos de un castillo del siglo XII. Desde los jardines hay la mejor vista de la Costa Azul –aparcó el coche–. Iremos caminando desde aquí.

El camino rodeaba la base del castillo que a su vez estaba protegido por una alta muralla.

–¡Está en un perfecto estado de conservación! –comentó Laura.

–Es una gran atracción turística –dijo Nic–. Es uno de mis sitios favoritos, sobre todo cuando está vacío.

–Es maravilloso, Nic.

Cruzaron la muralla. En el patio interior había pequeñas galerías de arte y tiendas exclusivas. Al subir unas escaleras de piedra llegaron a una joyería que también vendía pañuelos. Uno de ellos, de seda gris con motas blancas, llamó la atención de Nic. Al instante supo que favorecería a Laura y lo compró.

–Toma –dijo, poniéndoselo al cuello–. Está hecho para ti.

Laura lo acarició antes de mirar a Nic. Él tuvo que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad de la que era capaz para no besarla.

–No deberías haberte molestado.

–¿Por qué no? Es mi regalo de Navidad; quiero proporcionarte al menos un pequeño placer.

Laura palideció antes de esquivar su mirada.

–Me has proporcionado más placer del que puedas imaginar, Nic. Gracias –musitó antes de adelantarse a él y seguir caminando.

Laura se equivocaba. Nic podía imaginar muchas más maneras de proporcionarle placer, pero tenía que contener su deseo. La esposa a la que amaba podía seguir viva. Y si no lo estaba, antes de plantearse un futuro tenía que encontrarla y darle sepultura.

El camino terminaba en la vista que Nic había mencionado, desde la que se divisaba el mar. Laura permaneció callada unos minutos.

–Tienes razón –dijo finalmente–. Nunca olvidaré la belleza de este lugar. Supongo que Nana vino aquí con Maurice. Igual está grabado en uno de los vídeos.

–Es posible –pero Nic no quería hablar de sus abuelos. Aquella noche era solo para ellos dos.

–Este viaje me ha cambiado la vida –dijo Laura con voz temblorosa–. Parte de mi corazón va a quedarse aquí.

–No hablemos de tu partida –dijo Nic con la voz teñida por el dolor–. ¿Por qué no pasamos la noche en el hotel que hemos visto hace un rato?

Laura lo miró alarmada.

–Tomaremos habitaciones separadas con vistas al mar –aclaró Nic–. El amanecer aquí es espectacular. El morado de la lavanda se torna rosa con la primera luz del sol. Parece un cuadro impresionista.

Laura lo miró fijamente. Nic casi la podía ver pensar.

–No hemos traído nada con nosotros –dijo ella.

–No necesitamos nada para una sola noche –dijo él con el corazón acelerado.

Si tenía que decir adiós a Laura quería que fuera allí. La miró expectante.

–Tienes razón. Quedémonos.

Nic sintió que lo recorría la adrenalina.

–Después de desayunar volveremos a casa. La cita con el abogado no es hasta las diez.

Laura asintió.

Retrocedieron hasta llegar a un encantador hotel excavado en la roca. Nic pidió dos habitaciones con vistas al mar.

–Hay café y té en las habitaciones. ¿Quieres que pida algo más? –preguntó Nic.

–No gracias. Todavía estoy llena de la cena.

Nic tomó las llaves y le pasó una antes de subir por la escalera de caracol.

–Pasaré a verte en cinco minutos para desearte buenas noches.

Laura entró y cerró con llave. Debía haber dicho que prefería volver a casa, pero la idea de no ver a Nic más le rompía el corazón. La embargó una tristeza tan intensa que se sintió indispuesta.

Inicialmente, se dijo que estar en el hotel en habitaciones separadas era igual que estar en casa de Nic. Pero no lo era.

Aunque nadie más lo supiera, ella sí sabía lo que le pasaba. Estaba locamente enamorada de Nic. Quería estar con él todo el tiempo, de todas las maneras posibles. Pero era el marido de Dorine. Estar allí con él era un error. ¡No podía hacerlo!

Abrió la puerta y prácticamente se chocó con Nic.

–¡Nic! –exclamó.

Él la miró con expresión preocupada.

–Vamos casa –dijo–. Cuando has cerrado la puerta he visto la culpabilidad reflejada en tu rostro.

La conocía tan bien…

–Lo-lo siento –balbuceó Laura.

–No. Es culpa mía. No debía haberte puesto en esta situación.

–No me has obligado.

–Aun así. No volverá a pasar –Laura supo que Nic hablaba en serio–. ¿Necesitas algo de la habitación?

–Solo mi bolso.

–Ve por él. Te espero en el vestíbulo.

Aunque se sentía aliviada, una parte de Laura lamentaba haber estropeado la noche que podían haber pasado juntos. Antes de cambiar de idea, tomó el bolso y bajó. Caminaron hasta el coche en

silencio.

–Nic… –empezó ella cuando ya volvían a Niza.

–No digas nada.

–¡Tengo que hacerlo! Hablamos de ello en el yate. Debía haber tenido fuerza de voluntad y decirte que quería volver a casa después de la cena con Yves –agachó la cabeza–. No puedo negar que te encuentro atractivo. Habría querido que esta noche no acabara. Todo esto me ha tomado por sorpresa. Creía que Adam significaba más para mí.

–Laura… –empezó Nic.

–Deja que termine. Eres un hombre apasionado. Después de tres años sin saber de tu esposa, es lógico que quieras estar con una mujer. Pero Yves me ha dicho que en todo este tiempo has permanecido fiel al recuerdo de Dorine. Eso confirma que eres el hombre excepcional que creo que eres, así que he tomado una decisión. Después de la cita con el abogado, volveré a San Francisco. Puedo hacer el viaje en el avión privado donde van a ir las cosas de Irene. Le diré a Maurice que mi madre me necesita.

Vio que Nic apretaba el volante con fuerza.

–Va a ser un duro golpe para él –dijo Nic.

–Permaneceré en contacto con él todo el tiempo. Le quiero y quiero que forme parte de mi vida. Si se encuentra bien, le invitaré a que venga a visitarme.

Nic hizo una mueca pero guardó silencio. No hablaron el resto del viaje.

Al llegar a casa, Laura comentó:

–Voy a hacer la maleta para que podamos ir al aeropuerto directamente después de ver al abogado.

Una vez más, Nic calló. Laura corrió a su habitación, se duchó e hizo la maleta. Antes de meterse en la cama, tomó el pañuelo que Nic le había regalado y se lo puso. Al recordar cómo sus labios habían estado apenas a unos centímetros de los de ella cuando se lo había colocado, estalló en llanto, y no paró de sollozar hasta que se quedó dormida.

Al llegar la mañana, se miró en el espejo y vio que tenía los ojos rojos e hinchados. Tardó una hora en arreglarse. Cuando se puso el traje de chaqueta, el mismo que llevaba cuando conoció a Nic, pensó que por más que intentara aparentar que estaba bien, no conseguiría engañarlo.

Bajó con la maleta y lo encontró junto a las puertas del jardín, hablando por teléfono. Sus miradas se encontraron por un instante antes de que ella fuera a despedirse de Arlette. Luego fue al comedor y empezó a desayunar.

Aquellas eran sus últimas horas con Nic. La idea se le hacía

insoportable, pero estaba decidida a ser fuerte.

Cuando entró, tenía el semblante sombrío.

–Estaba hablando con el detective –explicó–. El contacto con Interpol no ha dado ningún fruto. Le he comentado la idea de hacer un rastreo en el parque tecnológico y ha accedido. Va a organizar una búsqueda masiva en Sophia Antipolis. Confía en poder empezar en una semana.

–Sabes que te va a costar una fortuna, Nic.

–Da lo mismo. Aunque no sirva para nada, habré hecho todo lo posible por encontrar a Dorine. Una vez más tengo que darte las gracias.

–Yo no he hecho nada –Laura contuvo la emoción a duras penas.

–Claro que sí. Yo había descartado esa idea hasta que tú me animaste. Gracias a ti la voy a poner en práctica.

Los ojos de Laura se anegaron en lágrimas.

–Rezaré para que encuentren algo, Nic.

–Yo también –musitó él–. Tanto Yves como mis primos participarán en la búsqueda.

Laura habría querido quedarse a ayudar, pero por muchas razones no podía ni debía hacerlo.

–Me alegro de que el detective haya accedido a organizarla de inmediato –dijo.

–Yo también –Nic miró el reloj y añadió–: Será mejor que vayamos a la cita con el abogado.

–Voy por mi bolso –dijo Laura.

Había dejado el pañuelo al lado del bolso y se lo puso. Quería que Nic viera cuánto le gustaba.

Cuando entraron en el coche, Nic comentó:

–Cuando lo compré pensé que iría bien con ese traje.

–Como ves, tenías razón. Lo guardaré como un tesoro –dijo Laura con la voz quebrada.

Nic le apretó la mano.

–He hablado con el piloto. Estará listo para las dos. Para entonces habrán cargado las cajas.

–Siempre estás pendiente de todo. ¿Has hablado con Maurice?

–No. Iremos a verlo después de acabar con el abogado. Como no has firmado ningún documento, parece que no va a haber ningún problema en que hagas la transferencia.

Nic era un hombre excepcional y Laura no sabía cómo iba a pasar el resto de su vida sin él.

–¿Crees que Maurice se sentirá herido?

–Está tan contento de que hayas venido, que dudo que nada empañe su felicidad. La casa es tuya y puedes hacer lo que quieras con ella. Lo importante es que ahora tiene a la nieta que siempre quiso

tener.

Laura se mordió el labio.

–¿Qué crees que hará con la casa?

–Antes de que tome una decisión, estoy pensando en comprársela.

Laura se irguió.

–¿Para ti?

Nic la miró de soslayo.

–Esa casa fue mi refugio de pequeño.

–¿De verdad?

–Como estaba abandonada, era mi sitio favorito para jugar. Allí jugaba a indios y vaqueros con Yves y mis primos. Siempre pensé que de mayor la compraría.

–Qué idea tan bonita. ¿Qué le parecía a Maurice?

–Nunca lo supo. Cuando decidió restaurarla para ir a vivir allí con Irene no tenía ni idea de que me estaba robando mi sueño.

–Debió dolerte que mi abuela me la dejara en herencia.

Nic sacudió la cabeza.

–Quería demasiado a Irene como para que me importara.

–¿Aunque se la cediera al enemigo?

–Tal y como han ido las cosas, no tengo la menor queja –dijo Nic con voz ronca.

El corazón de Laura se aceleró. En su caso, se había enamorado del enemigo.

–¿Qué harías si la compraras?

–Mudarme a vivir en ella.

–¿Y tu casa? –preguntó Laura, sorprendida.

–Quiero distanciarme del pasado. Desde que desapareció Dorine he pensado en mudarme, pero no he encontrada nada que me gustara lo suficiente.

–Excepto la casa de verano –musitó Laura.

–Exactamente.

–¿Crees que Maurice volverá a vivir en ella?

–La verdad es que no. Le trae demasiados recuerdos. Pero si yo estoy allí, podrá venir siempre que quiera.

Para entonces, habían llegado al centro de Niza. Nic aparcó frente a un edificio.

–Terminemos con esto para que puedas pasar el mayor tiempo posible con Maurice antes del vuelo.

Su vuelo... Laura se preguntaba si su corazón soportaría tanto dolor.

Una secretaria los acompañó hasta el despacho del señor Broussard, que los estaba esperando.

–A falta de algunos detalles, tengo todos los documentos preparados, señorita Tate –dijo, una vez se sentaron–. Entiendo que

quiere ceder a Maurice Valfort la propiedad que heredó de su difunta abuela.

–Así es.

–Muy bien. Necesito unos minutos para revisar los últimos detalles y tener los documentos listos para firmar. Cuando llegue el momento, dos de mis colegas actuarán como testigos.

–Perfecto.

–¿Cuál es el nombre completo de Maurice?

–Maurice Sancerre Valfort –contestó Nic.

En ese momento sonó su teléfono. Miró la pantalla y al ver de quién se trataba dijo a Laura:

–Tengo que contestar. Es Thibault.

Laura pensó que el detective no podía haber sido más oportuno.

–Claro.

–Enseguida vuelvo –Nic salió el despacho.

De no haberse dado aquella casualidad, Laura habría inventado una excusa para que se fuera unos minutos. En cuanto Nic cerró la puerta, dijo:

–Señor Broussard, aprovechando que estamos solos, quiero cambiar algo en la escritura de transferencia.

–¿A qué se refiere?

–Quiero que la casa quede a nombre de otra persona, pero ni Maurice ni Nic deben saberlo.

–No comprendo –dijo el abogado, frunciendo el ceño.

–En lugar de a Maurice, quiero ceder la casa a Nicholas Valfort, su nieto. Y debemos hacerlo antes de que vuelva.

El abogado tardó unos segundos en superar su desconcierto.

–Si está segura…

–Nunca he estado tan segura de nada –Nic debía vivir en un lugar que amara y que lo liberara del recuerdo de Dorine–. Quiero que envíe los documentos a Maurice cuando yo me vaya. Mientras termina de rellenarlos, quiero escribir una nota para que la incluya en el sobre –Laura sacó una libreta y un bolígrafo del bolso–. Quiero que sea Maurice quien dé la noticia a Nic. ¿Jura que me guardará el secreto?

El abogado la miró fijamente antes de contestar:

–Lo juro.

–Gracias. No sabe cuánto significa esto para mí. Este regalo va a hacer a Nic muy feliz.

Broussard esbozó una sonrisa.

–¿Es consciente de lo valiosa que es esta propiedad?

–Eso no tiene ninguna importancia para mí.

–Es usted una mujer muy generosa.

–Una mujer agradecida –le corrigió Laura–. Gracias a Nic tengo un abuelo al que no conocía, e indirectamente, he recuperado a mi

abuela. Tengo una deuda de gratitud con él que nunca podré pagar.

Laura tuvo la impresión de que el abogado se emocionaba.

–Muy bien. Voy a rectificar la escritura.

En ese preciso momento entró Nic. En unos minutos, terminaban la transacción. Los colegas de Broussard firmaron como testigos y Laura firmó en último lugar, sin que Nic sospechara en ningún momento lo que había sucedido en su ausencia.

Cuando subieron al coche y partieron hacia el castillo, Laura preguntó:

–¿Qué quería el detective?

–Notificarme que todo el departamento apoya el plan de búsqueda. Mientras estaba fuera, ha llamado Maurice. Nos espera en la casa de verano, tiene una sorpresa para ti.

–¿Sabes de qué se trata?

–No.

Laura rio.

–Es imposible aburrirse con él. No me extraña que mi abuela lo adorara.

Condujeron en silencio mientras Laura sentía una creciente opresión en el pecho. En cuanto llegaron, prácticamente saltó del coche y corrió al interior.

–*Et voilà, mes enfants* –Maurice los abrazó–. Sentaos. Quiero enseñaros algo. Es un DVD que he encontrado suelto en una maleta.

Su animación resultaba contagiosa. Laura y Nic se sentaron y Maurice puso el vídeo en marcha.

–Cuando Irene y yo nos casamos, le pedí al conserje del hotel que grabara la ceremonia.

Laura se quedó boquiabierta al ver a Maurice e Irene aparecer en la pantalla.

–¡Parecéis estrellas de cine! –exclamó.

Maurice asintió con lágrimas en los ojos.

–Irene estaba espectacular con ese vestido blanco.

–Sois como dos gotas de agua –musitó Nic.

Incapaz de permanecer sentada, Laura se acercó a la televisión.

–¡Cómo no se iba a enamorar mi abuela de ti con lo guapo que estabas en ese traje oscuro, *Grand-père*! Parecéis las personas más felices del mundo.

–Lo éramos –dijo Maurice.

Laura parpadeó para contener las lágrimas.

El resto de la película los mostraba saliendo del edificio y subiendo a una limusina. Luego iban a un restaurante. Se besaban numerosas veces. Era todo tan encantador; había tanto amor…

Cuando terminó, Laura abrazó a Maurice.

–Has encontrado un tesoro.

–Quiero que te la quedes –dijo Maurice, emocionado.

–No, debes quedártelo y verlo tantas veces como quieras. La próxima vez que venga, lo veremos juntos.

–Sé que tienes que irte, pero no sabes cuánto lo lamento.

–Yo también –Laura lo besó–. ¿Puedo hacer algo por ti antes de marcharme?

Maurice la contempló con los ojos húmedos.

–Ahora esta es tu casa. Podrías quedarte a vivir aquí.

«No lo es. Pero no me tientes…», pensó Laura.

–Sabes que no puedo, pero recuerda que vendré a verte a menudo. Además, pienso llamarte para que me ayudes con mis proyectos de marketing. ¡Quién mejor para asesorarme que el genio de Valfort Hotels!

–Me halagas, pero ese era mi abuelo.

–De acuerdo a las cartas de Irene, tú fuiste quien transformó del negocio hotelero para la llegada del siglo XXI. Con tu ayuda, puede que llegue a dirigir la empresa.

–¿Es eso lo que quieres?

Laura tragó saliva.

–Tengo que tener un objetivo –de otra manera, no sobreviviría–. No estaría mal ser la primera mujer que llega a lo más alto de la compañía.

–Si eres tan ambiciosa, ¿por qué no te mudas a Francia y trabajas para mí? Después de todo, eres prácticamente una Valfort.

Laura ladeó la cabeza.

–¿Es una oferta en firme?

–¿Y si lo fuera? ¿Te lo plantearías? Prefiero que no me contestes todavía. Vuelve a San Francisco y reflexiona. Entonces hablaremos de ello –dijo Maurice.

Su tono de autoridad permitió entrever a Laura al implacable hombre de negocios que se escondía bajo su adorable abuelo. Era la misma autoridad que había percibido en Nic cuando la sacudió por los brazos y le hizo jurar que no le contaría a Maurice las mentiras que había oído desde niña en su familia.

–Prometo llamarte –besó de nuevo a Maurice–. Ahora me temo que debemos marcharnos.

Maurice miró a Nic.

–Iré con vosotros al aeropuerto –dijo.

Laura entrelazó el brazo con el de él y salieron de la casa juntos. Nic los precedió y abrió la puerta trasera para Maurice. Laura aprovechó para sentarse sin que la ayudara. Cada roce de su mano era un tormento.

–¿Nic, te importa parar en una tienda de marcos de camino al aeropuerto? Solo será un minuto.

–*Bien sûr*.

Salieron a la carretera. Después de que Nic se detuviera delante de una tienda para que Laura pudiera hacer su compra, continuaron hacia el aeropuerto. Laura miró por última vez a su alrededor con el corazón desgarrado.

Dudaba de que Nic consiguiera información sobre Dorine, así que transcurrirían al menos cuatro años antes de que estuviera libre. Estaba dispuesta a esperar ese tiempo a tener una relación con él, si es que Nic todavía estaba interesado. Para entonces, ella tendría treinta y un años y él treinta y siete, pero daba lo mismo. Esperaría veinte años si fuera necesario.

El camión de transporte había llegado ya y estaban cargando las cajas en el avión. Nic paró el coche en el lateral. Mientras él sacaba la maleta del maletero, Laura abrió la puerta de Maurice.

–Había olvidado darte esto –sacó una pequeña foto de la cartera y la metió en el marco que había comprado–. Me la sacaron hace un mes en una conferencia sobre marketing.

Maurice la estudió unos segundos antes de guardarla en el bolsillo.

–*Merci, ma chère fille.*

–Que Dios te bendiga, *Grand-père* –Laura lo abrazó, emocionada.

–Llámame en cuanto llegues a San Francisco.

–Por supuesto que lo haré –con los ojos empañados por las lágrimas, Laura subió la escalerilla.

Nic la siguió con la maleta y la colocó en el compartimento para equipaje.

–Has hecho feliz a Maurice con esa fotografía.

Laura lo miró con ojos brillantes.

–Vine a Niza sin tener ni idea de lo que me esperaba, así que es la única fotografía que tenía conmigo. Le mandaré más.

Nic se acercó a ella.

–¿Cuándo calculas que vendrás a visitar a Maurice?

Una vena palpitaba en la base de la garganta de Laura.

–Con todo el trabajo que tengo, dudo que pueda ser pronto –con gesto nervioso, añadió–. ¿Te ha dicho el detective cuándo empezarán el rastreo?

–El dos de enero.

–¡Eso es muy pronto!

–Para mí, nada es demasiado pronto.

–Para mí tampoco –dijo Laura con voz temblorosa. Nic fue consciente de lo que significaba ese comentario– Quiero que tu sufrimiento termine lo antes posible.

Se miraron en silencio.

–Confío en que se presenten muchos voluntarios a ayudar –Nic tomó aire antes de añadir–: Te voy a echar de menos, Laura.

Ella desvió la mirada.

–Los tres acabamos de pasar por una experiencia que nos ha transformado la vida. Ya nada será igual para ninguno de nosotros.

Nic sentía que perdía el control por segundos.

–¿Eres consciente de hasta qué punto me cuesta dejarte marchar?

Vio que Laura temblaba.

–¿No ves que a mí me está matando? –dijo ella–. Por favor, vete, Nic. No puedo soportarlo más.

La azafata anunció.

–El piloto está listo para despegar.

Laura palideció.

Nic experimentaba una nueva forma de tortura.

–Que tengas un buen vuelo, Laura.

O se marchaba en ese instante o no lo haría. Dio media vuelta y salió del avión. Maurice lo esperaba en el asiento delantero del coche. Nic se puso tras el volante y arrancó. Para cuando llegaron a la carretera, el avión se había elevado en el cielo y en cualquier minuto, desaparecería de su vista.

Nic no pudo reprimir el gemido que escapó de su garganta.

–Yo siento lo mismo, *mon fils*. ¿Qué te parece si vamos a la casa de verano y terminamos el *Pinot* que me regaló Laura por Navidad? Queda suficiente para los dos.

Nic sacudió la cabeza.

–Si el médico te oyera…

–Si el médico me oyera, me daría su bendición y bebería conmigo.

Capítulo Ocho

En cuanto aterrizó en San Francisco, Laura mandó un mensaje a Maurice. No quiso llamarlo para no despertarlo; y con Nic había decidido no comunicarse directamente.

Cuando se instaló en su apartamento, llamó a su madre. Luego a Adam. Quería terminar con él lo antes posible. Adam quiso ir a verla, pero ella le dijo que no lo hiciera.

–Mientras estaba en Niza han sucedido cosas que me han hecho cambiar.

–¿Tiene que ver con tu abuela?

–En parte sí, pero no todo. El marido de mi abuela tiene un nieto, Nic Valfort, con el que me he alojado. Es quien trajo el féretro de mi abuela.

–¿Es él la razón de que quieras romper conmigo?

–Sí.

–¿Te has acostado con él?

–No.

–Pero te habría gustado.

Laura sintió el corazón acelerársele.

–Es un hombre casado –explicó a Adam las circunstancias de la desaparición de Dorine.

–Estás enamorada de él.

–Sea lo que sea lo que siento por él, es lo bastante fuerte como para no poder seguir viéndote.

–¿Quieres decir que vas a esperarlo?

–Sí.

–¿Te ha pedido que lo hagas?

–No.

–Si su mujer no aparece, ¿cómo puedes estar segura de que te deseará dentro de cuatro años?

–No puedo saberlo. Pero mientras tanto, no puedo salir con ningún otro hombre.

–¿Has llegado a esa conclusión en una semana?

–Sí. Perdóname.

–¡No puedo creer lo que está pasando!

–Lo siento. No puedo luchar contra mis sentimientos. Te aseguro que no quería hacerte daño.

–¡Ahora mismo no estoy seguro de nada! ¡Acabas de destrozar mis sueños! –Adam colgó.

Era mejor así.

Con la sensación del deber cumplido, Laura se duchó y repasó su correo personal y de trabajo, pero su secretaria se había ocupado de todo.

Recorrió la habitación arriba y abajo. Lo que quería era estar con Nic. En cuanto pensaba en él sentía que se ahogaba. Lo más parecido a tenerlo cerca, sería ver un vídeo.

Se había llevado media docena en la maleta que todavía no había visto, y suponía que aparecería en alguno de ellos. Eligió uno y, una vez acomodada en el sofá, lo puso en marcha.

En la pantalla apareció una vieja iglesia en una calle bordeada de árboles.

Mi querida Laura, Maurice y yo estamos en Grenoble. Hoy se casan Nic y Dorine Soulis.

Laura contuvo el aliento.

Después de la misa hemos salido para fotografiarlos cuando salgan. Puedes ver a ambas familias en las escaleras. Ha sido una boda preciosa. Dorine es menuda y bonita. Es una novia adorable.

«Adorable» era como Laura la había encontrado en la fotografía que había visto en casa de Nic. De pronto se abrieron las puertas y apareció un Nic sonriente y espectacularmente guapo, sujetando a Dorine por la cintura. Él en esmoquin; ella con un vestido blanco y un velo de gasa. Parecía un ángel.

Van a pasar la luna de miel en España. Como vamos a echarlos de menos, Maurice y yo hemos decidido ir a Australia. Te grabaré otro vídeo desde allí. Para cuando volvamos, Nic y Dorine se habrán mudado a su nueva casa. La ha decorado ella. Tiene un gusto exquisito.

El foco se cerró y se vio a Nic ayudando a Dorine a subir a la limusina. Mientras ella sonreía Nic inclinó la cabeza y la besó apasionadamente entre las risas y los gritos de entusiasmo de los invitados.

Laura no pudo soportarlo un momento más. Apagó la televisión. Toda aquella felicidad se había evaporado un mediodía, tres años atrás, y Nic seguía sin tener respuestas. Con el corazón apesadumbrado por él, por el horror que Dorine podía haber padecido, por los años de tortura durante los que Nic se había preguntado qué habría sido de ella, Laura se echó en el sofá y sollozó hasta quedarse dormida.

No despertó hasta que, a la mañana siguiente, sonó el telefonillo de la puerta principal. Se trataba del servicio de transportes, con las cajas de Irene. Laura les hizo pasar, las dejaron en el salón y se fueron.

Laura se sentó de nuevo en el sofá y ocultó el rostro entre las manos. Sentía tal torbellino de emociones que no podía ni pensar. Después de ver el aspecto radiante de Nic en el vídeo, se alegraba de no haber cometido un error del que se habría arrepentido el resto de

su vida.

Ella solo había representado una distracción durante unos días. La mutua atracción que habían sentido los había tomado por sorpresa; pero por parte de Nic, eso había sido todo: una atracción. Ni podía ni llegaría a ser nunca nada más que eso. Aquel hombre amaba y seguiría amando a su esposa el resto de su vida.

La letra de una de las canciones favoritas de Laura decía: *Aunque me lleve el resto de mi vida, te esperaré*. Le había dicho a Adam que esperaría a Nic cuatro años, pero eso había sido antes de ver el vídeo.

Nic nunca sería suyo. Estaba segura de ello.

Puesto que volver a Niza no era una opción, tendría que convencer a Maurice de que la visitara en San Francisco; cualquier noción de trabajar para él sería una locura. Se volcaría en su trabajo y olvidaría su vida personal.

Pero mientras se hacía aquellas reflexiones, anhelando al mismo tiempo poder ayudar a Nic de alguna manera, tuvo una súbita idea. Se levantó de un salto y fue a su dormitorio. Nic no tenía por qué enterarse.

Llamó a la comisaría principal de policía de Niza y pidió que la pusieran con alguien que hablara inglés y que pudiera informarla sobre el caso Valfort. Al cabo de un minuto oyó:

–¿Sí? Aquí Jean-Jacques, uno de los coordinadores.

–Soy amiga de la familia Valfort. Tengo entendido que van a hacer una batida para buscar a la mujer desaparecida de Nicholas Valfort. No tengo entrenamiento, pero me gustaría ayudar de cualquier manera posible.

–¡*Très bien!* Necesitamos voluntarios que se ocupen de repartir comida y bebida entre los equipos de búsqueda.

–Perfecto. Dígame dónde y cuándo debo ir, y allí estaré.

–*Excellent*. Estamos dividiendo el terreno en parcelas. La dirección que voy a darle está en el lado norte del parque. Encontrará señales que la ayudarán a encontrar el lugar exacto –el hombre le dio la información correspondiente–. Traiga ropa de abrigo, botas y guantes. Hay predicción de lluvia. Puede que trabajemos tres o cuatro noches.

–Comprendido. Muchas gracias.

En cuanto colgó, Laura compró un billete para Niza para el día de Año Nuevo, dos días más tarde. Luego localizó en Internet un hotel próximo a Sophia Antipolis, reservó una habitación y alquiló un coche.

Era lo mínimo que podía hacer por Nic. Aunque la búsqueda no diera ningún fruto, al menos tendría la satisfacción de saber que había hecho todo lo posible por ayudar al hombre al que amaba.

Aliviada por saber que iba hacer algo constructivo, se duchó y se preparó para ir a ver a su madre. El asunto de su tía Susan ocupaba

todo el tiempo de Jessica. Encontrar al psiquiatra adecuado era de primordial importancia.

A lo largo del día, le diría a su secretaria que tenía que volver a dejar el país y que tenía que reprogramar sus visitas. Sus nuevas ideas de marketing tendrían que pasar a un segundo plano respecto a la búsqueda de Dorine.

Nic llevaba demasiado tiempo viviendo en una prisión. Si el caso de su esposa se cerraba, también Maurice, indirectamente, ganaría años de vida. Y aunque pareciera cosa de brujería, Laura quería pensar que Irene los estaría ayudando desde el más allá.

Nic seguía trabajando en su despacho a las siete de la tarde de la noche de Año Nuevo cuando sonó su teléfono. Vio de quién se trataba y contestó:

–¿*Grand-père?* Pensaba que estabas con el resto de la familia en el castillo.

–Y así es. Pero ha pasado algo. ¿Dónde estás?

–En el despacho. Iré dentro de un rato.

–Deja lo que sea que estás haciendo y ven a verme a la casa de verano.

Nic frunció el ceño.

–¿Ahora mismo?

–Sí. Date prisa.

–¿Estás bien?

–Claro que sí, pero tenemos que hablar.

–Ahora mismo voy.

Nic apagó las luces y fue al coche. Algo le decía que el abogado había enviado los documentos a Maurice con la cesión de la casa y que estaba contrariado. Desde que Laura se había ido, había vuelto a estar deprimido. Quizá el regalo de la casa había empeorado su estado.

Desde el momento en que vio partir a Laura, Nic había perdido el sueño y estaba demasiado alterado como para estar con gente. Entre sumergirse en el trabajo aprovechando que sus empleados estaban de vacaciones y ocuparse de organizar la batida con la policía apenas había conseguido mantener la cordura.

Las luces de la casa de verano estaban encendidas. Aparcó. La idea de entrar sabiendo que no encontraría a Laura dentro lo llenaba de aprensión. Nada era igual desde que se había ido.

–*Enfin* –exclamó su abuelo al oírlo entrar. Tal y como Nic había sospechado, sostenía unos papeles en la mano –. ¡Mira esto! –le pasó uno de ellos.

–Ya sé lo que ha hecho Laura –dijo Nic, sin molestarse en leer.

Maurice lo miró con ojos entornados.

–¿Seguro?

–Sí. No te enfades con ella, *Grand-père*. Has comprobado por ti mismo que es una mujer maravillosa, como su abuela. No podía soportar la idea de quitarte la casa y todos los recuerdos que contiene.

–Pero me la ha quitado.

Nic pensó que su abuelo no había leído correctamente.

–¿Por qué dices eso?

–Será mejor que leas ese papel.

Desconcertado, Nic lo leyó. La escritura estaba a nombre de otra persona: Nicholas Honfleur Valfort.

–Te ha donado la casa a ti.

Al tiempo que recordaba la conversación que había mantenido con Laura, la evidencia que tenía ante sus ojos dejó a Nic sin palabras.

–También ha dejado esta nota –continuó su abuelo–. Será mejor que te la lea porque no sé si estás en condiciones de leerla tú mismo: *Mi querido Maurice, Nana dijo que podía hacer con la casa lo que quisiera. Sé que está repleta de felices recuerdos de vuestra vida en común. Pero también sé que contiene los recuerdos de otro hombre cuya niñez se vio enriquecida por poder jugar en ella y porque se convirtió en su refugio y en el primer lugar con el que soñó. Nada me haría más feliz que saber que puede considerarla suya. Nadie se merece más un poco de felicidad que tu maravilloso nieto, el joven despreocupado al que Irene quiso como si fuera su propio nieto.*

Maurice le dio la nota, tras carraspear, añadió:

–Cuando te recuperes de la sorpresa, ven al castillo a unirte a la fiesta, *mon fils*. Tus padres han convocado a amigos y a familiares para ayudar en la búsqueda. Lo primero que haremos será rezar para que tu agonía concluya.

Un buen rato después de que Maurice se fuera, Nic permanecía atónito con lo que Laura había hecho. En sus oídos resonaba el eco de algo que había oído decir a Irene en un vídeo: *se puede experimentar un profundo amor más de una vez en la vida. Si no, la existencia no tendría sentido*.

4 de enero

En el perímetro del parque tecnológico se habían instalado mesas plegables con comida caliente para los equipos de búsqueda. Laura había sido asignada a una de las zonas junto con un estudiante universitario llamado Patrick que usaba muletas. Daban sándwiches y café que la propia Laura había contratado en varios de los restaurantes de la ciudad.

Había llovido sin cesar. Finalmente, la tercera noche dejó de llover, dando un respiro a los voluntarios.

De vez en cuando se aproximaba una patrulla de policía a por café. Laura escuchaba sus conversaciones por radio y pedía que alguien le tradujera. Confiaban en que los perros descubrieran algo, pero por el momento no había sido así. Era un trabajo laborioso y extenuante para aquellos que barrían el terreno centímetro a centímetro. A pesar del sacrificio que representaba en condiciones tan poco favorables, todo el mundo estaba entregado al cien por cien.

Laura estaba emocionada al pensar lo que habría significado para Nic comprobar que tanta gente se ofrecía voluntaria a buscar a Dorine. Parecía que estuviera allí toda la ciudad; había camiones, furgonetas y coches aparcados por todas partes. La tragedia de Nic era la tragedia de todos.

Mientras hacía su labor, era consciente de que Nic estaría en algún lugar del parque, participando en la búsqueda. Y que Maurice probablemente esperaría a recibir noticias en el castillo, junto con su hermano.

Para el mediodía del cuarto día, oyeron que la búsqueda se daría por terminada en una hora. Había empezado a llover de nuevo. En el silencio que siguió al anuncio, Laura sintió que se le encogía el corazón al pensar que todo aquel esfuerzo pudiera haber sido en balde. Aunque era hora de volver a su hotel, no quería marcharse.

–Me quedaré hasta el final, Patrick. Tú vete a casa y descansa.

–Yo tampoco me voy. Si fuera mi prometida quien hubiera desaparecido, removería cielo y tierra para encontrarla.

Laura le dio una taza de café.

–Eres una buena persona.

–Tú también. Pocos turistas interrumpirían sus vacaciones por venir ayudar.

Mientras preparaba la última tanda de comida, Laura no podía dejar de pensar en el profundo dolor que Nic debía estar sintiendo.

Estaba poniendo unos sándwiches en un plato cuando oyó voces y gritos en la distancia. Los gritos se convirtieron en un rugido. Miró a Patrick.

–¡Han encontrado algo!

Durante los siguientes minutos, mientras esperaban a tener noticias, Laura apenas pudo respirar. Pronto se acercó una patrulla.

–Voy a ver qué pasa –dijo Patrick.

Al verlo volver, Laura supo por su expresión que había sucedido algo importante.

–Los perros han encontrado dos cuerpos. Uno de ellos ha sido identificado como Dorine Valfort. La búsqueda ha sido dada por terminada.

Laura estalló en un grito mudo: «Nic, Nic, mi amor. Se acabó».

Podía imaginar la mezcla de emociones que Nic debía estar experimentado: alivio por haber encontrado a Dorine; espanto al imaginar lo que debía haber sufrido… Por su parte, Laura temía que la confirmación de sus sospechas arrastrara a Nic a una depresión de la que podía tardar años en recuperarse.

Empezó a recoger con manos temblorosas, preguntándose cuál sería la identidad del otro cuerpo. Cuando terminó corrió a su coche. Leería la información en la prensa. Condujo a toda velocidad al hotel, pagó y fue al aeropuerto.

El nuevo duelo de Nic apenas empezaba, junto con su familia y la de Dorine. Al menos podrían celebrar un funeral en su memoria y encontrar una vía para expresar el dolor que llevaban padeciendo todos aquellos años.

Ella volvería a casa y se sumergiría en su trabajo. Aunque no la conocía, también ella pasaría un duelo por Dorine. Quizá algún día se volvería a encontrar con Nic, pero sospechaba que él era demasiado sensible como para herir los sentimientos de la familia de Dorine y comenzar una relación con otra mujer. Su vida tendría que tomar un rumbo totalmente distinto.

Capítulo Nueve

3 de marzo

–¿Nic?

–¿*Oui*, Robert?

–El detective Thibault está aquí. Dice que es importante.

–Dile que pase –Nic prácticamente saltó del asiento. Había estado esperando los resultados de la investigación en un permanente estado de ansiedad.

Thibault entró.

–El caso está oficialmente cerrado, Nic. Hemos localizado al asesino; está en la comisaría de Rouen. Han conseguido que confiese. La noticia saldrá en los periódicos de la tarde.

–Gracias a Dios –dijo Nic. Aquella información acababa de abrir la puerta de su prisión personal.

–Se trata de un delincuente común que trabajó para el hotel Belfort junto con su esposa. Tras dejar el trabajo, decidieron secuestrar a tu mujer para pedir un rescate. La pararon de camino al centro. Mientras la mujer apuntaba a tu esposa con una pistola, él llevó el coche de Dorine al centro para crear una pista falsa. Pero al volver, encontró a tu esposa muerta en el coche. Su mujer dijo que habían forcejeado y que la pistola se había disparado accidentalmente. En un ataque de furia, el hombre mató a su mujer y enterró los dos cuerpos antes de huir.

Saber que Dorine había sufrido por un tiempo relativamente breve, dio cierta paz a Nic, pero necesitaba quedarse a solas para asimilar la noticia

–Gracias, Thibault.

Una vez el detective se fue, Nic anunció a Robert que se iba a casa. Nada más llegar, fue directo a su dormitorio, se echó en la cama y estalló en sollozos. Ni siquiera fue consciente de si comía o bebía. Tres días más tarde, su abuelo decidió intervenir.

–No pretendo saber cuánto has sufrido, *mon fils*, pero sé que Dorine está en el Cielo y es feliz. Lleva allí más de tres años y quiere que también tú lo seas.

Nic miró a Maurice con ojos enrojecidos.

–Imagina el miedo que pasó.

–Lo sé, y es espantoso; pero también sé cuánto le habría emocionado oír todas las cosas maravillosas que se dijeron de ella en el funeral, especialmente las que le dedicó su leal marido.

–No me llames leal. No lo merezco.

–¿Por qué? ¿Porque te has enamorado de la nieta de Irene? ¿Acaso crees que no lo sé? Esa maravillosa chica nos ha ayudado a los dos en nuestro peor momento. Es hora de que vuelvas a la vida y dejes a un lado la culpabilidad y el sufrimiento. Debes mudarte a la casa de verano y volver a tener sueños de futuro.

Nic llamó a Robert.

–Vas a quedarte al cargo de la oficina por un tiempo. En una hora salgo para California.

Llamó al piloto para que preparara el avión, hizo el equipaje y de camino al aeropuerto llamó a Maurice.

–Voy a San Francisco.

–Ya era hora, *mon fils*.

Cuando al día siguiente entró en la oficina central de Holden, Nic pensó que su abuelo tenía razón. Había tardado demasiado en dar aquel paso.

Ver al conserje nada más entrar en el vestíbulo le hizo sentir que vivía la misma escena por segunda vez.

–Vengo a ver a la directora de marketing, Laura Tate.

–Lo siento, pero es su primer día de vacaciones.

Nic recibió la noticia como un puñetazo en el estómago.

–¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

–Una semana.

–Gracias.

Nic dio media vuelta y volvió a la limusina. Quizá Laura estaba todavía en su casa. Si no la encontraba allí, llamaría a su madre.

Llamó al telefonillo de la puerta principal. Cuando ya estaba a punto de irse, oyó la voz de Laura:

–¿Sí?

Nic prácticamente dio un salto de alegría.

–Creía que estabas de vacaciones.

Se produjo un silencio tan prolongado que Nic temió que Laura no le hubiera oído. Luego llegó su voz:

–¿Nic? – Nic nunca olvidaría el tono de felicidad que intuyó en su voz–. ¿De verdad eres tú?

–¿Por qué no me dejas pasar y lo compruebas por ti misma?

–Estoy en el segundo piso, a la vuelta de la escalera –dijo ella con voz temblorosa.

Nic oyó el zumbido de la puerta al abrirse, la traspasó y subió las escaleras de tres en tres. Laura lo esperaba en lo alto.

–Nic… –Laura lo contempló con sus cristalinos ojos azules rebosantes de un anhelo paralelo al suyo. Al instante, supo que nada

había cambiado entre ellos. En todo caso, su amor era más profundo–. He soñado con esta escena miles de veces. No puedo creer que estés aquí.

–Invítame a entrar y te convenceré.

Laura retrocedió de espaldas hasta su apartamento sin apartar la mirada de Nic. Él cerró la puerta a su espalda.

–He pasado el duelo, Laura. Dorine descansa en paz; y yo me he reconciliado conmigo mismo. Podemos ponernos al día más tarde, pero ahora mismo solo quiero abrazarte.

Laura se refugió en sus brazos y él la estrechó contra sí. Necesitaba asegurarse de que era verdad, de que no era un sueño; que ya no los mantenía separados ninguna barrera.

Impaciente por recuperar el tiempo perdido, la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Se echó con ella y la besó apasionadamente una y otra vez. Pero nada satisfacía su anhelo. Nunca se saciaría de Laura por más que sus brazos y sus piernas se enredaran, por más que hundiera sus manos en su cabello dorado.

–Te amo, *mon amour*. Te deseo desde que vimos el vídeo en casa, la noche de Navidad. Has transformado mi mundo.

Laura le cubrió el rostro de besos.

–Yo supe que estaba enamorada de ti desde el momento en que bajé de la limusina, el día que nos conocimos. Te amo tanto que me duele el corazón –Laura buscó de nuevo los labios de Nic para besarlo.

–Tenemos que casarnos cuanto antes. Ya que me la has cedido, creo que la casa de verano sería un buen sitio para una ceremonia íntima. Nos instalaremos en ella después de la luna de miel.

–Podría morir de felicidad.

–Mañana iremos a Niza. Tendrás que trabajar a distancia porque no puedo soportar la idea de separarme de ti. Estos meses han… –Nic no pudo concluir.

–Calla, mi amor. Ya ha pasado todo –Laura apoyó la cabeza en su pecho y por unos minutos, los dos lloraron en silencio.

Luego, mientras lo acunaba, Laura le besó la cabeza y le contó que había participado en la búsqueda de Dorine.

–¿De verdad? –preguntó él, admirado.

–Sí. Oí los perros ladrar y los gritos que estallaron con el descubrimiento de la fosa.

–Y no nos lo dijiste ni a Maurice ni a mí…

–No. Era tu momento de intimidad. Sabía cuánto amabas a Dorine. Vi el vídeo de vuestra boda al venir. Por eso no te llamé. Sabía que debía esperar y que, igual que nuestros abuelos tuvieron una segunda oportunidad, quizá algún día llegarías a amarme lo bastante como para venir por mí.

Que Laura fuera capaz de tanto amor conmovió a Nic hasta la

médula.

Una semana más tarde, al atardecer, un cura ofició la ceremonia de la boda en el salón de la casa de verano. La primera persona en abrazar a Laura al concluir fue Maurice.

–Quién me iba a decir el día que dije adiós a mi adorada esposa que iba dar la bienvenida a una nueva *Madame* Valfort en la familia. Mi propia y preciosa nieta –dijo con la voz quebrada.

Laura rio.

–Como me hagas llorar, *Grand-père*, no voy a parar y mi marido no va a saber qué hacer conmigo.

Nic le rodeo la cintura por detrás.

–Si crees eso es porque no me conoces –le susurró al oído.

Fue un día de desbordante felicidad. Laura vio a Yves y a su madre charlando. Toda la familia de Nic se había reunido para darle la bienvenida. Lo que Maurice e Irene no habían disfrutado, lo recibían ellos por duplicado. Las dos familias se reconciliaban; su tía Susan seguía una terapia en San Francisco. Laura estaba convencida de que Irene la sonría desde el Cielo.

Nic le tiró suavemente del cabello.

–No sé tú, pero yo me quiero ir ya.

Laura se volvió en sus brazos.

–Todavía no podemos. Sabes que es pronto.

–Pues por lo menos bésame para que pueda aguantar la espera.

Laura se puso de puntillas y lo besó, pero Nic la retuvo y le dio un beso profundo. Laura sintió el calor subirle a las mejillas. Cuando separaron sus labios, tuvo que ocultar el rostro en el pecho de Nic por un instante para contener la emoción.

–Pórtate bien, mi amor.

–Estoy siendo todo lo bueno que puedo.

–No es verdad.

–Pero me adoras.

–Eso ya lo sabes. Toda la vida he esperado a ser tu esposa.

–Demuéstramelo.

El pulso de Laura se aceleró.

–Te prometo hacerlo esta noche.

–¿Sabes que tengo un apetito voraz por ti y que siempre lo tendré?

Alguien golpeó repetidamente una copa de champán. Con las mejillas ardiendo de amor y de deseo, Laura se volvió en los brazos de Nic. Auguste, el hermano de Maurice, se puso en pie con dificultad.

–Quiero brindar por Nicholas y por su novia. Ojalá hubiéramos celebrado así la boda de mi hermano e Irene y lamento que no lo hiciéramos. Pero la vida nos ha proporcionado la oportunidad de

reunirnos de nuevo y de celebrar un nuevo comienzo entre nuestras familias. Nic y Laura, os deseo toda la felicidad del mundo.

Todos brindaron por un nuevo comienzo.

–¿Ves, cariño? Debemos empezar cuanto antes a cumplir los deseos de la familia. Tenemos el equipaje en el coche –susurró Nic a Laura.

–¿Dónde me llevas?

–No está lejos –Nic tiró de su mano y fue hacia la entrada.

Los invitados los siguieron al ver que se subían en el coche. Yves filmaba la escena.

–¡Besaos! –gritó. Pero Nic no la besó.

Sorprendida, incluso un poco dolida, Laura bajó la ventanilla:

–*À bientôt, Grand-père*. Te quiero.

En cuanto Nic arrancó, tomó la mano de Laura.

–Quiero que sepas que no te he besado por dos razones: primero, porque no quería que la escena te recordara en el futuro a la de la salida de la iglesia con Dorine…

–No digas más. Adoro que seas tan sensible y considerado.

–La otra razón era que temía no ser capaz de contenerme, y no me parecía oportuno devorarte delante de todos.

Laura rio.

–¿De verdad que vamos cerca? No sé si voy a soportar estar tan separada de ti mucho rato.

–¿Reconoces esta carretera?

Laura miró a su alrededor y dejó escapar un grito.

–¿Vamos a Eze?

–Esta vez compartiremos habitación. Pero te advierto que no voy a dejar que salgas de la cama.

–No pienso intentarlo.

Cuando aparcaron, Nic tomó las maletas y fueron a la recepción del hotel. El conserje los recibió y les dio la llave. Laura subió las escaleras temblorosa, preguntándose si no estaría soñando. Abrió la puerta.

–No es un sueño –musitó Nic, que siempre parecía adivinar sus pensamientos. Abrió la puerta de la terraza–. Ven aquí, mi amor.

En cuanto estuvo en sus brazos, Laura descubrió un placer más intenso que la vida misma. Se tomaron su tiempo, explorando, dando, recibiendo. Laura creyó morir cuando Nic la poseyó.

Pero no murió, sino que se sintió revitalizada con cada éxtasis, con la plenitud que Nic le proporcionó una y otra vez. Al alba, Nic se quedó dormido y ella lo contempló mientras los tonos de la lavanda se tornaban rosas al amanecer, tal y como él le había descrito.

La belleza de Nic la dejaba sin aliento. Dejó escapar una exclamación ahogada y él entorno los ojos.

–¿Qué pasa, *ma belle*?

Laura adoraba que la llamara así. Lo besó.

–Me encanta mirarte. Soy la mujer más afortunada del mundo. Espero que pronto tengamos un niño para que herede tus preciosas facciones.

Nic la besó.

–Algún día tendrás que preguntar a Yves lo que le dije de ti cuando te conocí –el corazón de Laura se aceleró. Nic enarcó una ceja–. ¿De verdad quieres tener un hijo pronto?

–¿Tú no? –preguntó ella, cohibida.

–Contigo lo quiero todo.

–Si estuviera ya embarazada, ¿te importaría?

–¿Cómo puedes preguntarme eso? –preguntó él al tiempo que la colocaba sobre sí.

–Porque no lo hemos hablado y anoche no tomamos medidas.

–¿No tomas la píldora?

–No. Nunca me había acostado con ningún hombre.

Nic dejó escapar un grito de júbilo.

–¿Así que podría haberte dejado ya embarazada?

–Sí. Vas a ser un padre maravilloso.

Nic rodó sobre ella y la miró fijamente.

–Vamos a pasar aquí los dos próximos días. Pediré que nos traigan la comida. Y excepto los ratos que tengamos que reponer fuerzas, estaremos ocupados haciendo lo que más me gusta hacer contigo. ¿Te he dicho que eres una amante maravillosa? Te amo, *mon amour*. *Je t'aime* –ocultó el rostro en el cabello de Laura.

Laura sentía que tenía el mundo en sus brazos, y cantó una canción que había memorizado para aquella noche:

–«Bailemos como antaño, mi amor. Quiero tenerte en mis brazos, piel contra piel. Deja que sienta tu corazón, que no haya espacio entre nosotros. Ven donde perteneces. Escuchemos nuestra canción secreta y bailemos como antaño. ¿No quieres permanecer en mis brazos? Si cerramos los ojos y bailamos, descubriremos un éxtasis que no conocíamos. Así te amo más».

–Laura…

Fin